

Serge Abad-Gallardo



**POR QUÉ DEJÉ
DE SER MASÓN**



LIBROSLIBRES



POR QUÉ DEJÉ DE SER MASÓN

Serge Abad-Gallardo

POR QUÉ DEJÉ DE SER MASÓN

LIBROSLIBRES 

LIBROSLIBRES
Calle de la Playa de Riazor, 12
28042 Madrid
Teléfono: 91 594 09 22
www.libroslibres.com
correo@libroslibres.com

Título original: *J'ai frappé à la porte du temple*
Traducción: Luis Antequera

© 2014, Serge Abad-Gallardo
© 2014, Pierre Téqui éditeur - 8 rue de Mézeries -75006 PARIS
© 2015, **LIBROSLIBRES**

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-15570-50-9

Depósito Legal: M-6183-2015

Composición: Francisco J. Arellano

Impresión: Cofás

Impreso en España — Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A mis padres, José y Jeanette, a Florian, mi hijo que se pasa la vida en los aires, entre luces y nubes. A Chloé, mi hija, mi campeona. A Stéphanie, mi esposa, por el apoyo que me ha dado en un recorrido jalonado de interrogaciones... Ella quizás no lo sepa, pero Dios la ha puesto en mi camino para que Le encontráramos juntos. Mis recuerdos más efusivos son todos para los monjes regulares de la abadía de Sainte-Marie de Lagrasse. Quiero asimismo testimoniar mi afecto más fraternal a todos los padres franciscanos de la iglesia de Saint-Bonaventure de Narbonne. Y debo finalmente agradecer fraternalmente a Anne Marie su ayuda y su atención.

«Porque [...] era forastero, y me acogisteis» (Mt 25, 35).

Que Dios los bendiga.

«Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo» (Col 2, 8).

ÍNDICE

PRÓLOGO	11	
PREFACIO	15	
UN PROFANO TOCA A LAS PUERTAS DEL TEMP.º.		19
LA INICIACIÓN	29	
EL INTERIOR DEL TEMPLO	55	
EL APRENDIZAJE	71	
EL GRADO DE COMPAÑERO	75	
EL GRADO DE MAESTRO	89	
MI CRECIENTE INSATISFACCIÓN ESPIRITUAL		101
LA ADHESIÓN A LA FE CATÓLICA		113
CONCLUSIÓN	139	

ANEXOS

ANEXO I. UNA QUERRELLA ANTIGUA Y PERSISTENTE ENTRE LA IGLESIA Y LA MASONERÍA	145	
ANEXO II. LA MASONERÍA: ¿RELIGIÓN?, ¿SECTA?		161
ANEXO III. PAPEL POLÍTICO DE LA MASONERÍA		165
ANEXO IV. IGLESIA CATÓLICA Y MASONERÍA: SIMILITUDES, DIVERGENCIAS		
171		

PRÓLOGO

Este libro no es un testimonio ordinario. No es la venganza de un masón que se ha pasado al campo contrario. No busque revelaciones picantes propias del trabajo de un periodista. Este libro, en su simplicidad, se inscribe en el catálogo de esos relatos que retratan un itinerario espiritual.

A través de la mirada neutral, virgen, y sin apriorismos que Serge Abad tiene sobre la masonería en un primer momento y sobre la Iglesia Católica en un segundo, no es sino la historia de un alma lo que se nos cuenta. Para ser más precisos, es la historia de los jalones que Dios dispone para revelarse poco a poco al hombre que le busca con rectitud.

Como sacerdote, lo que más me choca en la historia de Serge Abad es, en primer lugar, su rectitud. Los católicos deben tomar conciencia de que la masonería existe, más allá de las ambiciones y de los intereses, más allá de los partidos y de la ideología, de los hombres y de las mujeres que buscan la verdad con rectitud. Para ellos, la vía masónica es un *impasse*. Todo el interés del testimonio de Serge Abad no es sino mostrárnoslo sin ambigüedades.

Nos ha expuesto el secreto, la revelación que daría un sentido a su vida. Se le propone la vía de la iniciación y del simbolismo masónico. ¿Pero que hay al final de ese camino? Nada sino él mismo. El secreto masónico está ahí. «Tienes en ti mismo la respuesta, tú eres la respuesta». El hombre debe ser su propio Dios para sí mismo. No necesita de nadie. Por su propia razón, por la experiencia simbólica, experimenta la «divinidad» de su ser. Estamos ante una vía embriagadora que puede producir la ilusión de la omnipotencia. El mundo profano es observado con un cierto desprecio por los masones, que son «los que saben», los que lo comprenden. El espíritu esclarecido, iniciado, se cree convertido en maestro.

El mal, el sufrimiento, la experiencia del odio, de la traición, no encuentran respuesta alguna en la religión, en el espíritu humano. El misterio de la persona, de su capacidad de amar, de su necesidad de ser amada, es extraño a esta gnosis. Ninguna toma de conciencia del poder de la razón consolará jamás a un esposo, a un padre, en el dolor y en las lágrimas.

Serge, sin embargo, ha aceptado llorar, ha mirado fuera de sí mismo y se ha cruzado con la mirada de Cristo crucificado. A través del sacrificio de la cruz renovado en el altar de la misa, Serge ha sido invitado a una certeza diferente: dejarse amar por Otro, dejarse salvar. Serge ha experimentado lo que es recibir la Revelación del Totalmente-Otro: ser salvado por Dios no es una alienación sino una revelación de nuestro ser más profundo. Es bonito que Cristo se revele a uno a través de un enfermo,

de un agonizante. La oración, la compasión, la adoración, tales son los fundamentos de esta nueva iniciación en la que, lejos de poner la mano sobre lo divino por su propio poder, el hombre se realiza recibiendo de Dios el ser, la verdad y la salud.

Tal es la verdadera dignidad humana, no la de ser autosuficiente, sino, bien al contrario, la de ser libre para aceptar la invitación y la amistad de Dios. Este testimonio, este itinerario espiritual tenía que ser divulgado. Tenía que serlo porque Serge tenía que dirigirse a sus hermanos masones para invitarles a mirar hacia la Luz. Tenía que serlo con humildad y con franqueza, sin pretender un arreglo de cuentas, sino con una suerte de amistad para todos los que buscan la verdad. Esperemos que estas palabras sean para muchos el inicio de un nuevo camino.

Este testimonio, Serge se lo debía también a los católicos. Es necesario que conozcan la verdad sobre la masonería, sin «angelismos» ni falsos «irenismos». ¡Es preciso que se atrevan a evangelizar, a anunciar la Buena Nueva, pues son muchos los que la buscan!

Los católicos no deben tener miedo de evangelizar la razón. ¿Cuándo aprenderemos a proponer una verdadera reflexión racional, iluminada por la fe? ¿Qué parroquia se atrevería a proponer a sus fieles un trabajo intelectual tan exigente como el de una logia? Y sin embargo, la razón humana tiene sed de la verdad. La evangelización tampoco debe economizar en ciertos modos de revestimiento simbólico. El relato de la «liturgia masónica» debería hacernos reflexionar sobre la pobreza de nuestras propias liturgias. El simbolismo es un lenguaje universal. La liturgia masónica es exigente, complicada. ¿Qué sacerdote se atrevería a imponer tales rituales a los cristianos? El simbolismo masónico encierra al hombre en sí mismo, la liturgia cristiana le abre a Dios. ¿Sabremos darle toda su amplitud? Los hombres y las mujeres tienen hambre de verdad, de belleza, de espiritualidad, de Dios mismo... ¿sabremos alimentarla?

Padre Michel,
Abad de Sainte-Marie de Lagrasse

PREFACIO

Ni bien terminé de agitar su badajo, el tintineo de una campanilla se dejó sentir. La vibración metálica se propagó, insistente y continua, en el silencio monacal del lugar, hasta que el mecanismo cesó en su movimiento. Como un eco después de una llamada. Como un grito de angustia. Las rejas de una gran puerta dejaban ver el patio de la abadía de Lagrasse, encuadrada por dos pilares, que concluían, a una distancia que estimé de unos cien metros, en una espléndida fachada que formaba un frontón. El edificio que se hallaba ante mí debió de ser construido en el siglo XVIII. Observé, ciertamente divertido, que el arquitecto que lo había diseñado hubo de resolver un problema bastante clásico en el estilo de la época, y sobre el cual, como otros colegas, yo también había trabajado: la cuestión del ángulo del respaldo, que se resuelve doblando las columnas al extremo de la fachada para no romper los ejes de simetría y las proporciones. El conjunto, de color ocre claro, era majestuoso sin ser por ello ostentoso. En lo que consiste, tal vez, la definición de la elegancia. De repente, me di cuenta de que finalmente no estaba sino intentando escapar mediante estas disquisiciones arquitectónicas de los sentimientos que experimentaba y que me parecían extraños. Casi contradictorios...

Pero de un golpe me di cuenta de que... ¡había osado llamar! Seguía buscando mi camino. Y sentí con gran confusión que me hallaba en un momento determinante de mi vida. Una puerta se abrió y un monje todo de blanco vino hacia mí. Le indiqué que tenía una cita con el hermano H..., a quien había enviado un mensaje unos días antes. Añadí que venía a pasar unas semanas de retiro. El monje, de apariencia austera pero discretamente sonriente, me abrió la verja. Me acompañó a una pequeña habitación en la que había varios libros y revistas.

Apenas unos momentos después, el hermano H..., un joven monje de ojos azules luminosos, entró y me saludó. Fui conducido a mi celda. La primavera acababa de irrumpir, y hacía algo de fresco. Después de trasmitirme algunas consignas e indicado los horarios de la jornada, abandonó la celda. Era sobria, limpia y... ¡monacal! Permanecí un instante sentado sobre la cama. Pensativo. Estaba solo. Yo era masón desde hacía más de veinte años. Pertenece a la obediencia de Derecho Humano, que es una obediencia mixta e internacional, creada en Francia durante el siglo XIX, con la ayuda de algunos masones del Gran Oriente de Francia.^[1] Me habían explicado que estaba en donde podía encontrar el camino de espiritualidad que yo deseaba tan fervientemente. Bien entendido, había tensiones, el ambiente no era ajeno a pequeñas intrigas masónicas por la adquisición de puestos de oficial o de funciones y grados distintivos. En una palabra, de poder. Pero todo eso forma parte de la debilidad humana. De la que yo no estaba —y, por supuesto, todavía no estoy— exento. ¿No existía, además, la costumbre de decir en

la logia que los masones no son la masonería? La masonería precisa, incluso, que la decepción forme parte del camino iniciático.

Ahora bien, cuando habían pasado ya veinticinco años desde que superé, como tantos antiguos masones, los gozos y las decepciones del recorrido iniciático, ¿a qué estas tribulaciones? ¿Se trataba de una decepción pasajera o bien este camino no era el que me convenía? Necesitaba avanzar o posicionarme. Mi búsqueda no podía pararse en ese cruce. ¿Había que cerrar de nuevo la puerta que había abierto en 1989 cuando me presenté en Bastia a la logia Derecho Humano? El ritual era preciso, y yo no dudaba de las amenazas y represalias que tendría que afrontar en adelante.

No lo podía tener más claro. Yo intentaba enfocar el problema de la manera más racional pero no lo conseguía, algo que no se hallaba entre mis costumbres. Sentado en mi celda, decidí echar fuera todo lo que me preocupaba: había tenido hasta la fecha una vida feliz, bien que a veces algo caótica. Materialmente hablando, no me había faltado de nada. Desde ese punto de vista, los últimos años me habían aportado más de lo que habría esperado. Mi modo de vivir, correspondiente a mi personalidad, había sido más bien original, pero me había preocupado de que dicha distancia con la norma viniera encuadrada en una cierta seguridad: había, de alguna manera, «organizado mis delirios». Me podría considerar una persona feliz. Pero buscaba algo que no conseguía encontrar. Por otra parte, acababa de encontrar, de manera mucho más intensa que en cualquier momento anterior de mi vida, una forma de expresión de eso que puede ser llamado «el Mal». Hasta ahora lo había intuido, me había incluso alcanzado con dureza en alguna ocasión. Pero desde entonces le veía la cara. Y buscaba explicaciones. No encontraba respuesta alguna ni posibilidad alguna de defensa en la enseñanza que había recibido de la masonería. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que apenas buscaba recuperar la salud. Sin ser consciente de ello.

Andaba por los cincuenta, y me parecía haber sufrido una caída. Quería levantarme. En el silencio de esta pequeña pieza sobria, alcé los ojos empapados en lágrimas hacia el crucifijo de la pared, y rememoré mi recorrido personal. Revisé el comienzo de mi camino hacia la iniciación masónica.

Fue en Bastia, a principios del año 1989. Yo era un jovencísimo arquitecto y me decía que la vida, como las construcciones, tenía que contener un mensaje que expresara, si se sabía comprender, sus diversas manifestaciones formales. Ningún edificio existe por sí mismo. Hay irremediabilmente un arquitecto que lo ha organizado todo. Yo quería encontrarlo y comprenderlo. Pues bien, el azar, a través de un amigo que acababa de revelarme su pertenencia a la masonería, me permitió, casi veinticinco años antes de este momento que vivía ahora, tocar a la puerta del Templo. ¡El Templo!

UN PROFANO TOCA A LAS PUERTAS DEL TEMP.º.

La tarde de invierno había caído horas antes sobre Bastia. Eran más o menos las nueve, y el ambiente comenzaba a refrescar. Una tarde precoz, como es costumbre a inicios del mes de febrero. La primavera no se dejaba sentir todavía, pero el invierno estaba casi terminado. Los granos terminaban su germinación y se preparaban para la eclosión. El ciclo de las estaciones, como el de la vida vegetal, se renovaba. Llegué a pie por las callejuelas del barrio más antiguo de la ciudad: la Ciudadela. El viento y las farolas daban a la decoración urbana el aire inquietante de las calles desiertas. No había matices en este universo, nocturno ya. Nada de medios tonos. Todo era negro o blanco. Sombra o luz.

Desemboqué rápidamente en la pequeña placita, que conocía bien por haber realizado como arquitecto un proyecto de restauración. Daba la cara a la iglesia de Sainte-Marie-de-l'Assomption, edificada en el siglo xvii. Yo había elevado a plano los detalles del mosaico de piedra y presentado un proyecto de puesta a punto. Me hallaba ante la puerta del edificio que me había indicado quien, según supe después, iba a convertirse en mi padrino en la masonería.

Un diamante en bruto

Había comenzado hace poco mi carrera profesional. Tenía unos treinta años y estaba en estrecho contacto con un agente inmobiliario con quien había simpatizado años antes.

Me encontraba, decía, en el domicilio de mi futuro padrino. Teníamos un proyecto que discutir y él tenía que conducirme al sitio. Mientras preparaba el té, yo recorría los estantes de su biblioteca. Cogí un libro cuyo título suscitó mi curiosidad: *El diccionario de los símbolos*. Al volver con la tetera y verme con el libro entre las manos, mi anfitrión me preguntó:

—¿Le interesa a Vd. el simbolismo?

—Un poco —respondí—. Durante mis estudios leí numerosos libros de psicoanálisis y casi todos los de Freud. A decir verdad, creo que si no hubiera sido arquitecto, me habría dirigido sin duda hacia la psicología. Incluso redacté un pequeño trabajo estudiantil sobre los fundamentos conscientes e inconscientes de la formalización en arquitectura. Analizaba cómo podían influir en la forma arquitectónica las motivaciones conscientes e inconscientes del arquitecto que crea. El estudio del simbolismo es, precisamente, el medio a través del cual me parece que se podría encontrar el origen de las formas. Por lo demás, estuve muy interesado en un curso opcional de semiología durante mis estudios. Y además, pienso que las teorías de la

arquitectura funcionalista[2] han prevalecido: la forma arquitectónica proviene también de la inconsciencia, individual o colectiva. Los signos, y en consecuencia los símbolos, son determinantes en arquitectura.

Esbozó una sonrisa discreta, cuyo sentido apenas comprendí, y concluyó:

—Podríamos volver a hablar de ello. Le voy a hacer una confidencia: soy masón. Y no sé si Vd. conoce del tema, pero el pensamiento masónico se apoya particularmente sobre el simbolismo.

Jamás me había interesado por la masonería. Sabía, como mucho, gracias a la lectura de algunas revistas, que los masones eran depositarios de importantes secretos que los hermanos no debían traicionar. Me imaginaba también una influencia oculta de personas ligadas por intereses políticos y financieros. Todo ello me parecía algo extraño. Como no supe qué responderle, mi interlocutor prosiguió:

—Le conozco desde hace algunos años. Pienso que el pensamiento masónico puede interesarle. Y le permite adquirir otra visión del mundo. Puedo confiarle que tengo un cargo de cierta importancia en mi logia. Si le parece bien, puedo proponer su candidatura.

—Quizás —respondí, algo tentado por la curiosidad—. Pensaré en ello. Pero tengo que decirle que apenas conozco un poco de la masonería. Todo lo que sé es que parece existir una historia de secretos en los que algunos serían iniciados, y que la masonería estaría vinculada a la filosofía de la Ilustración y a la Revolución francesa. Sé también que la masonería ha sido perseguida, particularmente por el Régimen de Vichy, pero también por numerosos dictadores.

—No es poco. Justamente, nos gustan los diamantes en bruto.

Me propuso redactar una carta solicitando mi admisión en la masonería. Me informó de que la obediencia en la que lo haría era mixta.[3] Hasta ese momento, yo ignoraba que las mujeres pudieran ser masones. Así que pensé «Y bien ¿por qué no?».

ENTREVISTAS TEMPESTUOSAS

Contactaron conmigo unos meses después. Tuve una cita con una persona que me recibió en su casa. La conversación se desarrolló en términos corteses, pero directos. La persona que me recibía debía de andar por los cincuenta y exhibía una gran elegancia. Llevaba un traje con chaleco, oscuro y bien cortado. Me realizó un montón de preguntas sobre los fundamentos de mis creencias, lo que me molestó. Consideré, en efecto, que estaba de más pedirme que justificara una elección sobre un compromiso del que yo no sabía nada. Y aún más que versara sobre Augusto Comte y las teorías positivistas. Pues, por una parte, esas teorías no cuadraban bien con las concepciones deístas de Descartes a las cuales tan vinculado me sentía, con su intento final de ligar fe y razón de una manera que me parecía absolutamente lógica y totalmente inspirada; y de otra, estimaba que en el estado de ignorancia en el que me encontraba sobre la filosofía masónica, los datos estaban marcados y la discusión era de sentido único. Después, la

conversación evolucionó hacia mi concepción de la sociedad. Como a mí me seguía pareciendo que la situación era muy desequilibrada, pues yo no tenía la menor idea de lo que se esperaba de mí, decidí recurrir a la provocación. Fue mi interlocutor el que me brindó la ocasión en el momento en que abordamos los orígenes españoles de mi familia y en que me presenté como miembro del exilio posterior a la Guerra Civil. Así que le respondí en un intento de desestabilización:

—Cierto, mis abuelos sufrieron toda esa violencia y sus infamias. Ellos no hacían política, pero decidieron abandonar el desorden y la miseria. Esto dicho, se ha de reconocer que sin la victoria del General Franco, la situación habría continuado sin duda y las atrocidades no se habrían interrumpido.

Acababa de marcar —o al menos así lo creía— un gol. Mi interlocutor quedó desorientado. Noté que se preguntaba si hablaba en serio o en broma. Además, cualquier respuesta habría sido embarazosa: si estimaba la victoria de Franco útil para poner fin a las masacres, entonces estaría legitimando la llegada al poder de un dictador militar, posición inaceptable para un librepensador, demócrata y humanista; pero si consideraba que la democracia y la libertad eran el precio de una guerra fratricida, ¡entonces menudo ejemplo para la humanidad!

Yo no quería ser como un boxeador relegado a una esquina del ring, sometido a los golpes imprevisibles de mi adversario. Reaccioné con un paso a un lado, un *uppercut* al interior, al mismísimo mentón, y me dio resultado: la discusión se tornó más banal.

Pasé todavía por otras dos entrevistas unas semanas más tarde. La primera fue con una mujer, muy cultivada, y tuvo lugar en un restaurante. Como yo me tomaba las cosas un poco a la ligera, y sin duda informada por mi anterior interlocutor de mi capacidad para ofrecer una respuesta inesperada, me clavó a la silla:

—No estamos aquí para bromear —me dijo en el tono en el que una institutriz sermonea a un alumno.

Su observación me molestó. Tuve ocasión después de constatar que había entre los masones numerosos profesores, a los que encontré en todos los diferentes talleres de Derecho Humano que frecuenté.

—¡Pero si no bromeo! —le dije en el mismo tono—. Simplemente me evado de una conversación más estresante.

Para dar el paso que me proponía dar, se ha de pasar por tres entrevistas reglamentarias,^[4] realizadas por tres maestros diferentes pertenecientes al taller. La última fue con mi futuro «padrino».

EN EL SENO DEL TEMPLO

Heme pues en esta fría tarde de invierno, ante la puerta que había de abrirme a la masonería.

Yo no sabía demasiado lo que iba a acontecer ni a qué me iba a comprometer. Se me agolpaban los fantasmas: multitud de clichés se acumulaban en mis pensamientos

o se mezclaban con reminiscencias de lecturas o de experiencias personales: el secreto del tesoro perdido de los templarios, las predicciones de Nostradamus, el chamanismo, la orden de la Rosacruz —que tanto llamaba mi atención en un cartel cuando yo era estudiante—, la magia y hasta los poderes sobrenaturales. Llegué a una hipótesis inquietante: ¿y si era verdad que los masones poseían un secreto de la existencia, un secreto que daría al hombre las razones y el sentido de la vida? ¿Y si ese secreto no lo conociera más que un puñado de «iniciados», de sabios, considerados dignos de recibir semejante transmisión?

En tal estado se hallaban mis reflexiones cuando, después un corto instante, toqué a la puerta del inmueble que me había sido indicado. Era un viejo edificio, en mal estado. Temporalmente declarado insalubre y de aspecto más bien lúgubre, sobre todo por la tarde, contrastaba con la hermosa armonía de la iglesia contigua. El lugar no disponía de iluminación directa, más allá de los proyectores de la prisión de Bastia, situada algo más abajo.

La puerta se abrió brutalmente. Al momento, la luz del vestíbulo, en donde había un hombre, iluminó la parte de la placita delante del inmueble. Reculé instintivamente, a fin de no mostrar mi sorpresa.

Todos mis músculos se pusieron en tensión bajo el efecto de un reflejo defensivo: el hombre estaba erguido frente a mí, en traje oscuro, y llevaba una máscara blanca que le tapaba la cara, desde lo alto de la frente hasta la barbilla. Sin decir una palabra, me hizo señal de entrar. Cuando me vio en el interior me dijo muy sobriamente: —Sígame.

Subí las escaleras detrás de él. Me hizo sentarme en una pequeña habitación y volvió tras un momento que se me hizo muy largo. Yo oía palabras, pero el sonido era tan espeso que ni percibía el sentido ni podía determinar el número de personas que hablaban. Un fondo musical se dejaba oír. El hombre de la máscara volvió. Algo menos lacónico, me dijo:

—Tengo que colocarle una venda en los ojos. A continuación, yo le guiaré.

Unos instantes más tarde, oí el ruido sordo del golpe de una puerta, seguido de la apertura de una ventana. Yo permanecía en la oscuridad total y caminaba. Una mano me guiaba, colocada sobre mi brazo. Me hicieron sentar en una silla. Sentí la presencia de varias personas. El silencio reinaba, pero yo adivinaba la respiración, los discretos movimientos. El ser humano no consigue jamás el completo silencio y, por lo demás, cuando no ve nada, oye mejor. Después, una voz habló, una voz de hombre, a poca distancia del lugar en el que me habían colocado. Deduje rápidamente que la habitación era grande y probablemente había muchas personas. Para ese entonces, aún ignoraba que se trataba de mi primera prueba iniciática: la venda.

—Buenas tardes, Señor. Vamos a hacerle algunas preguntas, destinadas a conocer lo que puede Vd. aportar a la orden en la cual desea ingresar, así como lo que de ella le pueda ser a Vd. de utilidad. Responda sin temor, pues estas preguntas sólo están destinadas a conocerle mejor.

Las preguntas venían de todas partes. Las voces eran tanto masculinas como

femeninas. Pero en ningún caso agresivas o inquisitoriales. Esa tarde, algo enfermo, yo no me hallaba en mi mejor forma. Y la fiebre, añadida a la venda de mis ojos, contribuía a envolver los eventos en una atmósfera extraña. Bien entendido, yo me hallaba en un universo muy especial: ¡no se responde todas las tardes a las preguntas de una asamblea de iniciados, poseedores de un secreto celosamente conservado y cuya militancia en una sociedad secreta no debe ser divulgada, bajo pena de sanción! Entre las preguntas que me hicieron, algunas las he guardado en la memoria. Y sin embargo, ese «paso bajo la venda» ¡tuvo lugar hace veinticinco años! Por ejemplo, querían saber cuál era el libro que más me había marcado. Respondí citando *Caras escondidas*, de Salvador Dalí, que había leído algunos años atrás. Precisé que el artista era más conocido como pintor que como escritor, pero que su literatura era idéntica a su pintura: totalmente surrealista, impregnada de un simbolismo inconsciente.

Después se empeñaron en conocer la música que yo me llevaría si tuviese que viajar y encontrarme solo en una isla desierta. Explique que me sería difícil hacer una elección, pues todos los géneros musicales me interesan —yo escuchaba con similar placer Sex Pistols y Led Zeppelin que Mozart y Verdi—, pero que si no tenía más que una opción, elegiría tal vez el *Requiem* de Mozart en la versión de Herbert von Karajan: o tal vez el álbum *Glow*, de Al Jarreau, pues había en él funk, jazz, lirismo y, sobre todo, una enorme sensibilidad musical.

Me preguntaron a continuación si creía que existían límites a la tolerancia. Respondí que la tolerancia debía ser total, o bien no ser. Una tolerancia selectiva reposa sobre una contradicción.

Ignoraba entonces que yo confundía la tolerancia masónica, que es forzosamente limitada, con el perdón de Cristo, que es infinito. Me di cuenta más bien tarde de que, en realidad, durante todos estos años masónicos yo he confundido el Espíritu Santo —que me hizo la gracia de no alejarse demasiado, esperando simplemente con paciencia que un día yo le abriera de nuevo los brazos— con la espiritualidad masónica, que en mi opinión no es sino la convicción de un orden superior totalmente indeterminado de origen natural y materialista para algunos, humano para otros, sobrenatural o mágico para unos terceros, y que cada masón adapta en función de sus preferencias o de su sensibilidad.

Llegó de repente una cuestión que me pareció incongruente:

—¿Piensa Vd. que existe un elitismo masónico?

La voz era del hombre que me había recibido y para entonces yo estaba ya exasperado con tantas preguntas de orden filosófico. Quería enseñarme que a él le interesaba mucho esta disciplina, hasta el punto de haber decidido, a los cincuenta, retomar sus estudios universitarios. El último interrogante nos condujo a mi perseverancia y a mi convicción ante el compromiso. En otras palabras, querían saber si el paso que iba a dar era fiable y perenne. Respondí que había tenido otra cita esa tarde con el padre Guy Gilbert, que daba una conferencia y con el cual había tenido una entrevista durante mis estudios. Quería entregarle un ejemplar de mi trabajo sobre el universo carcelario, y aunque esperaba mucho de ese encuentro, elegí venir a la cita con

los masones y enviar el informe al padre por correo.

Me acompañaron hasta la puerta de entrada y el hombre de la máscara blanca cerró la puerta detrás de mí. Abandoné el lugar y volví a casa dejando a los iniciados con sus secretos.

Al día siguiente, mi padrino me llamó por teléfono y me invitó a tomar un té en un bar próximo a mi trabajo. Me anunció entonces, evidentemente contento, que mi candidatura había sido aceptada... por unanimidad. Y me aclaró que eso no era frecuente, habida cuenta de las modalidades muy restrictivas de voto para la admisión de un profano. Sobre todo, estaba muy satisfecho, pues mi aceptación en la logia ponía fin a una serie de rechazos, una prueba más de que mi candidatura había sido muy apreciada. Próximamente sería convocado para pasar por las pruebas de iniciación.

SE ESCONDEN PARA CONSPIRAR

Una tarde, mientras yo cenaba en un restaurante con mi novia de entonces, decidí informarle.

Me pareció lo natural comportarme con franqueza. Estaba más bien satisfecho de cuanto había acontecido: iba a ser admitido entre los iniciados, «los que tienen un conocimiento más allá del común de los mortales». Y sin duda, iban a darme la clave del secreto. Era por un privilegio como ése por lo que tantos hombres habían intrigado y combatido. Me venían a la memoria referencias a los alquimistas, la búsqueda del grial, los templarios, los cátaros, Voltaire, la Revolución Francesa... En cualquier caso, tenía conciencia de entrar en un misterio.

Creía que mi amiga iba a estar, si no encantada por mí, sí, al menos, intrigada por este acceso algo inesperado a un mundo «invisible» como aquél. Pensé en pedir una botella de champagne para festejar el evento. Pero contra todo lo que había esperado, la muchacha se echó a llorar.

—¡Ni te imaginas donde metes los pies! —me dijo entre sollozos—. Entrás en una secta satánica. Esas personas son capaces de todo. Se esconden para conspirar.

Me apresuré a tranquilizarla: yo no estaría allí si tales propósitos se manifestaran. Pero no quedó menos preocupada.

LA INICIACIÓN

Llegó, al fin, la tarde de la iniciación. Mi «padrino» no me había dicho absolutamente nada sobre lo que me esperaba. Simplemente que no me podía desvelar ninguna cosa y que tenía que confiar en él. Yo tenía que llevar ropa interior y calcetines limpios. Más tarde, aprendería que esta recomendación era una broma de masón que, a pesar de su repetición, les hace reír todavía con ocasión de las ceremonias de iniciación.

Estaba citado al principio de la tarde. Volví al viejo edificio y toqué a la puerta. Me abrió el mismo hombre enmascarado, siempre igual de poco locuaz, y me invitó a entrar.

Solo y aislado

Me hicieron sentar en una pequeña habitación oscura y sin otra abertura que la puerta de acceso. La atmósfera de este lugar era extraña. Inquietante incluso. Las paredes estaban pintadas en negro. Tenía también el dibujo de un gallo, acompañado de las palabras «vigilancia» y «coraje». Un esqueleto humano estaba pintado en blanco sobre el paño que tenía frente a mí. Otra palabra escrita igualmente en blanco. Pero ésta, de una manera particular, con un punto entre cada letra: «V.I.T.R.I.O.L.»^[5]

No sabía qué pensar al respecto, pues el término no evocaba para mí otra cosa que el ácido sulfúrico y su peligrosidad, en particular por las graves quemaduras que puede causar. Sabía que, antiguamente, ciertas cortesanas celosas e intrigantes se servían de él lanzándolo a la cara de sus rivales, lo que las desfiguraba completamente.

Nada de aquello inspiraba seguridad. ¿Es por eso que el hombre que me había recibido portaba una máscara? En cualquier caso, estábamos en un mundo civilizado y mi inquietud me parecía poco plausible. A no ser que...

Yo estaba sentado ante una pequeña mesa, sobre la cual había una bombilla que era mi única fuente de luz. Había ante mí varios objetos, entre los cuales destacaba un reloj de arena; en los pequeños recipientes, azufre, mercurio, sal, huesos de animales y un trozo de pan. El azufre y el vitriolo, aquello recordaba a una especie de «diablería». Las palabras de precaución de mi amiga me venían a la memoria. ¿Y si se trataba verdaderamente de una secta satánica?

Por curiosidad, tomé el trozo de pan. Estaba completamente rancio. Obviamente, no lo habían dejado allí para saciar mi hambre, que se dejaba sentir: yo no sabía la hora precisa —el hombre me había quitado el reloj, así como mi cartera y mis objetos personales—, pero debían ser las ocho y media. Me hallaba totalmente solo y

aislado en aquel calabozo sórdido. La frescura de aquella noche del mes de marzo de 1989 comenzaba a incomodarme: no había ninguna calefacción en la habitación.

Mi testamento filosófico

Al cabo de un largo momento, el hombre de la máscara blanca abrió la puerta y me dio un bolígrafo y algunas hojas. Me explicó brevemente que tenía que redactar mi «testamento filosófico». ¿Qué demonios podía significar semejante expresión? Un testamento no era para mí otra cosa que un escrito por el cual se legan bienes materiales. ¿Por qué, cómo y, sobre todo, a quién iba yo a legar mis ideas filosóficas, bien entendido que se trataba de mi concepción de la existencia? ¿Tenía que morir a mis ideas para entrar en una nueva aprehensión de la vida? ¿El secreto que me iba a ser revelado con ocasión de la iniciación masónica iba a convulsionar mi cognición, según el vocabulario utilizado por los psicólogos? ¿Qué iba yo a descubrir? ¿Y si mi amiga tenía razón? ¿Era la iniciación un lavado de cerebro?

Me dispongo, pues, a escribir lo que habría deseado dejar a mis más próximos, si yo tuviera que morir justo ahora. En ese testamento, expresaba a mi hijo, que tenía por entonces nueve años, todo mi amor. A mis padres les legaba el agradecimiento por haberme dado la vida. A mis amigos, los recuerdos de los buenos momentos pasados juntos. A mis enemigos les pedía perdón. En fin, a todos aquellos a quienes, queriendo o sin querer, hubiese hecho daño, les pedía también perdón.

Algo más tarde supe que ese testamento se lee ante la logia en cuanto es redactado, y que después es quemado en un recipiente metálico, y que sus cenizas, colocadas en un sobre sellado, se entregan finalmente al iniciado.

¿Una mujer desnuda?

La puerta se abrió de nuevo y yo entregué el documento. En ese momento me percaté de que no estaba solo. Una agradable voz femenina, proveniente de una habitación contigua, preguntó a alguien:

—Me han dicho que había que desvestirse. ¿Debo quedarme totalmente desnuda? Y en todo caso, ¿qué debo dejarme puesto?

La aventura se anunciaba interesante. ¿Tenía la iniciación una componente erótica? Mi imaginación se embalaba tanto más cuanto que, en aquel momento, yo no guardaba la castidad, ni la fidelidad a nadie.

Repentinamente, me pregunté si no iba a vérmelas ante una especie de orgía satánica, lo que aumentó considerablemente el deseo que había hecho brotar en mí aquella voz sensual, que sin embargo desapareció cuando una voz masculina le respondió divertida:

—En absoluto, permanezca vestida.

Existe una broma corriente entre los masones que apadrinan a un «profano», o que se descubren ante uno que forma parte de su entorno. Con un tono en el que no se consigue determinar el grado de seriedad o de broma, le informan de que hay que llevar ropa interior limpia y afirman que, entre las pruebas de iniciación, la más difícil es la de desvestirse con los ojos vendados. Mi vecina se dejó tomar el pelo y el incidente sería objeto de carcajadas y de chanzas con ocasión del ágape.^[6] Tengo que precisar que la joven mujer, que tenía además el aspecto bien sexy de una muñequita Barbie, se convirtió en mi gemela. A menudo, a fin de ganar tiempo, las iniciaciones son dobles (y a veces, aunque raramente, triples).

Esta mujer trabajaba como comercial en el campo de la papelería profesional y no tardó, amparada en la fraternidad masónica que nos unía, en venir a verme a mi oficina para intentar «colocar su mercancía». Unos meses más tarde, abandonó la logia y yo me encontré «huérfano». Mi padrino me explicó entonces que ella formaba parte de un grupo de personas que habían intentado entrar en los rosacruces, pero como la verdad no llegaba con suficiente rapidez, lo habían intentado con la masonería.

Los ojos vendados

Un poco después vinieron a buscarme y me pusieron una venda en los ojos. Me desabrocharon la camisa doblando la mitad de ella sobre la parte inferior, dejándome el pecho desnudo. Me dijeron que me quitara un zapato y me quedara descalzo de un pie. Me encontré entonces aún más indefenso que en mi precedente aventura. No tenía otro remedio que confiar en la persona que me guiaba. Yo avanzaba claudicante en medio de la total oscuridad.

Un gran golpe sonó en la puerta, y después unas palabras:

—Venerable Maestro, un profano conducido por el Gran Experto pide ser recibido como masón, si se le juzga digno.

—¿Por qué este profano pide ser recibido como masón? —preguntó otra voz mucho más lejana.

La primera voz respondió:

—Porque es libre y de buenas costumbres, porque está en las tinieblas y busca la luz.

Tras algunos intercambios verbales suplementarios, la voz lejana ordenó:

—Permítasele la entrada al Templo.

Esta frase fue seguida de un gran ruido de cadenas metálicas, y la persona a mi lado que me guiaba me advirtió:

—Agache la cabeza, señor, la puerta es muy baja.

En efecto, tuve que agacharla mucho para pasar. Avanzaba con las piernas flexionadas al extremo y la espalda curvada, a una altura que estimé no superior al metro. Físicamente muy en forma, aquello no representó para mí un gran problema, pero

reservé un pensamiento para los iniciados de una cierta edad o que tuvieran problemas de espalda. Sonreí para mí al reparar en que «iniciado» rima con «lisiado».

Me imaginé un edificio a escala humana pero en el que la entrada pareciera un ventanuco: si ya era manifiestamente difícil entrar, sería aún más difícil salir. Yo me hallaba en la oscuridad más completa y no tenía la menor percepción de lo que había a mi alrededor. Temí golpearme con algún obstáculo, principalmente el dintel de la abertura por la que me conducían. Esperé que tuvieran cuidado de evitarme cualquier daño. Por fin me permitieron enderezarme. Mi acompañante repuso:

—Venerable Maestro, el profano está entre las columnas.

Me imaginé la decoración de un templo, y me pregunté de qué columnas podía tratarse. ¿Cómo podía haber en aquel viejo edificio columnas que yo imaginaba dóricas, o quizás jónicas o corintias? ¿Se trataba, a lo mejor, de un decorado teatral? ¿Una puerta baja de entrada, yuxtapuesta a un frontón sostenido por varias columnas de estilo griego?

Me hicieron prometer que no revelaría jamás nada de lo que yo iba a ver u oír.

Me hallaba sentado en un banco frente a la voz lejana, que añadió:

—Señor, ¿tal vez tiene Vd. enemigos? Si Vd. Se los encontrara en esta asamblea, ¿aceptaría Vd., tras una entrevista leal a fin de descartar todo malentendido, reconciliarse con ellos?

Respondí que no recordaba tener enemigo alguno, pero que si alguien se sintiera como tal, me allanaría a la propuesta.

Me hicieron levantar de nuevo, y después agacharme para salir por la puerta baja. El enorme ruido metálico se dejó oír otra vez, acompañado del golpe de una puerta, que debía de ser bastante pesada.

Después, me pusieron otra vez cara a la entrada, o al menos ésa fue mi impresión, pues mi sentido de la orientación comenzaba a verse particularmente perturbado. Oí de nuevo abrirse la imponente puerta.

Un instante más tarde, me pidieron que hincase una rodilla en el suelo. Alguien tomó entonces mi puño derecho, guió mi mano y la sumergió en una suerte de producto polvoriento, granulento, ¿tiza quizás? La persona que me dirigía la mano me dijo:

—Profano, le hacemos tocar la tierra, la madre de todos nosotros, de la que somos hechos y a la que retornaremos. No olvide nunca que el amor es más fuerte que la muerte, y que la vida y el amor universal son una sola y misma cosa.

Todavía sonó un gran golpe en una puerta. Pasé una vez más por la puerta baja y apenas erguido de nuevo, sentí una punta sobre mi pecho desnudo.

La persona a mi costado me dijo entonces:

—Señor, la punta de esta espada, colocada en este momento en dirección a su corazón, es un símbolo destinado a hacerle comprender que no es fácil entrar en este Templo, y que los traidores a él son severamente castigados.

Me hicieron sentarme.

Las cosas comenzaban a complicarse. Me preguntaba en donde me había metido. Me arriesgaba quizás, si continuaba, a ser traspasado, decapitado... Mi amiga ya me había advertido: se trataba, sin duda, de un grupo sectario que se vengaba de las

eventuales indisciplinas eliminando con arma blanca o por otro medio a los eventuales disidentes. Unos años antes, un tal Jim Jones, gurú de una secta cuya vocación, sin embargo, era humanitaria, y que acudía en auxilio de los más desfavorecidos, de los drogadictos, de las minorías, había provocado el suicidio colectivo de un millar de miembros del Templo del Pueblo.

Tras un silencio, oí de nuevo la voz lejana:

—Señor, la masonería es una institución que no procede más que de sí misma; apoya sus principios en la Razón y el Amor de la Humanidad. Es universal.

»Respetando en cada uno su libertad de creencia, se emancipa de toda dominación y de todo dogma. No impone ningún límite a la búsqueda de la Verdad.

»Estos serán sus deberes: el primero es el silencio sobre todo lo que pueda oír o descubrir entre nosotros, así como todo lo que pueda Vd. ver o aprender como consecuencia. El segundo es el de socorrer a sus hermanos y hermanas cuando ellos lo necesiten, y ayudarles con todas sus fuerzas físicas, morales y espirituales. El tercer deber es progresar perseverando en la búsqueda de Vd. mismo.

Tras algunas palabras suplementarias del ritual y tras indicarme los principios fundamentales de la orden masónica internacional Derecho Humano, se procedió a las pruebas de iniciación.

Beber de la copa

Mientras todavía estaba sentado, me ofrecieron una copa para beber. Desconfié: ¿de qué brebaje se trataba? Temí que fuera un hipnótico, o algún tipo de droga destinada a disminuir mis capacidades. Pero el líquido era dulce y agradable, ligeramente alcohólico. Una especie de vino dulce, ¿moscatel? Me asaltó un pensamiento divertido: ¿me estaban ofreciendo un aperitivo?

—Beba otra vez—, me dijo la voz de mi acompañante.

Bebí de nuevo, con más ahínco. Apenas me acercaron la copa a los labios, sentí náuseas: la bebida era amarga hasta vomitar. Y como me habían engatusado con el primer trago, por desgracia me llené la boca en el segundo. ¿Contenía esta segunda copa el producto alucinógeno que me temía?

—Beba otra vez.

Mi padrino me había pedido tener confianza, así que bebí. La bebida esta vez era ligeramente azucarada, aunque un poco sosa. Tuvo por efecto endulzar el amargor que había invadido mi boca entera.

La voz prosiguió:

—Señor, la ceremonia que acabamos de cumplimentar tiene un sentido simbólico. Significa que cuando uno se compromete en un camino nuevo, se está lleno de ardor, todo parece bueno y bello; pero los contratiempos y la amargura pueden venir después de este estado feliz.

La voz lejana repuso:

—Si, sin embargo, se persevera, si se bebe de nuevo de la copa del Saber, el brebaje que ella contiene se vuelve dulce y agradable; sólo persiste un ligero amargor para recordar que no todo es perfecto en la vida. Un gran amargor asaltará a quien decide traicionar su deber, pero la perseverancia en lo bien hecho hace la vida dulce y tranquila, como dulce era la tercera copa en la que ha mojado Vd. sus labios.

Me sentí turbado por esta última frase, con un no sé qué de amenaza. Primero me habían puesto la punta de una espada sobre el corazón, a fin de disuadirme de toda falta al compromiso, y ahora, además, se me prometía un gran amargor. ¿Quiénes eran estas personas y de qué eran capaces? ¿Qué me habían hecho beber?

Primer «viaje»: «Que sea purificado por el aire»

¿Y si existe realmente una suerte de secreto? ¿Me encontraría yo bajo algún tipo de influencia, y de quién? Estaba yo en mis interrogantes, presa de una desconfianza marcada por la paranoia, cuando la voz lejana repuso:

—Hermano Gran Experto, que el profano haga su primer viaje iniciático. Yo lo confío a su prudencia. Devuélvanoslo sano y salvo.

No he temido nunca al peligro. Pero cuando se tienen los ojos vendados y no se sabe lo que ha de venir, la situación se vuelve sin querer incómoda, sobre todo después de palabras como aquéllas.

Una mano se posó sobre mi brazo. La voz al lado mío se expresaba tan sobria como firmemente:

—Sígame.

Se hizo un alboroto ensordecedor. Golpes lanzados de manera arrítmica, incluso desordenada. Un caos sonoro por todas partes. Al mismo tiempo, una sonorización llevada al máximo difundía una música terriblemente estresante, caótica, chirriante: la clase de música que anima las películas de horror o de angustia. Me balanceaban en todos los sentidos. Apenas había dado dos o tres pasos a la derecha, me giraban a la izquierda. O hacia delante. O hacia atrás. O bien me paraban brutalmente. No tenía ningún medio de saber, cegado como estaba, en qué sentido había marchado. Ni qué distancia había recorrido. De repente, y tal fue el caso en varias ocasiones, comenzaba a escalar una pendiente. Después, de manera todavía más inesperada que repentina, el suelo basculaba hacia adelante, y yo descendía, después uno o dos pasos, otro declive abrupto. Después caminaba sobre un suelo desigual. Sentía bajo los pies obstáculos, baches. Carecía de una sujeción estable, pues uno de mis pies estaba descalzo mientras que el otro todavía portaba el zapato. La cojera que me había sido impuesta me invalidaba.

En la ignorancia total de los elementos materiales de la ceremonia, la imaginación del candidato masón adquiere una importancia vital. Yo mismo intentaba recrear el cuadro físico en el cual me hallaba. Habida cuenta de los bruscos cambios de dirección, me daba la impresión de que el edificio comportaba diversos pasillos de

extraña geometría. Todo me parecía irreal. Se trataba de otro mundo en el que las referencias eran totalmente diferentes. Una especie de laberinto esotérico. ¿Cómo es que esos pasillos, o esas habitaciones, podían comportar semejantes elementos? ¿Y si todo ello estuviera concebido siguiendo el modelo de las pirámides? En ellas, sus creadores habían imaginado los peores laberintos en tres dimensiones, a fin de engañar a los intrusos y, sobre todo, de impedir el acceso de los no iniciados a la tumba faraónica... Después de todo, parecía existir una relación oculta entre el Antiguo Egipto y sus secretos, por un lado, y la masonería, por otro.

Los baches, las crestas, hacían la marcha insoportable e incluso dolorosa, sobre todo en la planta de mi pie descalzo, en el que se clavaban pinchos y asperezas.

Al final del que era mi primer viaje, y al mismo tiempo que me imponían una parada repentina y brutal, sentí un golpe en el pecho y todos los ruidos, la música, se interrumpieron. Inmediatamente, una frase pronunciada por una voz nueva, disparó:

—¿Quién va?

Imagué en ese instante, en el negro total en el que me desenvolvía bajo la venda, un guardia apostado ante otra puerta, a la cual el laberinto conduciría. Posiblemente en un sótano. En realidad, según supe más tarde, fui manipulado siempre en la misma habitación rectangular, delante de la «meseta»[\[7\]](#) del Segundo Vigilante, el cual se levantó y apoyó brutalmente su mazo sobre mi torso.

Mi acompañante respondió:

—Es un profano que pide la admisión a la masonería.

—¿Cómo se atreve a esperar conseguirlo?

—Porque es libre y de buenas costumbres —respondió mi guía.

—Pues si así es, que pase y que sea purificado por el aire —concluyó la persona delante de mí.

Una corriente de aire fresco me refrescó misteriosamente la cara durante algunos segundos. El hombre que se hallaba a mi lado añadió:

—Venerable Maestro, el primer viaje ha terminado.

Tras un breve silencio, sonó un golpe repentino, único y violento.

La voz del que me había dado el golpe en el pecho continuó:

—Aquí todo es símbolo. Busca y encontrarás.

Una imaginación «desorientada»

Cuando, algunas semanas más tarde, asistí como joven aprendiz a una ceremonia de iniciación, constaté la irrisoria economía de medios con la que se hacía viajar al espíritu del profano. Mi imaginación había creado todo un universo con miles de piezas: lo que acontecía ante mis ojos era fundamentalmente diferente de los que yo había imaginado con los ojos vendados. De hecho, había sido eficazmente aconsejado por mi padrino que, sin desvelarme el más mínimo secreto, me había incitado a dejar volar mi imaginación. Ello me permitiría implicarme más fácilmente en la búsqueda simbólica.

Comprendí que si no se está dispuesto a dar libre curso a las emociones, el candidato tiene una elevada probabilidad de mostrarse totalmente hermético, y que, en tal caso, presentaría más dificultades para experimentar, a no ser por una disposición personal particular, una sensibilidad simbólica. Hay que reconocer que esta práctica se aproxima un poco a la sugestión. Existe, pues, lo que destaca del ritual, lo que el candidato imagina, y finalmente, una realidad que es materialmente insignificante.

La conjunción de estos tres elementos debe aportar la iniciación, es decir, el inicio del camino iniciático, valga la redundancia.

Descendiendo al nivel de la realidad de los hechos, el candidato con los ojos vendados pasa, al agacharse, bajo una espada que un oficial atraviesa a la puerta de entrada al Templo. Esta puerta es de dimensiones y de naturaleza absolutamente normales, y sólo el hierro de la espada, mantenida en paralelo al suelo, figura un dintel pretendidamente bajo, que el candidato siente confusamente sobre la espalda. En cuanto al ruido de cadenas, apenas lo produce un masón sacudiendo una cadena metálica, que golpea también contra la abertura, al mismo tiempo que cierra brutalmente la puerta, para simular un tamaño descomunal e impresionar al profano. Todo el recorrido se desarrolla en el Templo, habitáculo rectangular, generalmente de cien a doscientos metros cuadrados, y en el cual están sentados sobre las dos bancadas a derecha e izquierda —las columnas del norte y del sur— los masones.

Un oficial, el Gran Experto, guía y conduce al candidato aprendiz, sujetándolo por los brazos, impulsando las paradas, los cambios, los retornos, siempre con una cierta brusquedad, lo que tiene por efecto no sólo desorientarlo totalmente, sino también hacerle imaginar un recorrido absolutamente diferente del que ha realizado. Por otra parte, las subidas y las bajadas brutales se ejecutan sobre una plancha de unos treinta metros de largo, que reposa en el medio sobre un soporte que permite la basculación del conjunto. Finalmente, una segunda plancha sobre la cual están pagadas dos piezas de madera más o menos regulares, sirven para figurar el suelo desigual. Los ruidos son provocados por el conjunto de masones que golpean el suelo con los pies, los cuales, con sus manos y con el puño de sus espadas, golpean los sillones y cualquier otro soporte, como la meseta del oficial. Todo lo cual crea un estruendoso infierno. Los masones exhiben a menudo una expresión hilarante más que silenciosa, dando así a la ceremonia el aire de una novatada. En cuanto a la «purificación por el aire», no es sino el resultado del movimiento de un abanico que el Vigilante agita tres veces ante el rostro del candidato.

¡Menudo abismo entre la realidad y la imaginación!

Segundo «viaje»: «que sea purificado por el agua»

Tras el primer viaje, un segundo inicio.

La voz lejana ordena en ese momento de la ceremonia

—Hermano Gran Experto, haga hacer al profano su segundo viaje iniciático.

Se reprodujo el mismo escenario, pero ligeramente diferente. La música, siempre inquietante, era, de todas maneras, menos angustiada. Los ruidos desordenados dejaron espacio a cliqueteos metálicos, numerosos y sin ritmo armónico alguno. Al final de un recorrido menos perturbado y después de una última parada repentina, similar a la precedente, rematada igualmente por un nuevo impacto sobre mi pecho y por la serie de frases ya reseñadas, oí todavía una nueva voz:

—Puesto que así es, que pase y que sea purificado por el agua.

El que era mi guía me tomó la mano y la sumergió en el agua en hasta tres ocasiones.

—Venerable Maestro, el segundo viaje ha terminado.

Dos nuevos golpes remataron la declaración. Una voz a mi izquierda añadió:

—Aquí todo es símbolo. Golpea y se te abrirá.

En el curso de este «segundo viaje», los cliqueteos que se oyen los producen, de hecho, las espadas que los masones hicieron chocar unas contra otras.

Tercer «viaje»: «que sea purificado por el fuego»

La voz lejana repuso:

—Hermano Gran Experto, haga hacer al profano su tercer viaje iniciático.

El recorrido, esta vez, fue muy calmado. Yo caminaba de manera lineal y sin tirones. Me parecía describir círculos y girar siempre en el mismo sentido. No había ruido alguno, a excepción de una música dulce y melodiosa. Yo seguía cegado, pero sentía una especie de bienestar. Me habían hecho reposar la mano sobre la espalda de quien me servía de guía.

Tras un tercer impacto apenas perceptible sobre mi pecho y frases idénticas a las enunciadas anteriormente, identifiqué la voz antes lejana y ahora justo delante de mí:

—Puesto que así es, que pase y que sea purificado por el fuego.

Me pregunté súbitamente si me iban a marcar con un hierro al rojo vivo, un sello de pertenencia a la hermandad, destinado a evitar imposturas, y me preparé para sufrir un gran dolor.

Pero simplemente me cogieron la mano y un ligero calor pasó tres veces por la palma. En realidad, el Venerable Maestro pasa la llama de una vela bajo la palma de la mano del candidato. Un corto instante después, tres golpes resonaron en un silencio sepulcral. Delante de mí, a una distancia de unos pocos metros, la «voz lejana» se expresó:

—Aquí todo es símbolo. Llama y se te responderá.

Y prosiguió:

—Señor, la orden en la que demanda Vd. entrar, puede un día necesitar de Vd. para defender su existencia, sus principios y a sus miembros. ¿Promete Vd. consagrarse a ello con todas sus fuerzas?

Respondí afirmativamente. Me venía a la mente la persecución de masones durante la Segunda Guerra Mundial. Desde luego, me sentía dispuesto a aportar todo mi apoyo a las personas a las que se persiguiera únicamente por sus ideas. Jamás había

soportado la injusticia. Eso no formaba parte de lo discutible: cada uno podía tener su opinión y expresarla.

—Señor, en orden a otorgar la calidad de masón sólo a personas que son dignas de ella, se le pide concluir con un compromiso de honor. Este compromiso, fundado sobre nuestros principios, no tiene nada de incompatible con los deberes morales de todo buen ciudadano. ¿Consiente Vd. en prestar este juramento solemne y se compromete a guardar los secretos de la masonería?

Me tranquilicé un poco: no había en ellos nada contrario al comportamiento de un buen ciudadano y, por lo demás, iban varias veces ya que se evocaba el tema de las buenas costumbres. Este compromiso no tenía por qué contener aspectos peligrosos o contrarios a la moral. Respondí afirmativamente. Muchos son, por otro lado, los compromisos solemnes que se pide pronunciar al neófito con ocasión de la ceremonia de iniciación (y que le serán luego demandados en cada ascenso de grado). Y todos se refieren a los reglamentos generales: no revelar a nadie nada de lo que se ha visto u oído ni ninguno de los secretos de la masonería (y en los ascensos de grado, particularmente, no comunicar los secretos del nuevo grado a los inferiores); consagrar todas las fuerzas a defender la existencia del orden masónico; respetar los principios de Derecho Humano; obedecer fielmente la Constitución Internacional y las leyes masónicas. Estos principios, recordados por el Orador en la ceremonia de iniciación, están contenidos en los artículos 1, 2, 3 y 5 de la Constitución Internacional de la obediencia de Derecho Humano: la igualdad del hombre y la mujer; la fraternidad entre los masones, sin distinción de raza, de religión, de filosofía; la realización sobre el terreno y para todos los seres humanos del máximo desarrollo moral e intelectual. En definitiva, el respeto y la observación del método ritual y simbólico que la orden se impone a sí misma (y a sus miembros) a fin de conseguir los objetivos señalados.

El compromiso masónico no es finalmente sino la activa participación en un ideal social que se obtendrá por la puesta en práctica de procedimientos esotéricos^[8] (es decir, comprensibles sólo por los iniciados).

Me hablaron inmediatamente de secretos masónicos. ¡Mi curiosidad hizo algo más que despertarse! La historia se ponía apasionante y comenzaba a tomar aires de aventura mística. Estaba radiante de felicidad en el sentido propio del término. Puesto que me demandaban el compromiso de no revelarlos, me iban a hacer conocer pues, esos famosos «secretos» que alimentaban todas las conversaciones sobre los masones. «¡Y es que tienen no pocos secretos!». Todo era por lo tanto verdad y no se trataba de fantasías.

Sin duda, tales conocimientos misteriosos permitían a los que los habían obtenido —por un medio ciertamente oculto— ser totalmente diferentes y quizás superiores —sobre el plano espiritual, al menos— al común de los mortales. Y tales conocimientos no podían adquirirse en la enseñanza universitaria, ni aun en la más refinada. Se trataba entonces, efectivamente, de un conocimiento transmitido por maestros.

Además, el término «Venerable Maestro» había sido utilizado en referencia a

uno de ellos. Ciertamente un ocultista del más alto nivel... Había oído, igualmente, que existía un «Gran experto». ¿Un maestro, experto del esoterismo también? Ellos se llaman, no obstante, «hermanos».

Que la luz le sea dada

Se trata pues, efectivamente, de una fraternidad secreta y organizada, cuyos miembros debían estar unidos por un poderoso lazo oculto. ¿El Conocimiento absoluto? ¿El secreto de los secretos? ¿El fin último de la existencia?

Sin duda la cuestión que me habían hecho con ocasión de mi «paso por la venda» escondía una realidad: existe, probablemente, una élite masónica. Esa gente que yo iba a conocer en poco tiempo eran ciertamente privilegiados que sabían lo que todos los demás ignoraban. Ellos poseían secretos... ¡y me los iban a transmitir! ¡Porque me habían juzgado digno! Ya me había enterado de algunos signos esotéricos. Estaba por lo tanto en el corazón del misterio. Yo, un simple ser humano, apenas «un peatón», iba a convertirme en un «ser aparte», poseedor de «secretos». ¡Un clarividente en el seno de un mundo de miopes y de ciegos! Los demás me verían como antes. Pero, en mí mismo, se esconderían unos secretos que no habría de compartir más que con una minoría de «elegidos»: los iniciados. Y yo, personaje insignificante, iba, finalmente y gracias a los masones que me acogían entre ellos, a ayudar al mundo, e incluso más: ¡a la humanidad! Soñaba con aquellos masones que habían operado cambios importantes en la sociedad humana: Lafayette, George Washington, Kipling, Churchill, Neil Armstrong, Cagliostro... ¡Iba a formar parte de la misma asamblea que esos hombres tan ilustres! ¿Qué poderes me iban a transmitir para cumplir con tan extraordinaria misión? ¿Comprendería, por fin, la razón de nuestra presencia en la tierra, el porqué de la existencia, de la muerte? Sin duda, llegaría a saber lo que viene después de la muerte, mientras que «los demás» seguirían ignorándolo todo.

No había razón, si se trataba de un conocimiento fundado sobre el dominio del ocultismo, para que esos secretos no desvelaran una visión trascendente, y en consecuencia, espiritual, sobre la existencia, y más allá de ello, sobre el objetivo último de la conciencia. Convertirse así en el igual de Dios... La masonería ofrecía quizás un enlace directo con el mensaje divino. ¿Acaso me iban a confirmar que Dios existe? ¡Cómo no iba a estar dispuesto al compromiso! Todas esas ideas me atravesaban la mente a una velocidad fabulosa.

Tras un breve silencio, el diálogo continuó:

—Hermano Primer Vigilante, ahora que la paciencia y la firmeza del neófito le han hecho obtener su primera victoria, ¿le juzga digno de ser admitido entre nosotros?

—Sí, Venerable Maestro.

—¿Qué pide para él?

—La luz

—¡Que la luz le sea dada a mi tercer golpe de mazo!

Tres golpes potentes sonaron lentamente, dando a ese instante una grande y particular solemnidad. El tiempo quedó suspendido. No pasaría nada hasta el tercer golpe de mazo. Pero el tiempo retomaba su curso y mientras los golpes se encadenaban, la progresión hacia la luz se hacía inexorable.

¿Sobre qué me iban a abrir los ojos? ¿Qué iba yo a descubrir que nadie, salvo los verdaderos iniciados, no hubiera visto jamás?

Alguien desanudó el cordel que me retenía la venda sobre los ojos, y la luz penetró hasta lo más profundo de mis ojos, de mi cerebro y, de alguna manera, también de mi espíritu. Estaba impresionado en todos los sentidos del término.

Pasado un corto espacio de ceguera, descubrí ante mí un lugar del que no podía ver, y menos aún retener, toda su singularidad. Estaba lleno de signos esotéricos. Delante de mí, distinguí, en mi deslumbramiento, una mesa (o banco) de madera levantada sobre un estrado y tras la cual había un hombre, de pie, ante una especie de trono, el cual tenía un mazo contra su pecho, el ante brazo y el brazo dispuestos en escuadra. Vestía un traje oscuro y bien cortado. Era el hombre que me había recibido primero. Portaba una especie de estola de tejido en forma de triángulo, cuya punta tenía doblada hacia abajo. En su extremidad, una joya con forma de «L». El tejido era azul bordado de color rojo. Un triángulo rojo, la punta hacia lo alto, se hallaba inscrito en la punta, sobre fondo de bordados rojos. Llevaba igualmente un delantal blanco, ligeramente rectangular, de algunos centímetros de lado, con bandas rojas, así como dos letras ocultas, M.º y B.º, en rojo igualmente.

Tras él vi un gran triángulo luminoso, con un ojo en el interior. Más tarde me enteraría de que ese símbolo es el llamado «Delta brillante». De dicho triángulo partían, en todas direcciones, líneas que figuraban rayos dorados. Otros dos personajes se hallaban igualmente de pie, el uno a su izquierda y el otro a su derecha.

Entre ellos y yo, un grupo de hombres y de mujeres apuntaban con su mano izquierda sus espadas en dirección hacia mí. Tenían unos «cordones» y unos «delantales» similares, aunque menos decorados, al del personaje del fondo.

En cada esquina de la habitación, un grupo de unos veintipocos hombres y mujeres de pie, vestidos con iguales ornamentos, salvo unos pocos que tenían un delantal blanco. Todos ellos con guantes de ceremonia color blanco.

Distinguí a duras penas a todas esas personas, de tan deslumbrado como estaba. Poco a poco, mis ojos empezaron a hacerse a la luz e intenté comprender mejor la escena, mientras el hombre tras el púlpito decía con voz solemne:

—Neófito, las espadas que ha visto aquí no amenazan más que a los traidores y a los perjuros, y le anuncian también que todos los masones se pondrán a su servicio en caso de necesidad. Que estas espadas sean pues, a la vez, el símbolo de la salvaguarda, del amor y del castigo.

Me vi de repente traspasado por todas partes, cual si de un santo Sebastián se tratara, por lamas de espadas en vez de por flechas. Esperaba que esa gente tuviera la misma concepción de la traición que yo mismo.

¿Hasta dónde podrían ellos llegar? ¿Se trataba de una amenaza puramente

simbólica, o bien me hallaba ante hombres y mujeres dispuestos a llegar a cualquier extremo?

Todo dependía ciertamente de la naturaleza de los secretos. Si detrás de todo ello no había más que un puro discurso, no habría entonces riesgo alguno. Pero si los secretos fueran de un alcance esencial, entonces todo era posible. No se me ocultaba que no son pocas las sectas y hermandades, de tipo mafioso, que hacen reinar la disciplina en el seno del grupo a través de castigos que pueden llegar hasta la mismísima eliminación física.

El juramento masónico

Yo no había leído nunca nada preciso sobre la masonería. Sólo había oído comentarios sobre la posesión, por sus miembros, de verdaderos secretos celosamente guardados. Por lo demás, los masones no desvelaban su pertenencia, de suerte que todos estamos probablemente rodeados, sin saberlo, por montones de «hermanos»: ¡el peligro —y la venganza— podía venir de todas partes! ¿O no serían las amenazas sino puramente teóricas? Me hicieron pronunciar el juramento masónico: ser solidario con mis hermanos y hermanas, buscar la verdad, conformarme a los principios de la orden masónica. Respondí extendiendo la mano derecha y diciendo con tono solemne: «Sí, juro».

El hombre a unos pocos metros de mí, a mi derecha, era el Venerable Maestro de la Logia. El que estaba a un costado y se hacía llamar Gran Experto colocó mi mano derecha extendida contra mi garganta, el pulgar abierto en escuadra, mi brazo y mi antebrazo elevados en horizontal. Tenía todo el aspecto de una lama de cuchillo sobre la garganta. El Venerable repuso:

—Repita conmigo: «Preferiría que me cortasen la garganta antes que faltar a este juramento».

A pesar de mis reticencias, repetí la frase. ¿Estábamos, igualmente, ante una simple frase, o las palabras se correspondían con la más estricta realidad? Si se tratara de una ceremonia puramente formal, entonces era innecesario preocuparse. Pero si tras aquel compromiso existiera una realidad ¿no adquiriría el secreto masónico una vía de la que era imposible escabullirse, salvo degollado como víctima expiatoria de los propios errores o debilidades? ¡Quién sabe de qué son capaces los hombres! La historia demuestra que, muy a menudo, de lo peor.

Me preocupaba el pensamiento de un martirio ritual. Después de todo, cuando ciertos intereses están en juego, el asesinato puede suponer una especie de «salida de crisis». Me preguntaba en qué peripecias me estaba comprometiendo. Tenía en mente el sacrificio de los mártires. Se podía morir por las ideas y por convicciones... ¡pero yo no estaba en absoluto preparado! ¿Podrían matarme un día por error? ¿Tenía yo además convicciones tan reales que merecieran el sacrificio final y definitivo?

La voz del Venerable me sacó de mis disquisiciones:

—Nuestros enemigos no se hallan siempre delante de nosotros. Nos vigilan a

menudo en la sombra. ¡Vuélvase!

Me di la vuelta y miré detrás de mí, preocupado de descubrir que «me vigilaban en la sombra». Y vi... ¡la imagen de mi propia cara en un espejo! El hombre prosiguió:

—Hemos querido hacerle comprender que nuestro enemigo más grande está a menudo dentro de nosotros mismos, y que tenemos que combatir nuestros errores, nuestros prejuicios y nuestras pasiones.

A la orden del Venerable, todos los participantes se sentaron, y se me pidió avanzar hacia el «altar de los juramentos» por los tres pasos del aprendiz. Los dos talones juntos, el pie izquierdo hacia adelante, el pie derecho dispuesto en escuadra y la punta vuelta hacia el exterior. Me hicieron caminar en tres grandes pasos, avanzando el pie izquierdo, reencontrado enseguida por el derecho, los dos pies formando una escuadra. Me sentía un poco ridículo. Después me invitaron a avanzar justo delante del púlpito del Venerable. Requería un tercer juramento.

Nada me pareció contrario a mis principios. Es más, me parecía bastante conforme a la moral. Imaginaba que las «leyes masónicas» de las que tratábamos no podían ser contrarias a nuestras leyes democráticas. Bajo esta reserva silenciosa pronuncié mi juramento: «¡Acepto el compromiso del honor!».

Tuve que subir entonces los tres escalones que llevaban al estrado sobre el que se hallaba el Venerable Maestro. Él se levantó. Tenía en una mano un mazo de madera y en la otra una espada llamada «llameante» en razón de las ondulaciones de su lama. Posó sucesivamente la espada sobre mi cráneo y sobre cada uno de mis hombros antes de decir, apoyando cada fórmula con un golpe del mazo sobre la espada:

—Le creo, recibo y constituyo aprendiz de masón en primer grado simbólico.

Me recubrieron con un delantal blanco de unos treinta centímetros de lado y con unos guantes blancos, explicándome que el primero era el símbolo del trabajo, que daba derecho a sentarme entre todos los masones, y que los segundos representaban la pureza de mis intenciones y la igualdad que reina en la logia. El gran experto me enseñó los «signos, palabras y tocamientos» mediante los cuales los masones se reconocen en el grado de aprendiz, entre ellos el puño de mano, que consiste en apretar tres veces sobre el espacio entre el pulgar y el índice de la mano del otro.

La mano y el signo de los aprendices

Me dieron a continuación la clave de los aprendices, que se dice deletreando alternativamente sus letras. El interlocutor pregunta si uno es aprendiz, y el aprendiz debe responder:

—No sé ni leer ni escribir, sólo sé deletrear. Deme la primera letra y yo le diré la segunda.

El que verifica la condición de aprendiz se acerca a la oreja y le dice:

—B.

El aprendiz replica, acercándose a la otra oreja de la persona, como si fuera a darle un beso en la otra mejilla:

—O.

Entonces el interlocutor dice a la otra oreja del aprendiz:

—A.

A lo que el aprendiz responde, siempre cambiando de oreja a aquel a quien se dirige:

—Z.

Y los dos murmuran entonces:

—BOAZ.

Debo añadir que esta palabra, que es la verdadera palabra, no halla hoy día mayor problema de divulgación: se la encuentra en internet con un poco de paciencia. Nos preguntamos si en la masonería el culto del secreto no participa de un cierto folklore o si no constituye más que un argumento «comercial». La curiosidad es, a la vez, un vil defecto y un potente motor. ¡Yo mismo he podido experimentarlo!

Me enseñaron a continuación el signo de orden de los aprendices: el brazo elevado en horizontal, la mano derecha tendida igualmente en horizontal contra la garganta; el aprendiz entonces retira rápidamente esta mano como si se degollara. Lo que no es sino el exacto significado del signo.

Después, me pidieron flexionar una rodilla ante una gruesa piedra en bruto, sosteniendo en una mano un cincel metálico, en la otra un mazo de madera, y dar tres golpes. Lo que hice con tal vigor que causó sonrisas.

Cadena de unión

Hecho todo esto, me hicieron sentar en la asamblea, en la primera fila de la «columna del norte», a la izquierda según se entra. Tras algunos intercambios entre oficiales de la logia, el Venerable nos invitó a formar la «cadena de unión».

Todos se levantaron. Nos encontramos de pie, en el centro de la habitación, y formamos un círculo ligeramente ovalado. Me hicieron cruzar los brazos sobre el pecho, el derecho sobre el izquierdo, en cada una de mis manos tenía la de un hermano o una hermana que habían adoptado la misma postura. Cuando todos hubimos encontrado nuestro sitio, el Venerable Maestro pronunció estas palabras:

—Esta cadena nos ha unido fuera del espacio y del tiempo. El mundo de las apariencias retiene nuestros cuerpos prisioneros en este Templo en el que nuestros brazos se entrelazan. Pero nuestros espíritus son libres más allá de estos muros, más allá de las fronteras y más allá de los mares. Acaba de sonar la medianoche. Hermanas y hermanos, visibles e invisibles, presentes en cuerpo o en pensamiento, velaremos juntos sobre la fatiga de los hombres. Hermanas y hermanos que me oís, somos los guardianes de un secreto muy antiguo que alumbró en el corazón fraternal de la humanidad sobre su cuna. No hay más que un solo amor: el de los vivos y el de los muertos, el del trabajo y el de la

belleza, el de los hombres y el de las mujeres, el de la naturaleza y el de las leyes.

«En un mundo donde reinan la materia, la fuerza y la mentira, nosotros hacemos el juramento de mantener siempre luminosa y erecta la llama del amor único y del espíritu humano. Rompamos esta cadena, hermanas y hermanos, nuestros corazones permanecerán unidos.

Esta declaración me pareció llena de sabiduría. La cuestión del secreto reaparecía. Yo iba a convertirme, desde el mismo momento en que me lo hubieran transmitido, en «el guardián de un secreto muy antiguo». Me sentí «investido», en todos los sentidos del término: iba a tener una misión... ¡para con la humanidad! Y llevaba ya los hábitos masones. Me había convertido —y me convertiría cada vez más— en un «iniciado». Yo ya no era como los profanos.

Todos estos viajes, toda esta ceremonia, todos estos símbolos herméticos y apenas vislumbrados, me daban vértigo intelectual. Me encontraba como en una nueva dimensión existencial.

Acogido y honrado

Todos los participantes vinieron a felicitarme y abrazarme calurosamente. No reconocí ninguna cara, salvo la de mi padrino, la del Venerable Maestro y la de dos hermanas con las que me había visto para las «entrevistas».

No obstante, me encontré a un profesor de escultura que había visto alguna vez en una escuela de arte donde ocasionalmente yo daba clases de diseño técnico y de historia de la arquitectura. Estaba sentado cerca del Venerable Maestro y llevaba sobre los hombros un «cordón» similar que terminaba igualmente en una «L» dorada. Era Venerable Maestro en otra logia y había venido especialmente para asistir a mi iniciación. Viéndole tuve un pensamiento: ¡se hallan verdaderamente entre nosotros! ¡Secretamente! Y los profanos ¡ni se enteran!

Después bajamos a compartir una comida en común, en una habitación llamada «la sala húmeda». La denominación tiene un significado simbólico: para los masones, los «trabajos masónicos» no son públicos; se llevan a cabo, en consecuencia, fuera de toda mirada «profana», siendo como es que la logia se halla cerrada a toda persona que no pertenezca a la orden masónica. Se dice entonces que la logia «está a cubierto». Fuera, en el espacio no protegido, por el contrario, «llueve». He aquí por qué esta sala, en cuanto espacio de transición entre la logia y el exterior, es llamada «espacio húmedo», no protegido de la lluvia «profana». El simbolismo de la masonería nos trae principalmente a la «construcción del Templo». Y todos sabemos bien que el agua es el principal enemigo del constructor, poniendo en peligro la estabilidad de un edificio, sobre todo cuando está construido de piedras ensambladas. De la misma manera, cuando los masones evocan los temas ligados a la masonería fuera del Templo, el primero de entre ellos que se percata de la llegada de un profano se dirige a los demás con las mismas palabras: «está lloviendo». Esta frase codificada permite obtener inmediatamente el silencio o el cambio

de tema.

Me hicieron sentarme en la mesa, al lado del Venerable Maestro. ¡Me sentí a la vez acogido y honrado!

Vanidad de vanidades

A mi vuelta, tarde por la noche, encontré a mi novia todavía despierta:

—¿Y? —me preguntó

—Un gran momento —le respondí—. Pero no te puedo decir nada, he jurado secreto.

Como era de esperar, se enfureció. Pero debo confesar que sentí una cierta superioridad de la que hoy me avergüenzo un poco: me había convertido en un «iniciado»; ya no era como ella, ya no era como los demás. Ellos seguían siendo simples «profanos»; yo había entrado en otro mundo y no podía hablar de él con cualquiera. Había entreabierto la puerta que conducía al «Secreto», me habían admitido, e iba a ver «la Luz»: ¡yo había sido «elegido»!

Escribiendo hoy estas líneas pienso en el Eclesiástés: «Vanidad de vanidades, vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Ecl 1, 2). «Pues bien, a todo esto me he aplicado con interés y todo lo he explorado, y he visto que los justos y los sabios, así como sus obras, están en manos de Dios. Y nada saben los hombres de amor ni de odio: todo les resulta absurdo. Como el que haya un destino común para todos» (Ecl 9, 1-2).

Conocí también una experiencia, compartida sin duda por la mayoría de los masones recién «iniciados»: el día siguiente al de mi iniciación, en la oficina, miraba a mis colegas pensando: «¡Si ellos supieran! Yo sí que sé y ellos no saben nada. Son pocos los que saben, y yo formo parte de ellos. Mis colegas tienen ante sí a un “iniciado” ¡y ni cuenta se dan!»

1

La dificultad de entrar en la masonería

Tanta selección para la entrada en la masonería me había dejado la impresión de que el candidato debe ser considerado digno de ello. Había accedido a un medio particularmente selectivo. ¿Una casta de elegidos?

En el manual del reglamento general de obediencia, para ser admitido es necesario, en efecto, obtener el voto favorable de cuatro quintas partes de los votantes de la logia. Es decir... ¡casi la unanimidad! Lo que de hecho era mi caso. Por debajo de ese número de escrutinios favorables, según el caso, hay necesidad o de tres votaciones suplementarias, seguidas de un voto nuevo en las mismas condiciones, o de un aplazamiento.

Efectivamente, nos hallábamos lejos de la acogida de pobres y desheredados que predica el Evangelio.

Para convertirse al catolicismo una vez adulto —yo estaba bautizado, luego no era el caso— habría bastado con recibir el bautismo y confesar la fe y la voluntad de pertenecer a la Iglesia. Los misterios de la Iglesia no se le esconden a nadie. Se ofrecen a todos y cada uno realiza su camino espiritual.

Por otra parte, si alguna vez puede parecer difícil entrar en una logia, es asombroso descubrir lo fácil que puede resultar salir. O más precisamente, ser excluido. Al cabo de los años, he visto con estupor las expulsiones producidas simplemente por razón de edad o de enfermedad. Los reglamentos generales de Derecho Humano (artículos 103 y 104) ofrecen tal posibilidad, a menudo después de décadas, vale decir, de una vida entera, de implicación intensa y sincera en la masonería. Este proceder contrasta singularmente con la concepción de la Iglesia Católica, la cual conserva, en virtud del derecho canónico, una responsabilidad completa hacia los curas más veteranos, a los cuales asegura «un alojamiento y una subsistencia dignos» (canon 538), y eso hasta el final de su vida. De parecida manera, no existe procedimiento alguno de expulsión a los fieles de una iglesia. ¡Ni aún siquiera en el caso de inasistencia flagrante a la misa!

La expulsión puede también producirse por decisión disciplinar. Así por ejemplo, el 22 de febrero de 2014, el Consejo de la orden del Gran Oriente decidió convocar la Corte Suprema de Justicia Masónica para juzgar el caso de un hermano de esta obediencia, bajo el motivo de que según Daniel Keller, Gran Maestro del GODF [Gran Oriente de Francia], había «una incompatibilidad filosófica entre la pertenencia al GODF y la presencia en una lista *bleu marine*»[\[9\]](#)[\[10\]](#).

En el caso de la expulsión o dimisión de la orden, los nombres de los masones afectados no se transmiten mediante un boletín leído por el Orador, animándonos a la mayor vigilancia, a fin de que no se les vuelva a franquear el acceso al Templo.

EL INTERIOR DEL TEMPLO

Mi primera tenida

¡Me había convertido pues, gracias a la ceremonia de iniciación y desde hacía poco, en Fr.º! En otras palabras, se acabó ser un individuo cualquiera, anónimo, para pasar a ser... ¡todo un «hermano»! Me dieron un orden del día con las tenidas del trimestre, indicando el grado correspondiente a cada una. Me indicaron también que yo sólo podía participar en las de primer grado, las de los aprendices. Y he aquí que la primera tenida se desarrolló sólo quince días más tarde.

Llegué pues a la hora prevista. Las tenidas tienen lugar, generalmente, de ocho a ocho y media de la noche.

Llamé tres veces, como me habían dicho que hiciera: se trata del código que permite a los masones anunciarse en la misma puerta de entrada. Si una vez un desconocido llama, el hermano (o la hermana) portero examina al individuo por la mirilla y no abre en ningún caso. Si un desconocido llegara a tocar tres veces vería la puerta abrirse, pero en todo caso (también mediante el intercambio de palabras secretas o el examen de su pasaporte masónico) se verificaría su pertenencia a la orden.

Me abrieron la puerta y descubrí en la sala húmeda a aquellos que me habían recibido en su día, algunos de ellos compartiendo un gustoso aperitivo. Unos departían mientras otros se afanaban en preparar el Templo. Poco después, nos encontramos todos instalados en el Templo: los oficiales en su «meseta», los maestros en diversos lugares de las columnas, los compañeros a la derecha a la entrada, los aprendices a la izquierda, lo más cerca posible del Gran Experto. Como en su primera tenida tras la ceremonia de iniciación el joven iniciado está descubriendo realmente el «mundo masónico», escucha con una cierta emoción los primeros golpes de mazo y las primeras palabras del ritual.

Es verdad que el ritual de apertura de la tenida y de cierre de los trabajos es enfático y, en consecuencia, impresionante, en el sentido literal del término. El ritual es extremadamente codificado y, sin exagerar, formalista.

Los oficiales, principalmente el Venerable Maestro y los dos Vigilantes, comenzaron su declamación con un tono ceremonioso, como dos actores que interpretan un texto. ¡Todo se puso en marcha como por arte de magia! Los golpes de mazo resonaron y se pronunciaron las frases rituales. La tenida comenzaba y el espacio se volvía sagrado.

La primera tenida de un aprendiz es la única durante la cual puede expresarse: en efecto, tiene que presentar oralmente sus impresiones de «iniciación». Después será constreñido al silencio más estricto hasta la obtención del grado de compañero, cosa que

acontece en el término de uno a dos años de aprendizaje.

Después de diversas lecturas y fórmulas, el Venerable Maestro ordenó al Maestro de Ceremonias venir a buscarme. Este se colocó delante de mí. Yo me levanté, teniendo cuidado, tal y como me lo había indicado el Segundo Vigilante poco antes de la tenida, de colocar mis pies en escuadra, los dos formando un ángulo, y mi mano derecha pegada a la garganta, según los signos del aprendiz. El oficial inició su marcha y yo le seguía con un paso que pretendía ser natural (la escuadra de los pies no está pensada sino para una posición inmóvil, como una especie de «saludo» militar), siempre conservando la mano derecha sobre la garganta, en «señal de orden». Llegué ante el Oriente, cuyos tres escalones ascendí. El Orador se levantó y me saludó haciendo el signo del aprendiz y yo le respondí de igual manera. Me dio tres besos en las mejillas (los masones se besan tres veces), golpeando (también tres veces) mi hombro izquierdo con su mano derecha. Hice mi exposición, que no dio lugar a cuestión ni comentario algunos (como por ejemplo, la regla con las «impresiones de iniciación»). Me devolvieron a mi sitio con el mismo formalismo y la tenida prosiguió.

Era mi primera tenida. En el secreto. Detrás de puertas debidamente cerradas. En la cual los hermanos y las hermanas son invitados a participar en un orden del día que sólo es transmitido a los iniciados de la logia.

El Templo

Tal y como lo verificaría tantas veces más adelante, descubrí que el Templo masónico estaba discretamente situado en el interior de edificios anodinos, que no presentan al exterior signo distintivo o característica algunos, al contrario de lo que ocurre, por ejemplo, en catedrales e iglesias que asumen explícitamente su significación religiosa y anuncian la presencia de la casa de Dios.

La palabra «Templo», como indica su etimología romana «*templum*», caracteriza un espacio separado de todo. El ritual masónico se desarrolla, en efecto, en un lugar que está como «cortado» del mundo, lo que confirma que se halla estrictamente reservado a los iniciados. Las prácticas que tienen lugar en él permiten asimilar claramente la masonería a una religión. Es lo que de hecho, expresan las Constituciones de Anderson, que fundaron la masonería en el siglo XVII, las cuales precisan sin ambages que «se considera lo más conveniente que los masones se sometan únicamente a esta religión [la masonería], que todos los hombres aceptan; dejando a cada uno su opinión particular». El texto califica pues, explícitamente, la masonería como una religión (Constituciones de Anderson, capítulo I)[\[11\]](#). Además, un autor masón, Oswald Wirth, considerado por el conjunto de los masones como un erudito en materia de ocultismo, cábala y, sobre todo, simbolismo masónico, sobre los que ha publicado numerosas obras de referencia, define sin ambigüedad la masonería como una religión. Es así que «no se podría negar que el conjunto de los masones forman una «iglesia» en el sentido etimológico de la palabra. Se puede incluso hablar de iglesia en el sentido corriente del

término, puesto que no hemos escapado a los cismas, y en el seno de la masonería universal, organizaciones eclesíásticas llamadas «Grandes Logias», han dejado de reconocerse entre ellas y se han excomulgado de la manera más «eclesíástica» del mundo[12]«. Y así, aunque los adeptos masones, en particular los de Derecho Humano y los del Gran Oriente, no hagan otra cosa que defenderse, por razones que no hace al caso desarrollar aquí[13], la masonería es verdaderamente una religión[14], una Iglesia incluso.

En el interior del Templo, constaté que, como en todos los templos masónicos de Derecho Humano, la puerta de entrada y la silla del Venerable Maestro se dan la cara. Detrás de éste último se sitúa el «Oriente». Es un espacio cerrado por un muro, que simboliza el este, punto cardinal por el que sale el sol.

Sobre este muro, un triángulo con un sol en el centro. En los ágapes posteriores me enteré de que se trataba del Delta brillante, que simboliza la inteligencia universal, el Gran Arquitecto del Universo, o incluso el Espíritu, la Verdad, según la libre interpretación que de ello pueda hacer cada masón. ¡Me sorprendió que cada uno pudiera ver en ello lo que le pareciera! Me enseñaron igualmente que el techo, de color oscuro y espolvoreado de estrellas, es denominado «bóveda estrellada». Representa el cielo, el cosmos. En la unión de los muros y el techo, una cuerda de nudos en ocho sin apretar. A cada lado de la entrada, descubrí dos columnas. La de la derecha según se entra, con la letra «J», primera letra de la palabra sagrada de compañero: «Jakin». En la columna de la izquierda, la letra «B», primera de la palabra sagrada de los aprendices: «Boaz».

Al pie del púlpito del Venerable Maestro, en el suelo, un rectángulo de cuadrados negros y blancos, en forma de damero: el «pavimento mosaico». Constataría a lo largo de mi vida masónica que este símbolo suscita muchísimos trabajos, reflexiones y comentarios para los masones de primer grado. Simboliza la dualidad, las verdades duales del mundo profano, y los maestros estiman que la «Verdad verdadera» no se encuentra ni en el negro ni en el blanco, sino entre los dos, según un hilo de color rojo invisible al ojo desnudo.

Observé que los masones se habían colocado, a excepción de la mayor parte de los oficiales, de manera longitudinal sobre líneas de asientos.

El Maestro de Ceremonias, que daba ritualmente la entrada al Templo a todos, me había conducido, en mi calidad de masón que había recibido el último la iniciación, al primer asiento de la «columna del norte», justo a la izquierda del Gran Experto.

Cada uno en su lugar

Los aprendices tienen la obligación de sentarse en la primera línea de la columna del norte, a la izquierda según se entra. La fila de la derecha, la del sur, es la de los compañeros. Los maestros, por su parte, tienen la libertad de sentarse en una línea o en otra. Los oficiales se sientan en plazas particulares, llamadas «mesetas», compuestas de pequeñas tablas de forma triangular. A la izquierda según se entra, se sienta el Primer Vigilante, y a la derecha el Segundo Vigilante. En el despacho del Venerable Maestro,

situado sobre un estrado en el que están también otros dos oficiales, reposan diversos objetos: un cráneo humano, una espada llameante y un candelero cuyo número de velas encendidas difiere según el grado en el que se desarrollen los trabajos. Al pie del púlpito del Venerable Maestro se ve el «altar de los juramentos», mueble pequeño rectangular sobre el cual se colocan un compás y una escuadra, posicionados, de acuerdo con el libro de la Constitución masónica (aquí la Constitución internacional de Derecho Humano), de manera diferente según el grado de la tenida. A la derecha del Venerable Maestro se encuentra el Secretario, cuyo oficio consiste en consignar el acta de los trabajos. A la izquierda del Venerable Maestro, la «meseta» del Orador, garante de la regularidad de los trabajos masónicos al amparo de la «ley masónica». Al pie del estrado y en el mismo lugar que el Secretario, la meseta del Hospitalero, cuya misión es la ayuda a los hermanos y hermanas en dificultad (moral o material). Frente a este oficial, la meseta del Tesorero. Al lado del Hospitalero, sin mueble, se sienta el Gran Experto. Este oficial, que lleva una espada, está encargado del desarrollo de ciertas fases del ritual, en particular la abertura y cierre de los trabajos, o también, las iniciaciones o los ascensos de grado.

Frente a este oficial y al lado del Tesorero, el Maestro de Ceremonias, que no dispone de mueble tampoco, pues su oficio es esencialmente móvil. Su función consiste, principalmente, en conducir a cada participante en sus desplazamientos por la logia. En efecto, a excepción del Gran Experto, nadie está autorizado a desplazarse por la logia sin ser precedido y conducido por el Maestro de Ceremonias. Entre los dos Vigilantes, frente al Venerable Maestro, el Portero, que tiene como función defender la entrada del Templo. Este puesto está generalmente reservado a los antiguos Venerables. El Venerable es, en efecto, elegido para un período de tres años, y toma el puesto de portero al término del mismo.

Cada uno de los oficiales tiene una responsabilidad específica.

Los desplazamientos

Me sorprendió mucho constatar que ningún desplazamiento autónomo está autorizado una vez iniciados los trabajos. En realidad, desde que el Venerable Maestro expresa que procede a la apertura de los mismos, se espera de los masones que permanezcan en sus lugares.

Y una vez que les es permitido por el Venerable Maestro u organizados por el ritual de las ceremonias, todos los desplazamientos son subsiguientes a una circundeambulaci3n[15].

El ritual mas3nico considera, en efecto, que el desplazamiento se ejecuta alrededor de un eje vertical virtual que representa el centro del Templo (y del Universo).

Todo movimiento en la logia asemeja simb3licamente al curso del sol, al partir sistem3ticamente de la meseta del Venerable Maestro (el Oriente, por donde sale el sol) para ir hacia la entrada (el Occidente, por donde el sol se pone) y a continuaci3n, retornar para terminar en el Oriente.

Un masón que desee salir del Templo debe hacer la petición oral y específica al Venerable Maestro, y no lo puede hacer, bien entendido, más que con la autorización de éste último.

El simbolismo del compás y la escuadra

La escuadra y el compás, signos masónicos por excelencia, son los símbolos fundamentales de la masonería. Además, su presencia en los grados de aprendiz, de compañero y de maestro es indispensable en el ritual. Una explicación sobre estos símbolos permitirá al «profano» aprender mejor la evolución esotérica de la masonería y comprender su funcionamiento intelectual, que se sitúa finalmente sobre el solo modelo de la analogía, en la formación de las *planchas* masónicas leídas y comentadas en la tenida.

La escuadra, que se dice «norma» en latín (origen de la palabra francesa «norme»), representa la referencia, la rectitud del pensamiento, la perfección del ángulo recto, la estabilidad necesaria para la edificación. Se trata, en consecuencia, de la herramienta que permite rectificar (de donde la etimología latina «rectus» reenvía a «poner derecho, conforme a la regla») los errores profanos. Es, en consecuencia, una herramienta constringente, al mismo tiempo que virtuosa por esencia. Es la herramienta específica del aprendiz.

En cambio, el compás (del antiguo francés «compasser», medir con exactitud) significa la sabiduría del espíritu y la maestría en la decisión, la acción y la creación enteramente libres en cuanto medidas, es decir, atemperadas, y en consecuencia, totalmente justas. Es la herramienta del maestro, que no tiene, en principio, necesidad de constringencias, de normas exteriores a sí mismo para actuar equitativamente.

En el primer grado, sobre el altar de los juramentos que se encuentra a los pies del Venerable Maestro, la escuadra es colocada sobre el compás.

Más adelante aprendería que ello significa que el aprendiz no puede demostrar su rectitud en su recorrido iniciático más que si le ayuda un instrumento de medida rígido e indeformable, un instrumento de masonería (a la vez especulativa y operativa) que permite dibujar y formar los ángulos derechos sin riesgo alguno de error.

En el grado de compañero, escuadra y compás están entrelazados, pues se supone que el que se halla en tal grado puede utilizar parcialmente la flexibilidad del compás. Pero la abertura del compás está todavía bajo control, aunque sea puntual, de la escuadra, pues el compañero no está aún totalmente instruido en los misterios masónicos. Mientras que en el grado de maestro, el compás está situado ya sobre la escuadra, lo que es signo de su perfecta y total maestría, la cual le permite utilizar el compás en todos los grados de abertura, para el trazado del camino y para la investigación iniciática.

Así, el maestro no tiene necesidad de límites artificiales para permanecer en la rectitud; no existe necesidad de referencia a una norma angular: él es capaz de crear, en

otras palabras, él es la norma.

¡Qué diferencia con la fe católica! Si en la masonería la Verdad proviene del hombre, en la fe católica la Verdad es revelada al hombre por Dios. Cuando para el católico todo hace referencia a la ley natural, para el masón el derecho, la ética, son relativos y provienen de la concepción humana de la sociedad.

La apertura de los trabajos

La ceremonia de apertura de los trabajos continúa con todo su fasto, sus reglas y sus diferentes niveles de comprensión.

El Venerable Maestro llama a una aclamación:

—A mí, hermanas y hermanos míos, por el signo, la batería y la aclamación.

La aclamación consiste en tres series de aplausos (llamados «batería»), cada uno de los cuales precedido de una palabra: «Libertad», tres aplausos; «Igualdad», tres aplausos; «Fraternidad», tres aplausos. A partir de ese momento, la ceremonia masónica, se supone, posee un carácter sagrado, en particular desde que el Venerable confirma:

1 —Nosotros ya no estamos en el mundo profano, hemos dejado nuestros metales^[16] a la puerta del Templo. Elevemos el corazón en fraternidad y que nuestra mirada se vuelva hacia la Luz. Ocupen sus puestos, hermanas y hermanos míos.

Este instante sagrado se produce al final de un largo intercambio verbal, de toda una ceremonia gestual y de la puesta en escena de una serie de objetos según un elaborado ritual, durando todo ello su buen cuarto de hora. Al final del ritual, el Venerable indica y confirma con una frase el carácter sagrado que acaba de adquirir el Templo. Haciendo este anuncio, el Venerable Maestro consagra el lugar, y sobre todo, el momento. De parecida manera, a la clausura de los trabajos el espacio y el tiempo se reconvierten en «profanos». De modo que el espacio y el tiempo masónicos no tienen carácter «sagrado» sino como resultado y consecuencia de un ritual expresado. Tan diferente de una iglesia católica, esencialmente sagrada por la sola presencia del Santo Sacramento en el sagrario. Se ve así que, en la masonería, es el hombre el que confiere el carácter sagrado, apoyándose, si es necesario, sobre un ritual que actuaría de manera autónoma, casi por una especie de pensamiento mágico, mientras que en una iglesia el lugar es santo por naturaleza, y esta sacralidad le viene dada por Dios y por la presencia transubstanciada de Cristo. Ahí también, la concepción católica diverge totalmente de la masónica.

En ese momento interviene la lectura de la «ruta» —es decir, el acta de los trabajos de la tenida precedente (*planchas*, debates, ceremonias eventuales, correos)— que está custodiada en la logia por la Secretaría.

El término «ruta» es utilizado en referencia a las logias de los constructores de catedrales, de la que habría emanado la masonería. En efecto, según ciertos masones, y según se refleja a veces en los términos mismos del ritual, la masonería se remontaría a los tiempos del Antiguo Egipto, o a la construcción de las catedrales en la Edad Media.

Pero apenas se trata de puras especulaciones, pues para la mayor parte de los autores e historiadores serios, el único criterio históricamente creíble para datar el nacimiento de la masonería es la publicación en 1723 de las Constituciones de Anderson, redactadas inicialmente por el pastor presbiteriano James Anderson[17] y que constituyen el zócalo filosófico del pensamiento masónico.

Jean-Yves Tournié, antiguo alto dignatario del Gran Oriente de Francia, duda incluso de que se consiga un día precisar los orígenes de la masonería[18]. La masonería, en tanto que sociedad iniciática secreta, parece pues haber nacido en Londres en 1717, para desarrollarse en Francia a principios del siglo XVIII.[19] No ostenta pues, contrariamente a lo que se profesa, secretos que le hubieran sido transmitidos directamente por una línea ininterrumpida de iniciados, constructores ya de pirámides egipcias, ya de catedrales, y aún menos por los «guardianes de secretos muy antiguos alumbrados en el corazón fraternal de la Humanidad en su cuna», como se sostiene en el ritual.[20]

Parece que, simplemente, «los masones apenas se habrían limitado a “reciclar” las herramientas y usos de las corporaciones de oficios, para poner los símbolos y los ritos al servicio de un verdadero proyecto filosófico».[21] Y ello con la finalidad de «terminar con las disensiones religiosas y hacer del progreso científico el nuevo motor de la historia».[22]

Guardar silencio sobre los trabajos

Las «rutas» de los trabajos no son leídas más que a los interesados, de suerte que los masones que no pertenecen al grado concernido no pueden conocerlas: los maestros escuchan las «rutas» de los grados primero, segundo y tercero; los compañeros solamente los de los grados primero y segundo; los aprendices no reciben comunicación más que del primer grado, lo que confirma incontestablemente una suerte de elitismo en el acceso a la Verdad. La Verdad está reservada en la masonería, por un lado a sus solos adeptos, pues los profanos son excluidos de ella; pero por otro, es también objeto de un acceso selectivo dentro del seno mismo de la masonería, por restringirse a los grados concernidos. Por si ello fuera poco, se espera de los titulares de cada grado no desvelar los conocimientos ocultos a aquellos adeptos que son de un nivel inferior. Y ocurre igual entre los talleres superiores (del grado 4.º al 33.º) y las logias azules (aprendiz, compañero y maestro). La compartimentación, por lo tanto, se practica sistemáticamente en el recorrido iniciático y se guardan celosamente los secretos de cada grado. Yo he oído muchas veces en la «sala húmeda» a maestros que se hallaban tratando un tema del grado tercero, pronunciar las palabras rituales que imponen el silencio —«llueve»— al sentir que se aproximaba ora un compañero, ora un aprendiz. La noción de «secreto» articula todo el recorrido masónico, en virtud de ello la Verdad está reservada a algunos iniciados, mientras que en la religión católica, es revelada por Dios y anunciada a todos (en particular a los más humildes y los más pequeños), sin distinción alguna.

Una vez comunicada oralmente al inicio de la tenida, la ruta puede ser discutida si los hechos aportados se muestran inexactos. Si algún masón desea hablar, debe entonces pedir la palabra y hacerlo de manera ritual. Si se expresan evidentemente divergencias de pensamiento y desacuerdos, no puede haber polémicas —en principio, pues la naturaleza humana es la que es—, ni menos aún confrontaciones verbales agresivas. Los puntos de vista deben expresarse de manera neutra. Es posible dar una opinión contraria, pero sin por ello oponerse efectivamente a aquellos que no la comparten. Las fórmulas del tipo «por lo que a mí respecta me parece que...», son utilizadas de preferencia frente a aquellas del género «no estoy de acuerdo con...». De parecida manera, siempre en la idea de la neutralidad en la expresión y a fin de evitar las disputas personales, el interviniente se dirige al Venerable Maestro, y no a aquel a quien quiere contestar.

En el caso de un error del secretario, no se dice «Hermano Secretario, el acta es errónea», o «incompleta» o «a falta de mencionar...», sino que se declara: «Venerable Maestro, no he oído en el acta...» o «me parece que el acta no menciona...». Cada intervención termina sistemáticamente con la fórmula «He dicho, Venerable Maestro».

Si nadie pide la palabra, la ruta es adoptada por voto a mano alzada, a la orden del Venerable Maestro.

El momento esencial de la tenida

Las tenidas masónicas comprenden, a razón de tres o cuatro veces al año, algunas ceremonias particulares: iniciaciones y ascensos al grado de compañero o al de maestro. Como en el caso de las «rutas de trabajo», estas ceremonias están exclusivamente reservadas a los que ostentan el grado concernido y los titulares de grados inferiores son excluidos. De manera muy puntal, se lleva a cabo también una ceremonia de solsticio de invierno a finales del mes de diciembre, y una ceremonia de solsticio de verano a finales del mes de junio.

Los masones veneran la naturaleza en invierno, cuando vive intensamente tras la apariencia de la inercia, y en verano, la naturaleza que quema y marchita el sol, dejando ver que se halla en plena exuberancia. Es una característica fundamental de la filosofía masónica, que gusta remarcar lo que es invisible o está escondido, como una forma de hacer ver a sus adeptos que ella potencia la realidad de las cosas, y en consecuencia, la «verdadera Verdad», frente a las apariencias a las cuales se atan los profanos. Todo ello de acuerdo con la fórmula masónica «lo que es importante no es visible al ojo desnudo».

Pero en la mayoría de los casos, las tenidas consisten en exposiciones e intercambio de puntos de vista sobre cuestiones de simbolismo masónico o de sociedad. La tenida comprende entonces una o varias «planchas», es decir, un análisis sobre un tema social, de actualidad o bien simbólico. Las *planchas* constituyen el momento esencial de la tenida. Se realizan unas veinte tenidas por año masónico, el cual comienza

generalmente a mediados de septiembre y termina a finales de junio, a razón de una tenida cada quince días. El cuerpo de la actividad masónica consiste en un trabajo de investigación que algunos realizan sobre el simbolismo, según el grado de aprendiz, compañero o maestro. El masón que ha elegido un tema expone oralmente el resultado de su análisis simbólico personal ante la logia. Los aprendices, que no tienen derecho a la palabra, no presentan *plancha* alguna y se han de contentar de trabajar exclusivamente aparte con el Segundo Vigilante en las «sesiones de instrucción», fuera del tiempo de la tenida. Pero como sí asisten a las tenidas en el grado de aprendiz, entran en conocimiento de las planchas enunciadas en dicho grado, así como en los debates. Los compañeros y los maestros pueden además exponer e intervenir oralmente sobre las planchas correspondientes al grado de aprendiz o de compañero, [23] respectivamente. Los maestros trabajan, exponen y debaten planchas en todos los grados, pero las planchas del grado de maestro son leídas exclusivamente en el tercer grado, del que son excluidos aprendices y compañeros.

Por otra parte, los masones llevan a cabo planchas sobre temas sociales, que son expuestos y debatidos solamente en el primer grado. En efecto, como estas planchas no tienen ninguna carga simbólica explícita, pueden ser entendidas por los aprendices — ¡que siguen sin tener derecho a debatirlas verbalmente en la logia!—, por los compañeros y por los maestros. Para los maestros masones la concepción que un iniciado se hace de la sociedad se convierte en una consecuencia de su comprensión del simbolismo. Por ejemplo, el símbolo del edificio levantado por los masones (el Templo de la humanidad) gracias a piedras cuadradas (que representan a los propios masones) demuestra que cada uno, leyendo por sí mismo y gracias a la aceptación de sus asperezas (es decir, a su concepción personal de las cosas, particularmente si es errónea) por los otros masones, permite la coexistencia entre uno mismo y las otras piedras (es decir, los otros masones). Este enfoque simbólico es el fundamento de la noción de tolerancia en el seno de la sociedad (de donde supuestamente provendría, por ejemplo, la noción de democracia que permite la libre expresión de cada uno).

En la mayor parte de las tenidas, antes de la plancha fundamental se aborda un tema, denominado «minuta de actualidad», que dura como mucho unos minutos y que comenta rápidamente un tema de sociedad reciente.

Después viene el momento central de la presentación de la plancha. Esta plancha la expone de palabra un hermano o una hermana y versa sobre un símbolo masónico o esotérico, o también sobre un tema social. Cuando se trata de temas simbólicos, puede versar sobre el «pavimento mosaico», los «tres pasos del aprendiz», el «signo del orden», «los tres pilares de la orden», el «Delta brillante», etc. Cuando se trata de una reflexión social, puede hacerlo sobre el derecho de voto femenino, la paridad y la remuneración en el trabajo, el derecho a la protección social, el reparto de la riqueza, el derecho al trabajo... Los temas son, bien entendido, infinitos.

Una vez que el desarrollo termina, se cede la palabra tanto a los miembros de la logia como a otros masones que se encuentren en ella a título de visitantes, los cuales pueden aportar su punto de vista, pues contrariamente a las impresiones de iniciación o

de ascenso de grado, para las cuales todo comentario está absolutamente prohibido, las planchas simbólicas o sociales son objeto (o fundamento) de amplios debates entre masones. Una vez la plancha ha terminado, el masón concluye obligatoriamente con la frase ritual «he dicho, Venerable Maestro», lo que permite que prosiga el debate. La intervención de cada masón es considerada como la expresión de una parte de la verdad. En consecuencia, no hay una síntesis real, con una orientación precisa y firme, a no ser que el Venerable presente una conclusión rápida destinada a puntualizar el debate, momento en el que «las columnas se vuelven mudas». Como regla general, la palabra se concede sistemáticamente a quien la pida. Las discusiones no concluyen más que en el caso de que los debates se vuelvan demasiado encendidos o tiendan a eternizarse.

EL APRENDIZAJE

Derechos y deberes del aprendiz

Afirmar que un aprendiz se halla muy limitado en sus prerrogativas no es sino un eufemismo. Simplemente, no puede hacer nada. No está autorizado a sentarse más que en los asientos reservados a aprendices. No tiene derecho a la palabra en la logia y debe contentarse con observar y escuchar en el mayor de los silencios. El charloteo, incluso en voz baja, está prohibido y tiene una consecuencia: o el Segundo Vigilante da un gran golpe de mazo para llamar al orden al aprendiz «disipado», o le hace una observación verbal después de la tenida. Amén de ello, no puede en ningún caso, salvo acompañado por un maestro, visitar ninguna otra logia, aunque sea de Derecho Humano. El aprendiz no tiene derecho de voto. Y cuando algunos —recuerdo particularmente el caso de una hermana aprendiz— exhibieron su asombro por esta situación y elevaron la queja de que violaba las disposiciones de la ley de asociaciones de 1901 —crimen de lesa majestad—, según la cual todo los socios tienen voz para elegir a sus dirigentes, oí a los maestros (y tengo que reconocer que yo mismo procedí de manera parecida) replicarles de forma algo más que perentoria «que se encontraban en una sociedad iniciática cuyas reglas no eran las del mundo profano» y que «habiendo jurado con ocasión de su iniciación seguir en toda circunstancia los reglamentos generales de la obediencia, no podían reivindicar el derecho de voto sin faltar a su juramento».

Los aprendices aprenden a preparar la logia antes de la apertura de los trabajos; a poner todo en orden; a poner la mesa antes de los ágapes y a quitarla después; a servir a los invitados durante las comidas y a hacer pasar los platos y las bebidas. Además, los aprendices están obligados a asistir a las reuniones (poco numerosas, no obstante) que convoca el Segundo Vigilante y, sobre todo, a las sesiones de formación, también con él, que se llevan a cabo generalmente dos veces al mes, justo antes de la tenida, y duran alrededor de una hora. Unas sesiones de formación cuyo objetivo es triple: asegurar los avances en el camino iniciático; enseñar a los aprendices a «planchar», es decir, a exponer y responder a las cuestiones; y por fin, asegurar su asiduidad en los trabajos.

La gloria de la Humanidad

Aprendiz desde hacía un año, me adapté bien al ambiente. Había encontrado un grupo de personas amables. El ritual me interesaba y encontraba apasionante este ambiente misterioso, este lenguaje nuevo, en el que no se hablaba de prejuicios sino de «metales»,

no de llama de velas sino de «estrellas», no de textos escritos sino de «planchas». No se escribía «respetable logia» sino «R.º. L.º.», tampoco «Templo» sino «Temp.º.», no «hermana» sino «S.º.», ni «hermano» sino «F.º.»; no se escribían los nombres ni los apellidos de los hermanos con todas las letras sino con tres puntos siguiendo a sus iniciales: así, el «hermano Jean Tartempion» pasaba a ser «F.º. J.º. Tart.º.» Yo me llamaba en adelante F.º. S.º. Ab.º. Gal.º.

¡Todo estaba codificado y sólo nosotros teníamos la clave! O se era masón o se era profano. O verdaderamente iniciado y en la Luz, o ciego y en las tinieblas. Por lo que mí respecta, había visto la Luz.

Avanzaba hacia el conocimiento del Secreto. Iba a participar en una misión común: ¡la gloria de la Humanidad! En la masonería todo parece perfecto: los hombres pueden vencer sus debilidades y sus defectos. Pasé mi tiempo masónico redactando cortas reflexiones sobre los símbolos (escuadra, triángulo, cifra «tres», Delta luminosa, etc.)[\[24\]](#)

En las tenidas, como me veía obligado al silencio más absoluto, observaba con atención todos esos símbolos que veía en el Templo, y meditaba sobre su significado oculto; en otras palabras, sobre su carga esotérica.

Por lo demás, escuchaba los intercambios verbales en aquel lenguaje singular y estudiaba el ritual de apertura y de clausura de los trabajos, buscando comprender cómo permitía, o en qué momento, pasar del mundo profano, abrupto y oscuro, a aquel mundo sagrado y luminoso.

EL GRADO DE COMPAÑERO

En Bastia, a principios del año 1990, obtuve el grado de compañero. Este grado figura como segundo grado de la iniciación masónica en «logia azul». La ceremonia de «ascenso al grado de compañero» es sustancialmente diferente al de la iniciación. Mientras que el profano es admitido con los ojos vendados, el aprendiz en el que se ha convertido entra y permanece en el Templo sin venda. Y mientras el grado de aprendiz viene regulado sobre el ternario y el número tres, el de compañero se emplaza sobre el número cinco: el de la quintaesencia.

Hay cinco viajes en el curso de los cuales se le dan a leer al candidato cinco carteles, cinco fórmulas: «los sentidos», «las artes», «las ciencias», «los bienhechores del ser humano», «la glorificación del trabajo».

Cada lectura está salpicada de declaraciones de oficiales, a veces explicativas, a veces esotéricas, pero siempre solemnes, como verdades dogmáticas.

Bajo el signo de las artes y de la ciencia

Conviene subrayar ciertas fórmulas emblemáticas.

Con ocasión de su segundo viaje, se le hace leer al aprendiz «Las artes». Entre los diversos comentarios de los oficiales, el Venerable Maestro me precisó:

—Entre las artes, sepa Vd. que la arquitectura es uno de los mejores medios de los que dispone el hombre para expresar la belleza, la grandeza. La arquitectura debe ser para nosotros, los masones, un tema de meditación, pues son las herramientas, los materiales, las técnicas pertenecientes a la arquitectura los que en nuestros Templos nos sirven de símbolos y nos inspiran para continuar la construcción comenzada por nuestros predecesores.

Sin vanidad alguna, me preguntaba qué esperaban enseñarme sobre arquitectura, a no ser que muchos de mis compañeros y yo mismo, en cuanto arquitectos, fuésemos incapaces de dar una explicación precisa sobre la esencia de la arquitectura. Tanto más cuanto que yo sabía que la definición de la arquitectura fluctúa con la historia: la arquitectura barroca no es la arquitectura funcionalista, ¡incluso se oponen![\[25\]](#)

Los conocimientos masónicos eran superficiales. Allí donde habría hecho falta una tesis sólo para evocar el tema, lo resolvían soltándome tres frases que sonaban a verdad dogmática. Y cuyo contenido, finalmente, se diría conformado de perogrulladas. ¿Y si hubiera tomado el camino falso en materia de secretos?

Como no dejé de expresar algo más tarde las dudas que me asaltaban a mi Primer Vigilante, éste me respondió que lo comprendería mejor cuando alcanzara el grado de maestro, lo cual constituye una constante en la masonería: remitir a la adquisición de un grado superior al que se posee para obtener la comprensión de la cuestión preguntada: ¡como si no se estuviera jamás en el grado adecuado para percibir la verdad sobre la que se interroga!

Continué pues con confianza mi camino iniciático. Yo era verdaderamente sincero. Muchos años más tarde comprendería que simplemente... ¡había sido demasiado inocente!

Con ocasión del tercer viaje, se hace leer al aprendiz «las ciencias». El Segundo Vigilante dijo:

—Las ciencias tienen por objeto el hombre bajo múltiples aspectos: biológico, sociológico, filosófico y metafísico. Fundadas sobre la observación y mediante técnicas cada vez más perfeccionadas, apelan a la inducción, a la deducción y a todos los recursos del pensamiento. Pero estos mecanismos serían estériles e ineficaces sin la chispa espiritual que representa la hipótesis científica, fuente de todo descubrimiento y de todo progreso. Desde el día de su iniciación, la Luz no viene hacia Vds.; son los progresos que vayan Vds. realizando los que les conducirán hacia ella.

Ante lo cual me formulaba yo una pregunta determinante: ¿cómo puede la hipótesis científica rendir cuentas del hombre bajo sus aspectos filosóficos y, sobre todo, metafísicos? ¿No se trataba de dos dominios fundamentalmente diferentes? Más tarde comprendería que para la masonería, en efecto, la ciencia (en el estricto sentido del término) está por encima de todo y tiene prioridad para toda explicación, incluida la teológica y la metafísica. Se deduce de ello sin discusión alguna que la masonería es esencialmente cientifista, por más que, paradójicamente, posea al mismo tiempo un fundamento oculto, esotérico, es decir, mágico.

Después de algunas fórmulas rituales, el Gran Experto enseña al aprendiz el paso del compañero: después de los tres pasos del aprendiz, un cuarto paso con el pie derecho hacia la derecha. Después un quinto paso con el pie izquierdo devuelve al compañero sobre el eje de su marcha.

El Venerable Maestro hace entonces prestar al aprendiz el juramento de su futuro grado, formulado así:

—Yo, hermano (o hermana) juro y prometo solemnemente, en presencia de esta respetable asamblea, no revelar jamás a ningún profano ni tampoco a ningún aprendiz los secretos correspondientes al grado de compañero. Juro estudiar y practicar las enseñanzas que acaban de serme dadas y renuevo mi promesa de amar a mis hermanas y hermanos y de socorrerles en la necesidad. Y si cometo perjurio, que me sea arrancado el corazón para que no se hable de mí entre los masones.

Después la lámpara en forma de estrella de cinco puntas, situada tras el púlpito del Venerable Maestro, se enciende. El Primero y Segundo Vigilantes toman de nuevo la palabra:

—En la Edad Media, el pentagrama era uno de los signos mágicos empleados

para conjurar las fuerzas del mal. Para el iniciado que consigue identificar el cuerpo humano con la figura geométrica de la estrella de cinco puntas, este signo expresa la armonía que une el microcosmos al macrocosmos, el universo humano al de lo infinitamente grande y al de lo infinitamente pequeño. Conocido desde las épocas más remotas, secreto mayor de los pitagóricos, expresión del número de oro fundamento de la armonía, el pentagrama ha sido reconocido por los grandes ritmos que ordenan el mundo.

El Venerable Maestro interroga al Primer Vigilante y le pregunta cómo interpreta el símbolo que él ve en el centro de la estrella. El Vigilante responde:

—Para nosotros los masones, la letra «G» evoca, en primer lugar, la geometría. Pero según los distintos ritos y creencias, se le han dado diferentes interpretaciones, como la gravitación, la generación, el genio, la gnosis. Por su simbolismo, estas diferentes nociones nos conducen a la concepción de la armonía.

Después el Maestro de Ceremonias presenta al futuro compañero una manzana cortada transversalmente, para que constate que las pepitas de la media manzana forman una estrella de cinco puntas, denominada pentagrama y que, según el caso, se interpreta como símbolo benéfico o maléfico.

Palabras y tocamientos del grado de compañero

Me enseñan las palabras, signos y tocamientos del grado de compañero. Después el signo del grado: la mano derecha sobre el corazón, como una garra. El brazo izquierdo perpendicular al suelo, el antebrazo vertical y a plomada. La mano izquierda, en su prolongación, levantada, el pulgar en ángulo recto en relación a la palma de la mano. El signo se ejecuta retirando rápidamente la mano derecha y se pronuncian las siguientes palabras: «Prefiero que me sea arrancado el corazón antes de faltar a mi juramento». El apretón de manos es idéntico al del aprendiz, salvo que se completa con dos apretones en el espacio entre los dos primeras falanges de la mano del interlocutor.

Al final de esta ceremonia, se aprende la contraseña de los compañeros. A los efectos, no está de más señalar que amén de las palabras sagradas que son propias de cada grado, los masones utilizan también palabras secretas anuales. Si las primeras permiten verificar la pertenencia al grado (para evitar que un masón participe en una tenida que no sea de su grado), las segundas permiten verificar que una persona desconocida no se haga pasar por masón y acceda al Templo. Estas claves anuales secretas son confiadas por el Venerable Maestro a los miembros de la logia. La transmisión se hace exclusivamente por medio de una «cadena de unión», que implica una proximidad física muy propicia al susurro, pues las palabras no deben jamás pronunciarse en voz alta.

El Venerable Maestro murmura una de las palabras a su vecino de la derecha, y la otra al de su izquierda, y ellos a sus respectivos vecinos. La palabra que ha lanzado hacia la derecha le llega al Venerable Maestro por la izquierda, y la palabra dicha a la

izquierda, le llega por la derecha.

Con ocasión de mi ascenso, las palabras fueron, como de costumbre, nombres de masones ilustres o meritorios: «Bonnet», cuyo mérito yo desconocía, y «Besant», de nombre Annie, socialista y feminista, cofundadora de la Sociedad Teosófica, de inspiración particularmente esotérica, masona en grado 33.º, contemporánea de Maria Desraismes, y en el origen, de una orden masónica mixta vinculada a Derecho Humano. Las palabras secretas anuales eran por lo tanto «Bonnet-Besant».

La ceremonia me hizo sentir mal. Me habían hecho pronunciar las palabras inscritas sobre el penúltimo panel: *Los bienhechores de la Humanidad*. ¿De qué se trataba? Después de todo, tanto los mejores como los peores filósofos, hombres de ciencia y políticos podían ser considerados como bienhechores de la Humanidad, a los ojos de quienes habían abrazado su causa. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial el general Pierre Robert de Saint Vincent, monseñor Angelo Rotta, nuncio apostólico en Budapest, el cardenal Saliège, el cardenal Gerlier, Gitta Mallasz u Oscar Schindler eran bienhechores de la Humanidad. Estas personas han sido reconocidas «Justos entre las naciones» en el estado de Israel por haber salvado a miles de judíos perseguidos. Pero, de parecida manera, también Heinrich Himmler o Adolfo Hitler eran considerados por los nazis como bienhechores de la Humanidad, gracias a sus ideales de purificación racial, y sobre todo, de la raza aria. Por supuesto, yo no imaginaba ni por un instante que hubiera la menor alusión a estas horribles y escandalosas doctrinas de muerte entre los masones. Pero tampoco podía dejar de pensar que la noción del bien jamás podría ser definida por una concepción relativa, fluctuante o simplemente humana. De otra manera, todas las derivas serían posibles. Sin conocer los nombres de esos «bienhechores», ¿cómo firmar un cheque en blanco?

Continuaba mi ascenso en la «jerarquía iniciática». Según me habían dicho, iba a descubrir los nuevos secretos masónicos. Y debo confesar que la curiosidad, al mismo tiempo que la vanidad, me motivaban poderosamente a proseguir mi camino. Había creído entrever alguna cosa oculta en mi iniciación. En el grado de compañero me habían explicado que después de un año de aprendizaje pasivo iba a participar en adelante en la obra: en otras palabras ¡iba a ayudar a los maestros!

Ligado por una fuerza oculta

Durante cada uno de los cinco viajes cumplidos en la logia por el aprendiz, un oficial, el Primer Experto, ayuda al Gran Experto y se mantiene detrás de ellos. Avanza con una cinta roja en la mano de la que fija un extremo en cada desplazamiento a unos ganchos emplazados al efecto. Al término del quinto viaje, el trazado de las diferentes líneas de cinta rojas compone en el suelo una estrella de cinco puntas, a la escala de la logia. ¡El resultado es sorprendente! Ello da al futuro compañero, que descubre esa «ruta» mientras retorna después de su último viaje, el sentimiento analógico de que existen lazos invisibles entre eventos aparentemente bien distintos, que todo está ligado por una fuerza

oculta y que existe verdaderamente un secreto que se descubre gracias a la iniciación.

Que existe, pues, una realidad escondida, invisible, accesible sólo a los iniciados y que no se revela más que a ellos y con la ayuda de procesos rituales. De todos modos, observando una de esas ceremonias, se percibe fácilmente que el ritual ha sido concebido y organizado para que elementos en apariencia distintos (los cinco viajes por una parte y el trazado en el suelo por otra) coincidan de una forma que parezca natural y casi inesperada. Ahora bien, uno está en su derecho de pensar que las analogías han sido un poco forzadas por la «necesidad de la causa»...

Mis nuevas funciones

De modo que yo ya era «Comp.º. », compañero. Ya no tendría que seguir sirviendo los ágapes ni poniendo y quitando la mesa. Iba a descubrir además, a lo largo de mis años en la masonería, que muchos masones se ligan de manera casi supersticiosa a la ejecución formal del ritual. Lo que no es sorprendente cuando se comprende que el espacio masónico ha sido creado por el hombre, y sólo por él. Y que esta «creación» no dura más de lo que dura el tiempo de los trabajos y la tenida. En esas condiciones, todo incumplimiento de las formas no contribuye sino a romper el espacio mágico creado. Para entendernos: está bastante mal visto que las hermanas crucen las piernas, en particular cuando llevan falda. Tratándose de la manera de estar en la logia, no faltan obediencias que imponen a sus miembros permanecer sentados, derechos sobre la silla, con los pies y las rodillas juntos y las manos colocadas bien planas sobre los muslos, justo donde nace la rodilla. Con frecuencia he asistido, en los talleres en los que he participado, a discusiones, vale decir, a planchas, sobre la manera de vestirse o de estar en la logia.

Esta nueva calidad masónica me permitía, además, visitar otras logias pertenecientes ora a Derecho Humano, ora a otras obediencias de las llamadas «amigas», pues no se ha de olvidar que hay obediencias que no se relacionan entre sí por una mera razón de divergencias de puntos de vista. Y ello sin contar con que ciertas obediencias no aceptan a los masones. De modo que pude visitar numerosas logias y sobre todo, y por tratarse de una obediencia particularmente cercana a Derecho Humano, de las pertenecientes al Gran Oriente. Pude comprobar que sus iniciaciones eran un poco más «fuertes» que las nuestras en Derecho Humano. Sólo a modo de ejemplo, en la ceremonia de iniciación la venda era provisional, y durante un corto instante, le era levantada al profano. Lo que se encontraba en ese momento era un hermano tirado al pie del Oriente. La logia permanecía en la penumbra, y el hermano en cuestión llevaba una camisa blanca rasgada y abundantemente ensangrentada, principalmente alrededor del corazón. El Venerable Maestro le decía:

—Acaba Vd. de prometernos observar la Ley del silencio... lo que no es óbice para que conozca la suerte que espera a los que nos son infieles.

Librándole así, rodeado como estaba de hermanos con espadas en la mano

derecha comportándose de forma amenazadora con el cadáver, a la visión, intuida y deslumbrada, de un hombre asesinado por traicionar a la masonería.

Por si ello no fuera suficientemente impresionante, se conduce al profano hasta la «meseta» del Venerable Maestro, donde le levantan la manga de la camisa mientras un tercero abre, a corta distancia, un tarro de éter del que vierte una pequeña cantidad sobre un pedazo de tejido. Mientras este olor a «sala de urgencias» de un hospital embriaga la nariz del futuro iniciado, el que le ha levantado la manga de la camisa le aplica la lama de un cuchillo sobre el antebrazo. El Venerable Maestro explica entonces al profano que para demostrar su valor así como la fuerza de su compromiso, debe realizar su juramento mezclando su sangre con la suya propia. ¡Sorpresa angustiante, crispada y no obstante silenciosa del neófito! Hasta el momento en el que la voz de un oficial se eleva para decir:

—¡Pare, Venerable Maestro! La sangre humana es preciosa y la suya nos es muy cara. El neófito ya nos ha probado su coraje y su dedicación.

¡Alivio del profano!

Una de las nuevas prerrogativas, más allá de la de poder tomar la palabra en la logia, es la del derecho de voto para elegir al Venerable Maestro. Este oficial es elegido por un período de año, renovable en hasta tres ocasiones. Tal es lo que está previsto y escrito en los reglamentos generales de la orden Derecho Humano, lo que no es óbice para que, en realidad, una tradición no escrita pero de hecho mantenida prolongue la duración del cargo durante los tres años. Es una de las características de la masonería: junto a las reglas escritas, legales, conviven tradiciones orales legítimas que, supuestamente iniciáticas, se imponen sobre aquéllas a las que contradicen. Al aprendiz que busca entender por qué tantas veces lo que está escrito se desvanece ante lo que enuncia la «Tradicición» se le responde de manera perentoria que se encuentra en una «sociedad iniciática».

De hecho, cada año se renueva la elección del Venerable, pero no se trata en la práctica sino de una formalidad: todo está previsto de antemano por los masones más antiguos y de mayor grado. Pertenecientes, por lo general, a los talleres superiores. Y como vamos a ver, la «Tradicición» (en realidad a menudo pequeños acuerdos entre «amigos» o entre los distintos «clanes») prevalece sobre el funcionamiento democrático, lo que da lugar, a veces, a verdaderos psicodramas.

Una elección movidita

En torno a mayo de 1990 tuvimos que «reconducir» a la hermana que ocupaba desde hacía un año el cargo de presidir el taller.

Se procedió a votar en un ambiente sereno y «fraternal». Cada voto electivo, tratándose de una elección nominal, se hizo de manera secreta. El escrutinio se realizó delante de todos sobre la mesa del Venerable Maestro, bajo el control visual y con la ayuda del secretario y del Orador. Pues bien, contra todo lo esperable, el resultado del

voto secreto, apenas anunciado, puso a la Venerable en minoría. Es más, le fue incluso muy desfavorable.

—No lo comprendo —dijo ella— ¿Qué consecuencias tiene esta votación?

El Primer Vigilante, esposo de la Venerable Maestro, tomó la palabra tras un golpe de mazo que dejó al Orador (cuyo papel es el de declarar el resultado del voto) con la boca muda. Retrasando toda formulación ritual, expresó su decepción de manera totalmente profana, muestra evidente de su decepción:

—¡Pues que no has sido reelegida, amor mío!

La Venerable Maestro se puso roja y adoptó una expresión en la que se leía alternativamente la sorpresa, la vergüenza y una irrefrenable cólera. Dio un sonoro y violento golpe de mazo, y según le permitían los reglamentos generales decidió, con una voz que delataba el estado de crisis nerviosa al borde del cual se hallaba:

—¡Pues si esto es así, someto el taller a la recreación!

El golpe de mazo de la Venerable Maestro resonó como un tiro de fusil en una *vendetta* corsa que acaba trágicamente.

La «recreación» es una situación que permite interrumpir, sin cerrar, los trabajos en curso y autorizar a los hermanos y hermanas a liberarse de las estrictas reglas del ritual, lo que implica, principalmente, desplazarse y hablar libremente.

La Venerable Maestro tiró su collar sobre el púlpito y salió precipitadamente, sin tan siquiera quitarse los guantes o el delantal. Apenas se oyó el ruidoso golpe de la puerta del Templo, el marido tomó la palabra ante una asamblea que estaba estupefacta, atónita.

Es preciso indicar que en caso de vacante imprevista del púlpito del Venerable Maestro, el Primer Vigilante asume sus funciones y la presidencia interina:

—Yo, maestro masón, Primer Vigilante, miembro de Derecho Humano en grado 18 en taller superior, miembro además del Gran Oriente de Francia, me hallo escandalizado por lo que acabo de ver. Les anuncio mi dimisión de esta respetable logia y del orden de Derecho Humano.

El Segundo Vigilante, amigo del Primero, hizo algo parecido y salió.

Por fin reinaba el silencio de nuevo en las columnas, pero era un silencio de plomo.

Mi padrino, Gran Experto a la sazón, intervino e intentó devolver al grupo una apariencia de dinámica, mientras todos los miembros de la asamblea se quedaban petrificados: nadie osaba decir una palabra.

—Bien, me corresponde según el ritual presidir y cerrar los trabajos. En adelante, si alguien desea decir algo, que pida la palabra y se le dará.

Tras un tiempo de dudas se produjo un debate, pero no sirvió para aclarar nada. A mí me hizo pensar en la Torre de Babel.

Supe más tarde que algunos maestros habían organizado una intriga dirigida a conseguir que el mayor número de electores votara contra la Venerable Maestro.

La tenida masónica solemne se había convertido en una farsa sórdida y lamentable: las máscaras habían caído al mismo tiempo que los delantales y las insignias

masónicas. La Venerable Maestro se había precipitado desde lo alto del púlpito. No era nada ahora. Habían volado por los aires los honores masónicos, los títulos rimbombantes, las menciones honoríficas: el potente mazo y la brillante espada, símbolos del poder y de la sabiduría masónicos, no eran ahora más que ridículas baratijas. En cuanto a ella, a título personal, su reacción, tan brutal como repentina, y la de los dos Vigilantes, hicieron volar en pedazos la estrategia urdida para conquistar subrepticamente el poder masónico.

Ante tal situación, no dejaba de hacerme preguntas sobre la tolerancia, la libertad, el fundamento del recorrido masónico... En efecto, ¿qué credibilidad podía darse a quienes se revestían con los principios virtuosos adquiridos por el supuesto efecto de un ritual secreto (y por lo tanto operante a través del masón), y que a la mínima eran capaces de incurrir en los comportamientos más profanos? Tuve la clara impresión de que todos los conceptos de fraternidad, libertad e igualdad eran alegre y regularmente ultrajados. Y a menudo, lo que no deja de resultar paradójico, por los masones con mayor grado. Las pequeñas cuentas del poder, la mediocridad del comportamiento de algunos para conseguir honores apenas simbólicos, las mezquindades, la arbitrariedad encubierta como «tradicción iniciática» reinaban en el interior de las logias. Contrariamente a lo que pretendía afirmar el ritual, el mundo profano estaba en el Templo, y «los metales» pululaban como en cualquier otro lugar del mundo. Una experiencia similar me lo confirmaría.

redes de influencia en la obra

Muy a mi pesar, viví unos veinte años más tarde una situación parecida muy desagradable, en la que yo actué con transparencia, de buena fe y sobre todo, en lo que según creía yo, era el solo interés de la logia. Fue en Narbona, en el Aube, donde la masonería está particularmente implantada y el porcentaje de hermanas y hermanos es cerca de siete veces mayor que la media del resto de las ciudades francesas.

En esta ciudad, situada en un departamento de tendencia socialista muy contrastada, el número de masones es de 17 por cada mil habitantes, mientras que «sólo» es de 2,5 por cada mil habitantes en el resto del territorio nacional.[\[26\]](#)

He ocupado a lo largo de mi vida masónica la mayor parte de los puestos de oficial, a veces en ocasiones muy diferentes, en logias diferentes. La hermana que había sido elegida Venerable Maestro hacía solamente un año daba evidentes señales de estar enferma. Había sufrido varios problemas cerebrales. Las tenidas se eternizaban, su duración se alargaba terriblemente.

En tales condiciones, varios hermanos y hermanas me indicaron que «alguien» debía presentarse para la renovación anual del puesto de Venerable y que ellos pensaban que el indicado para esta función era yo. De hecho, yo ya había sido elegido para similar misión en otro taller sito en otra región. Tuve que abandonar el púlpito por razones profesionales que habían restringido mi movilidad geográfica. Acepté después de que más

de la mitad del taller me lo solicitase, pero sin entusiasmo. Jamás he tenido eso que los masones llaman la «cordonitis». La «cordonitis» aguda castiga a los masones, ebrios de gloria y de honores; el acceso a las distinciones y a los títulos rimbombantes se convierte en una obsesión que excusa interesados amiguismos, justifica delaciones y conduce, en los casos más graves, a indignas estrategias. [27]

En el curso de una tenida, presenté, según lo convenido, mi candidatura, no sin haber informado con todo tacto a la Venerable Maestro, que se quedó sin palabras. Ahora bien, yo había subestimado ese sentimiento del que los «malos» se sirven comúnmente —porque es, de lejos, el más eficaz— a fin de seducir a los seres humanos: ¡el orgullo! La hermana M... Venerable Maestro se aferraba al púlpito, y no quería dejar su título de gloria... El primer escrutinio nos dio a los dos un empate técnico... Conforme a los reglamentos generales, se abrió un segundo escrutinio que volvió a dar el mismo resultado. Cada votante llevaba a gala no dar su brazo a torcer: tanto para el saliente como para el «retante», los pros y los contras estaban ya determinados. Se abrió un tercer y último turno... ¡pero el resultado no varió! ¡Lo nunca visto, excepcional!

Estaba claro que en el seno de la logia narbonesa de Derecho Humano había dos clanes bien determinados. Y el resultado idéntico de los tres escrutinios demostraba su obstinación: los hermanos y las hermanas no habían votado en conciencia, habían votado en función de consignas cerradas impuestas por los miembros del clan al que cada uno pertenecía. Y yo, que había aceptado ingenuamente poner en cuestión al Venerable Maestro pensando en el interés común... ¡me vi convertido en medio e instrumento inconsciente de una cábala masónica!

La animosidad entre los dos partidos opuestos aún hubo de manifestarse en el consejo de administración que tuvo lugar unas semanas más tarde, y en el curso del cual acabé pagando yo los platos rotos. Sólo los maestros participaban en los consejos de administración, a fin de debatir libremente (es decir, sin la presencia de aprendices ni compañeros), los problemas de la logia. Y eso es lo que pasó: debatimos «libremente» sobre las elecciones. Y yo fui apartado por los hermanos y hermanas, que se llevaban las manos a la cabeza ante el crimen de lesa majestad cometido: me reprocharon con toda brusquedad haber querido llevar a cabo una aplicación estricta del reglamento (en un acto de voluntarismo estéril, casi profano) y de no haberme conformado a la tradición no escrita, fuente de «sabiduría iniciática». Para calmarlos, hube de dar a unos y a otros mil explicaciones, pidiendo que relativizaran todo el asunto y asegurando que, por mi parte, no había actuado sino con el asentimiento del Venerable Maestro —el cual, astuto, se abstuvo de salir en mi auxilio, guardándose bien de no confirmar mis palabras— y por el bien del taller, que sin embargo, había quedado por los suelos. No sirvió para nada. Aquello no fue sino una jaula de grillos de la que nada positivo podía salir. La tenida que siguió justo a continuación vio a hermanos y hermanas mirarse con cara de pocos amigos.

Pues bien, éstas son las redes de influencia que en el seno de la masonería permiten conseguir las designaciones con mucha mayor frecuencia que la aplicación del juego puramente democrático que, sin embargo, prevén los reglamentos. [28]

Y es que, contrariamente a una idea bastante extendida entre muchos profanos, las logias masónicas no son lugares particularmente serenos, y la vida masónica dista mucho de ser (como claramente sugiere la respuesta del Gran Maestro de la Gran Logia Femenina de Francia a Isabelle Duquesnoy[29]) «un largo río de tranquilidad[30]».

EL GRADO DE MAESTRO

El grado de maestro representa para un masón la culminación de su recorrido en logia azul, al mismo tiempo que le sirve para abrir (sólo en principio, ya que el paso de las logias azules a los talleres superiores sólo se hace por cooptación[31]) su acceso a los talleres superiores. El grado permite, asimismo, aspirar (en teoría al menos) a los diferentes puestos de oficial, a saber, Venerable Maestro, Primer

y Segundo Vigilante, Orador, Secretario, Tesorero, Hospitalero, Maestro de Ceremonias, Gran Experto y Portero.

Con ocasión de la ceremonia de ascenso al grado de maestro que tuvo lugar un año después de mi paso al grado de compañero, iba a reencontrarme con el carácter «impresionista» de la iniciación, pero también con el propio del ascenso a compañero, un poco más intelectual.

Me condujeron a la entrada del Templo, pero de espaldas a la puerta. El Gran Experto y el Primer Experto me cogían firmemente cada uno de un brazo. Tenía la desagradable sensación de ser conducido al matadero. Mis ojos no estaban vendados, pero naturalmente no podía ver hacia dónde me llevaban. Fui empujado brutalmente hacia el interior del Templo. El Venerable Maestro (que toma, en ese grado, el nombre de Muy Respetable Maestro, mientras que todos los demás miembros son llamados Venerables Maestros) ordenó:

—Venerable Maestro Gran Experto, examine las manos del compañero y tráigame su delantal y sus guantes para que pueda constatar que carecen de tacha.

A la orden del Muy Respetable Maestro, me hicieron volver al interior del Templo. Vi un cadáver extendido sobre un sudario blanco, a unos quince metros de mí, al pie del púlpito del Venerable Maestro. Éste retomó la palabra:

—Quiero que conozca, compañero, el motivo de nuestra tristeza. Uno de nuestros maestros ha sido asesinado y todos creemos que los autores del crimen son compañeros. ¿Conoce Vd. al asesino y a sus cómplices?

Como era de esperar, respondí que no. Ahora bien, conocer, lo que se dice conocer, yo tenía que conocer, forzosamente, al compañero culpable, pues según se me había dicho, formaba parte del taller. Responder negativamente no era, por lo tanto, tan simple. Pero nada es claro, nada es simple en la masonería... ¡porque todo es secreto!

La ambivalencia de la cuestión, causa a su vez de la indudable dificultad de la respuesta, provocaba un sentimiento desagradable de culpabilidad potencial.

Me sentí aún más turbado cuando el Venerable Maestro se preguntó:

—Y bien, si es Vd. inocente de este crimen, debe ofrecer una prueba

inmediata. Dado que no es cómplice Vd. de este asesinato, acérquese sin miedo al cuerpo.

En ese momento, el Gran Experto me mostró los pasos del maestro: para empezar los pasos del aprendiz, después los del compañero, después un paso a la derecha franqueando el cadáver, otro paso a la izquierda para un segundo franqueamiento, finalmente un paso adelante, para cerrar con los pies junto a los del mismo cadáver. Ni que decir tiene que la amplitud de los movimientos es importante. Con tono inquisitorial, el Venerable Maestro interrogó de nuevo al Primer Vigilante, para saber si había notado algo sospechoso durante el recorrido del compañero. Siendo la respuesta negativa, me sentí aliviado. Tras hacerme prometer que no revelaría nada ni a los compañeros, ni a los aprendices, ni a los profanos, el Muy Respetable Maestro hizo el relato de los hechos precedentes al deceso de la persona yacente sobre el sudario.

Se trataba del Muy Respetable Maestro que guiaba a todos los masones. Había muerto por los golpes de odiosos asesinos. El Maestro Arquitecto Hiram —tal era su nombre— había sido elegido por el Rey Salomón para edificar un templo grandioso. Pero hacia el final de los trabajos, algunos compañeros quisieron, por ambición y sin esperar a merecerlo, conocer los secretos de los maestros. Convencieron a tres compañeros indignos de sacarle el secreto a Hiram por la fuerza. Y cuando éste procedía a una visita de los trabajos al final de la jornada, lo agredieron, colocándose cada uno en una puerta distinta del Templo. Habiendo fracasado en el intento de sacarle mediante amenazas los secretos de los maestros, los compañeros dieron muerte a Hiram golpeándole con una regla, después con una palanca y finalmente con un mazo en medio de la frente.

Ni que decir tiene que tras haber oído el relato y ver al Venerable Maestro avanzar hacia mí con una mirada penetrante e impresionantemente realista blandiendo el mazo en la mano, me puse a rezar pidiendo ser capaz de amortiguar el golpe.

Unos brazos me agarraron y me ayudaron a acostarme, extendido como un muerto. Me recubrieron con el sudario (el cuerpo, entretanto había desaparecido, de hecho me habían tumbado donde yacía) y la cara con una pieza de la que sólo más tarde supe que se trataba de mi propio delantal de compañero. Oí al Venerable decir:

—Así pereció el hombre justo, fiel a su deber hasta la entrega de su vida.

¡Así que estaba muerto! Me vino a la mente un verso de Gustavo Adolfo Bécquer que mi abuela me leía: «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!»[\[32\]](#)

Los maestros de la logia partieron entonces a la búsqueda de la tumba de Hiram, de desconocido emplazamiento, encontrándola gracias a una rama de acacia (símbolo de los maestros). Por lo que hace al resto del ritual, es bastante similar al que corresponde al grado de compañero: el nuevo maestro presta juramento, se le confiere el grado de maestro por nuevos golpes de la espada flameante sobre el cráneo, y se le enseña la palabra sagrada, la contraseña, los tocamientos y el signo del orden. El apretón de manos es conocido por muchos. De él proviene la expresión «la garra del maestro». Se trata de un apretón normal, pero el dedo índice se dobla como la garra de una rapaz, y su extremidad presiona sobre la muñeca de la otra mano. Así es como se identifican en el mundo profano los maestros masones. Puedo asegurar haber identificado a numerosos

masones a quienes no conocía, incluso en las élites —altos funcionarios, profesionales liberales— gracias a este signo que me han hecho (o que yo mismo he hecho) unido a las palabras secretas, emplazadas en una conversación corriente y destinadas a «contrastar» la pertenencia de los desconocidos. Y este reconocimiento conduce, de facto, a una proximidad muy útil tantas veces en la vida profesional.

El Orador da lectura inmediatamente a la leyenda de Hiram, que reproduzco parcialmente aquí:

—En Egipto, el tercer grado de la iniciación se llamaba «puerta de la muerte». Como Hiram, ha descendido Vd. a la tinieblas de la tumba para acceder a una luz más grande. Una alegoría similar se encuentra en los mitos más antiguos, en muchas leyendas, en todas las religiones. En todas partes, un sabio, un héroe, un dios, sucumbe bajo los golpes de genio del mal para renacer a una vida más alta. La masonería toma la leyenda de Hiram de la tradición de Oriente, lugar de vívida luz y cuna de las civilizaciones y de las leyendas.

El Venerable Maestro concluyó la ceremonia con algunas frases rituales.

A continuación, me dieron a conocer las palabras sagradas de los maestros, que no son otra cosa que el nombre de un maestro herrero: Túbal-Caín.

Su consonancia con el personaje bíblico Caín me molestó,[\[33\]](#) no pareciéndome precisamente el mejor modelo de fraternidad.

El grado de maestro posee también la particularidad de disponer de un signo para expresar la angustia: cuando se ve en esa situación, el maestro masón puede gritar para llamar a los hermanos a su socorro: «¡A mí, hijos de la viuda!»

En cuanto a mis ornamentos, habían cambiado... Mi delantal totalmente blanco había sido reemplazado por un delantal, blanco también pero con vivos bordes rojos y dos iniciales masónicas, M.º y B.º. Llevaba además, a lo largo del pecho, desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, un cordón azul con bordes rojos, portando la insignia masónica del compás y la escuadra, bordados en hilos plateados y dorados. El efecto componía una estética solemne. De acuerdo, el hábito no hace al monje, pero en fin, algo ayuda. Todo ello no podía ser puramente especulativo.

Hiram, el maestro asesinado por no revelar su secreto, compartía eso con los maestros. El secreto verdadero era pues, una prerrogativa del maestro. Y bien, ¿iban por fin a confiármelo?, ¿iba por fin a conocerlo? A menos que... los Maestros masones no tuvieran, después de todo, secreto alguno... Comenzaba a preguntarme si el misterio no estaría, de alguna manera, «entretenido» y no se lo podía conocer, precisamente, «porque era un secreto».

Movilidad

Poco después de mi ascenso a la maestría, me vi en una encrucijada: por un lado, acababa de acceder al grado que me permitía ocupar puestos de oficial (incluso si por ahora no era ésa mi motivación); pero por otro, me estaba moviendo para cambiar de

ambiente profesional. Tanto es así que, de hecho, sólo unos meses después me hallaba en Guyana en un puesto de dirección de departamento. Un hermano de otra logia, arquitecto como yo, al que había expresado mi deseo de cambiar de aires, me puso en conocimiento de esta oferta de empleo que no tardé en responder.

Supe que la masonería estaba bastante bien implantada en Guyana. Además, el presidente del organismo que me contrataba reparó en la presencia en mi firma de un signo característico de mi pertenencia. Me reveló que él también era masón. Hoy fallecido, mantuve con él una relación muy cordial. Era el arquetipo del masón del Gran Oriente (o a veces, incluso, de algunos miembros de Derecho Humano): profesor comprometido, anticlerical, hombre político de izquierdas y sindicalista. Además, muchos altos funcionarios eran también masones, lo que me permitió en seguida sentirme menos solo.

Mi carrera profesional en Guyana tenía una duración limitada. De hecho la abandoné muy pronto para ir a Perpignan, donde tenía lazos familiares, y allí permanecí varios meses, el tiempo necesario para encontrar un nuevo empleo. Una anécdota interesará, sin duda, al lector, ayudándole a comprender mejor los posibles lazos entre masones que ni siquiera se conocen. Recibí un día, entre muchas otras, una respuesta negativa, pero la carta venía acompañada de una tarjeta de visita. Un hermano había reconocido el aspecto masónico de mi firma y me confesaba su tristeza por no poder integrarme en su empresa:

«Mi muy querido T.º. C.º. F.º.: he recibido el expediente de tu candidatura. Me da verdadera pena no poder responderte favorablemente, pues no está previsto realizar contratación alguna a corto plazo. Conservo tu C.V. y no dejaré de informarte de una eventual oportunidad. Bien frat.º. [fraternalmente]».

Encontré finalmente un empleo de dirección en un servicio técnico de la región parisina, en un pequeño pueblecito. El alcalde me había hecho, en privado, ciertas alusiones. Como no respondió a los anzuelos que yo le lancé con las palabras rituales secretas previstas a los efectos, no desvelé mi condición. En realidad, me di cuenta de que el hombre sólo fingía, haciendo creer, sin duda para asentar mejor su posición de poder, que «lo» era.

Maestro de la colonia de armonía

Yo formaba parte en aquel momento de una logia en L'Essonne, más exactamente, en Évry. Tenía que ocupar diversos puestos de oficial. Me fue encargada para empezar «la colonia de armonía». Se trata de un oficio dirigido a ilustrar musicalmente las diferentes fases del ritual y llenar el silencio que a veces resulta de determinados movimientos en la logia. A mi entender, los pasajes musicales que habitualmente se oían en las diferentes logias de Derecho Humano o del Gran Oriente que yo había frecuentado, en Bastia o en Cayenne, eran poco menos que soporíferos. Pero algunas indicaciones me hicieron ponerme al tanto de los gustos musicales que creía compartir con la logia. La tolerancia,

incluso masónica, tenía sus límites...

Por regla general, Mozart tiene un lugar de honor entre las piezas musicales. Su breve pertenencia a la masonería —iniciada el 14 de diciembre de 1784, a la edad de veintiocho años, muerto siete años más tarde— no quita nada a la influencia masónica de su música. El compositor, en efecto, se impregnó de un entorno masónico desde su más tierna juventud.

Y cuando no se trataba de Mozart, era la música de cámara o sinfónica la que acompañaba los actos. No es que yo estuviera cerrado a dicha música, pero no dejaba de considerar que nos hallábamos en el siglo xx y que estando la masonería, en principio, volcada hacia la modernidad, estimaba que era necesario «desempolvar» el ambiente musical de la logia. Después de todo, eran el G.A.D.U. [Gran Arquitecto del Universo] y el «progreso de la humanidad» lo que se invocaba. ¡Y yo estaba determinado a aportar algo de progreso a la logia!

Así que en mi primera tarde como Maestro de Armonía, acompañé la entrada solemne del Venerable Maestro, mientras los hermanos y las hermanas estaban «en las columnas», con un magistral y enfático extracto del álbum *Selling England by the pound* de Génesis. Me parecía que el aspecto a la vez medieval y moderno de la partición encajaba perfectamente con el anclaje en la tradición deseado por la masonería, así como con su reivindicación de avanzar hacia un futuro innovador. ¡Maldita la hora! Si bien coseché los guiños cómplices de algunas hermanas y hermanos melómanos y entusiastas del rock progresivo y neosinfónico, afronté también la mirada inquisitorial y desaprobadora de la mayoría de los masones «antiguos», ¡y sobre todo entre los «caciques»! Demasiado tarde. El Venerable Maestro hizo su entrada ritual y avanzó con una dignidad que sólo se vio restringida por los decibelios. No pude echarme atrás... ahora bien, ¿tenía ganas? Cuando Steve Hackett hizo oír las maravillosas quejas y sonidos sintetizados por su guitarra eléctrica, las miradas se cruzaron perplejas. Cuando la batería de Phil Collins rimó de manera magistral el *rock symphony*, las caras se descompusieron. Pasada la emoción, la tenida prosiguió. Había previsto otras piezas musicales que me parecieron adecuadas, como por ejemplo, algunos fragmentos del grupo Yes, entre las más tranquilas, las más majestuosas. Me daba la impresión de que ciertos vigilantes se adherían a su mazo para no gritar una blasfemia. Hacia el final de la tenida, con ocasión del paso de la «bolsa de propuestas» y del «tronco de la viuda» (destinados a recibir los óbolos de los masones), me escondí detrás de mi pupitre al compás de las notas electrónicas de un Vangelis aéreo e inspirado. Mientras la asamblea bajaba hacia la sala húmeda al final de la tenida, corté la música y coloqué los CD. Uno de los vigilantes vino a verme y me espetó:

—Una tenida masónica no es una discoteca...

Hice un último intento destinado a abrirle el espíritu:

—¿Y góspel? No estaría mal ¿no?

—No estamos en una iglesia de Nueva Orleans —fue su lapidaria respuesta.

En la tenida siguiente, y después de algunas piezas de Chopin y del inevitable Mozart, me arriesgué con una apuesta de «jazz» ligeramente triste y melodiosa del

guitarrista Joe Pass. Las miradas fueron menos virulentas. Y es así como aprendí que, también en materia de música, había en la masonería reglas no escritas.

Hacia finales de 1995, como echaba de menos el sol del sur, acepté un empleo cerca de Antibes. Me recibió la persona a la que yo debía reemplazar. Tomándome un día de vacaciones para nuestra primera entrevista, me apretó la mano haciéndome «la garra del maestro». ¡Así que éramos hermanos! ¡Y los dos maestros! Como sabría más tarde, era oficial en una logia del Gran Oriente. Por mi parte, respondí al mensaje. La charla, al mediodía, fue, como no podía ser de otra manera dadas las circunstancias, totalmente cordial y la tutoría poco menos que rutinaria.

—Tendrás ocasión de ver que tenemos muchos hermanos y hermanas en la estructura. ¡Y fuera de ella!

Naturalmente, solicité mi integración en la logia de Derecho Humano local de Antibes. En ella permanecí ocho años, ocupando diversos puestos de oficial. Fui sucesivamente Maestro de Ceremonias, Gran Experto, Segundo Vigilante, y finalmente, Venerable Maestro. Los masones con una cierta antigüedad que forman parte de los altos grados acuden para vigilar el buen funcionamiento de las logias azules, que no son tan libres como se pudiera pensar. Sólo a modo de ejemplo y por lo que hace al tema, una hermana titular del más alto de los grados masónicos, el 33.º, con responsabilidades nacionales, vino una tarde, un poco antes del inicio de la tenida, para proponerme que me presentara al puesto de Venerable Maestro. Ocupaba entonces las funciones de Segundo Vigilante y respondí que yo estaba al servicio de la logia, y que si se considerara necesario para ocupar el puesto de Venerable Maestro, no dudaría en presentarme.

La mayor parte de los masones «antiguos» y que tenían influencia en el taller apoyaron mi candidatura. No se presentaba nadie más y fui elegido por unanimidad. Poco tiempo después, en febrero de 2003, y por razones tanto profesionales como familiares, tuve que poner fin prematuramente a mis funciones como Venerable Maestro y abandonar Antibes para marchar a Narbona, donde otras peripecias, especialmente en el campo de la masonería, me estaban esperando.

Abandoné la Costa Azul con un sentimiento contrariado: empezaba a sentir un cierto tedio y a pensar que tal vez la masonería no respondía a mis expectativas tanto como esperé en su momento. ¿Había tomado el buen camino? Me faltaba algo, aunque ignoraba qué exactamente. Tenía simplemente la sensación de hallarme en un callejón, e irrumpía en mi pensamiento una cierta inquietud que me indicaba que la masonería era «demasiado borrosa para ser honesta». No cuestionaba en absoluto la probidad de los masones en general, ni tampoco la obediencia de Derecho Humano en particular, pero se abría en mi interior algo que definiría como una especie de conciencia de vacío. En realidad, estaba empezando a dudar, de una manera más o menos consciente, de la Verdad conceptual masónica. A fuerza de manipular esos símbolos cuya significación era tan múltiple, tan polivalente incluso, «el compás terminó de abrirse por una gran escuadra». Mi búsqueda espiritual alcanzaba los 180 grados, se había convertido en una recta sobre un plano y no permitía ya el trazado de circunferencia alguna. Pues la circunferencia, en tanto que figura geométrica sin principio ni fin, es también un símbolo

masónico del Gran Arquitecto del Universo. Y me preguntaba: ¿es el G.A.D.U. realmente Dios? Y de no ser así, ¿dónde estaba Dios entonces? ¿Verdaderamente podía encontrar a Dios en el seno de la masonería, o gracias a ella? Continué, desde luego, por la senda masónica, pero empezaba a tener sed... aunque aún no lo supiera.

MI CRECIENTE INSATISFACCIÓN ESPIRITUAL

Un relativismo espiritual

Empezaba a experimentar un cierto malestar intelectual en cada cuestión debatida —ya fuera de tipo filosófico, social o metafísico— para la que no encontraba una respuesta verdadera. Por un lado, la masonería intenta explicar que todas las ideas son válidas. Pero al mismo tiempo, y en franca oposición a dicho relativismo institucional, la masonería toma posición, extrañamente y con la mayor firmeza, sobre ciertos temas.

Ese relativismo se instala de manera permanente más allá de los debates masónicos que siguen a una plancha donde, después de la exposición, cada interviniente expresa su «pequeña verdad», la suma de todas las cuales se supone aportará la luz al taller en su totalidad, y a continuación, ¡qué duda cabe!, a la humanidad toda entera... ¿Cabe mayor ilusión?

En la mayor parte de los casos se trata de una yuxtaposición de significados personales que cada uno es libre de apoyar o no, a condición de mantenerse «masónicamente correcto».

Isabelle Duquesnoy lo expresa en estos términos: «Como ha dicho una Vigilante, la palabra circula, pero de hecho, no hay debate. Las propuestas caminan, pero no se responden»[\[34\]](#). Y añade: «Para ser aún más sincera, yo diría que ahora las planchas del segundo grado me tocan las p... Se pierden en cuestiones fangosas, en aproximaciones ociosas a todas las tradiciones del mundo y en razonamientos sostenidos por los pelos»[\[35\]](#).

Todo lo cual es perfectamente lógico: si en el relativismo todas las opiniones valen, ninguna es la adecuada ni se distingue de las otras, y la Verdad no aflora jamás. La Verdad no puede en ningún caso surgir de una compilación de explicaciones o tesis diversas, a menudo incluso opuestas.

Algunos representantes de la Iglesia Católica lo expresan así: «La masonería ensalza el relativismo doctrinal. Dicho de otra manera, las verdades profundas concernientes al hombre y su destino no pueden ser conocidas con certeza. En ese sentido, no existe ni Verdad definitiva ni Verdad universal. El creyente por el contrario, afirma: “Jesús es el camino, la Verdad y la vida”».[\[36\]](#)

Liberarse de los dogmas

La masonería está animada por la convicción profunda de que la búsqueda de la Verdad

puede y debe imperativamente liberarse de todo dogma: «La orden masónica mixta internacional Derecho Humano no profesa dogma alguno. Trabaja en la búsqueda de la Verdad».[37]

Ahora bien, afirmar que no se debe profesar ningún dogma, ¿no es acaso, en esencia, una afirmación dogmática? No reposa, de hecho, sobre la experiencia, ni es demostrable en el sentido racionalista. Además, sobre la cuestión de la Verdad, la masonería, cuando afirma su inaccesibilidad, es tan dogmática como la Iglesia cuando proclama que la Verdad ha sido revelada.[38]

Ante el dogma masónico que afirma que «el iniciado se consagra a la búsqueda incesante de una Verdad que sabe no alcanzará jamás»,[39] la masonería no niega la existencia de la Verdad, sólo niega que pueda ser conocida por el Hombre. El dogma masónico establece que la Verdad es inaccesible porque «está en todas partes, pero escondida».[40] Además, y sobre todo, la doctrina masónica se opone frontalmente a la de la Iglesia católica al sostener de manera perentoria que, aunque la Verdad le fuese revelada al Hombre, éste seguiría sin poder aprehenderla: «No le basta al Hombre situarse en presencia de la Verdad para que ésta pueda ser inteligible».[41]

No es el único dogma de la doctrina masónica, en especial en Derecho Humano. «Sus miembros buscan, sobre todo, realizar en la tierra y para todos los seres humanos el máximo de desarrollo moral, intelectual y espiritual, condición primera de la felicidad que es posible alcanzar a cada individuo».[42] La felicidad dependería entonces del cumplimiento, por el individuo, de un umbral de avance moral, intelectual y espiritual. ¿Pero de qué avance moral, intelectual o espiritual se trata? La moral de unos puede ser la transgresión de los otros, de la misma manera que la espiritualidad no es necesariamente de la misma naturaleza para todos.

Además, ¿de qué felicidad se trata? ¿De una felicidad hedonista, que mira a la satisfacción inmediata y completa de todos nuestros deseos personales? ¿Estoica por la restricción de nuestros deseos? ¿Pesimista por la supresión de nuestros deseos? ¿Sublimacionista por la transformación de nuestros deseos? Una felicidad que nada objeta a que cada uno la busque en su propia puerta y que, en tal caso, para los demás bien podría representar la desgracia.

Otras afirmaciones perfectamente dogmáticas se pueden encontrar en el ritual de iniciación: «No olvidemos, no obstante, que el amor es más fuerte que la muerte, y que la vida y el amor universal son una sola y misma cosa».[43] A este respecto, una hermana titular del grado de maestro que había ocupado algunos puestos de oficial, entre los cuales el de Primer Vigilante, y que había formado parte conmigo de los talleres superiores, me mostró las contradicciones íntimas que pueden provocar estos dogmas masónicos. Contradicciones inevitables cuando se niega toda dimensión espiritual. Había perdido hacía algún año a su compañero, por quien sentía gran cariño, el cual había sucumbido a una grave y fatal enfermedad. Poco después de asistir a una ceremonia de iniciación, me dijo entre sollozos:

—Todo esto es falso, El amor no es más fuerte que la muerte. Es la muerte la que prevalece. A. ha fallecido y yo lo he perdido.

En definitiva, se constata que para la masonería, sólo el trabajo conduce a la Verdad: en la iniciación al grado de aprendiz, con ocasión del acceso a la Luz, cuando ya se le ha quitado la venda, se hace ver al candidato el triángulo posicionado encima de la sede del Venerable Maestro:

—Neófito, contemple el Delta radiante que brilla al Oriente... el delta radiante preside nuestros trabajos y nos recuerda que el trabajo es el primer deber del Hombre.

En otras palabras, no existe acceso a la Verdad ni camino hacia la Verdad sin trabajo asiduo sobre el simbolismo masónico, siendo éste la única puerta que permite el avance hacia el conocimiento. En efecto, emplazando el trabajo sobre el simbolismo como la vía única hacia el conocimiento de la Verdad, la masonería excluye totalmente la iluminación, propuesta, sin embargo, por muchas prácticas espiritualistas y por algunas religiones, como los «derviches giradores» entre los musulmanes o el llamado «despertar» entre los budistas. Con esta afirmación irrefutable, la masonería incluso rechaza las conversiones repentinas, que son sin embargo vías reales de acceso a la Verdad trascendente. Piénsese en la conversión extraordinaria de San Pablo, o también, mucho más reciente, la de Paul Claudel, ocurrida el 25 de diciembre de 1886 en Notre-Dame: «Y es entonces cuando se produjo el evento que domina mi entera vida. En un instante mi corazón fue tocado, y yo creí».[44]

Los rituales y los principios de la masonería son pues, verdaderamente dogmáticos.

Finalmente, la masonería reposa simplemente sobre la práctica de un ritual y sobre principios que excluyen toda referencia a otra ley, como se extrae del ritual de iniciación de Derecho Humano, que precisa que «la masonería es una institución que no procede más que de sí misma».[45]

Ello conduce finalmente al rechazo de todo lo que pudiera ser concebido como principio superior, como ley natural, de ahí el combate entre el orden masónico y la civilización cristiana.[46] Paul Gourdeau, antiguo Gran Maestro del Gran Oriente de Francia, afirma: «Lo que es importante que comprendamos hoy es que el combate que se libra actualmente condiciona el porvenir, más todavía, el devenir, de la sociedad. Reposo sobre el equilibrio de dos culturas: la una fundada sobre el Evangelio y la otra sobre la tradición histórica de un humanismo republicano. Y estas dos culturas son fundamentalmente opuestas: o la Verdad es intangible y revelada por un Dios en el origen de todas las cosas, o se encuentra fundamentalmente en las construcciones del hombre, siempre cuestionables en cuanto perfectibles hasta el infinito».[47] Subrayemos el hecho de que un masón que ha ocupado el más alto cargo del Gran Oriente utilice el término «combate».

Como veremos más tarde, esta libertad de conciencia ensalzada por la masonería carece a menudo de una base real. He podido constatar que existe en el seno de numerosas logias masónicas, notablemente en Derecho Humano y en el Gran Oriente, ciertos comportamientos desgraciadamente anticlericales e incluso hostiles a la Iglesia Católica, explícitamente reivindicados en las tenidas.

La doxa masónica: una palabra «masónicamente correcta»

Sobre temas como el aborto o la eutanasia, es más bien arriesgado formular una opinión contraria a la *doxa*[\[48\]](#) masónica, bastante favorable a ellos en la obediencia de Derecho Humano (y de otras muchas) en nombre del progreso de la Humanidad. En el caso de que alguien adopte una posición contraria, en el mejor de los casos verá una serie de comentarios susurrados pero reprobatorios, y en el peor, una o varias réplicas severas, educadas pero no por ello menos mordaces, que le pondrán en su sitio.

Tengo el recuerdo de una hermana verdaderamente libre que sufrió el oprobio explícito y prácticamente general por haber osado decir que campaban por sus respetos en las logias las palabras «masónicamente correctas», y que el funcionamiento masónico «era a dos velocidades», en función de la oportunidad o de las personas concernidas. Esa tarde, la hermana en cuestión —aún hoy amiga mía— fue destrozada por las réplicas, de una agresividad extrema, y particularmente por las hermanas en desacuerdo con ella. Las declaraciones de mi por aquel entonces hermana eran, sin embargo, fundadas. Y además —a los hechos me remito—, su comportamiento no hacía sino confirmar que la indicación era justa: hay muchas cosas que no se pueden decir, sobre todo, nada que no sea «masónicamente correcto» ¡a no ser que se desee ser desollado vivo! A continuación, la hermana sufrió las invectivas del Venerable Maestro de manera virulenta, casi violenta. El oficial apuntó el dedo con especial agresividad sobre la hermana, llegando incluso a zarandearla mientras vociferaba: «¡Empiezo a estar harto de ti!». La hermana entró en el Templo empapada en lágrimas, y asistió a la tenida en el estado de ánimo que cabe imaginar. Después, aunque maestro desde hacía muchos años, sufrió numerosos obstáculos e incluso el bloqueo en la obtención de un puesto de oficial que de manera natural debería haber ocupado ella y nadie más. Tanto que sólo pudo actuar como suplente y jamás le fue otorgado ningún puesto. En cada ocasión que alguien le pasaba por delante a pesar de los reglamentos, la «tradicción» se imponía. Herida, decepcionada, no por ello ha abandonado sin embargo «las columnas», aunque sólo sea como simple maestro masón.

Un debate determinante, escandalosamente confiscado por ser potencialmente tempestuoso

Por lo que hace al «matrimonio para todos», también se debe permanecer, cuando se expresa uno en la masonería, en el ámbito de lo «masónicamente correcto»: lo descubrí mucho más tarde, el 29 de diciembre de 2012, en el contexto del anuncio del proyecto de ley.[\[49\]](#) Yo había propuesto un debate porque el tema me parecía de una indiscutible actualidad y porque las altas instancias de Derecho Humano se habían pronunciado mediante un comunicado oficial sin que las logias azules hubieran sido consultadas, lo

que me parecía curioso desde un punto de vista democrático. Y sobre todo, porque parecía que todos queríamos formar nuestra opinión personal. Yo poseía, como muchos entre nosotros, poca información sobre la ideología de género. Y me parecía, en consecuencia, que algunas aclaraciones sobre el tema no estarían de más. Así que propuse al Venerable Maestro un proyecto de tenida blanca cerrada, es decir, una reunión masónica organizada en el Templo por una logia, a la cual no pueden asistir más que los miembros del taller y, en todo caso, masones de obediencias amigas, siendo el conferenciante el único profano admitido. Me dirigí al entonces venerable Maestro en estos términos:

—Buenos días, tengo la posibilidad de que un profano intervenga sobre la ideología de género[50] que tanto está agitando nuestra sociedad actual, y sobre el proyecto de ley del llamado «matrimonio para todos», con la reforma del Código Civil y de la noción de padre y madre.[51]. El ponente es filósofo de profesión, y se dedica a la investigación sobre el asunto desde hace muchos años. Podría ser interesante como objeto de una tenida blanca. ¿Qué te parece? Si crees que el tema reviste algún interés —yo así lo creo— la propuesta podría ser debatida durante el próximo consejo de administración.

El Venerable Maestro declinó mi proposición en términos que definiría como de «perfectamente diplomáticos»:

—Hola Serge. Acuso recibo de tu propuesta. Siendo mi «veneralato» muy reciente y hallándose el *planning* 2012-2013 todavía «en pensamiento» (sic), no pienso incluirla.

La respuesta me desestabilizó profundamente. ¿De qué se burlaba? Hablando en plata, al Venerable Maestro no le gustaba mi propuesta. Yo podría haber optado por «maniobrar masónicamente». La respuesta me llamaba la atención, tratándose, como se trataba, de una cuestión social de gran importancia.

El rechazo de plano y sin mayor explicación que merecía al Gran Maestro mi propuesta no hizo sino confirmarme en la idea de que en la masonería se puede llegar a ser muy tolerante, pero a condición de que las ideas propuestas se ajusten a la doxa, que no la cuestionen en exceso, o finalmente, para no eludir la palabra, ¡que sean conformes al dogma masónico en vigor!

Había buscado la Verdad en la masonería, y había llegado a un punto muerto

Yo comprendía que aquello que yo buscaba era la Verdad, y no esa felicidad relativa propuesta por la masonería. Pero había llegado a la conclusión de que, para la masonería, la felicidad y la Verdad estaban dissociadas. La Verdad masónica era algo inaccesible, mientras que la felicidad se podía encontrar en la tierra. La felicidad masónica no participaba, pues, de trascendencia alguna: no existía ningún «paraíso masónico» y todo se jugaba en este mundo.

Entreví que la concepción masónica de la felicidad era puramente social y no

espiritual. Puesto que, para la masonería, la Verdad no era trascendente, no podía conducir a la felicidad. Es más, si la felicidad de la Humanidad dependía de un trabajo secreto realizado por un pequeño grupo de «elegidos», era necesario, en consecuencia, que ese grupo influyera sobre la marcha de la Humanidad. ¿Se pensaba hacer felices a los seres humanos a pesar de ellos? Por lo que a mí concierne, la felicidad no era, en sentido matemático, sino un subconjunto, una consecuencia de una esperanza encontrada. Dios mío, ¿me había equivocado?

¿Para qué servían aquellas palabras que yo conocía desde hacía tantos años sin llegar a una conclusión? ¿Por qué estaba yo tan preocupado por lo que se me presentaba cada vez más como una vida vacía? Quiero decir, en un sentido escatológico. ¿Y si no hubiera nada detrás de aquellas fórmulas?

Todo aquello cada vez me encajaba menos. Me sonaba a «falso»: el ritual no conducía efectivamente hacia los símbolos, sino que la interpretación de esos símbolos seguía siendo subjetiva.

La afirmación masónica según la cual de la práctica del ritual y de los símbolos masónicos emergería la Verdad, no me parecía ya creíble.

Entre los católicos hay una palabra revelada; para la masonería no existe tal palabra pues se ha «perdido»[\[52\]](#) por no haberla revelado Hiram antes de morir. Se ha de añadir que Hiram es un personaje masónico perfectamente mítico. Se trataría de un arquitecto poseedor de todos los secretos constructivos. La masonería querría, incluso aceptando el carácter ficticio de Hiram, asimilarlo al Hiram de Tiro (1 Re 7, 13) que hizo las columnas del Templo de Salomón (1 Re 7, 15-22) y que era el hijo de una viuda. De donde, por cierto, procede la denominación «hijos de la viuda» que se atribuyen los masones. La comparación no podría ir más lejos sin traicionar las Santas Escrituras.

La masonería establece, en consecuencia, que sus miembros, en calidad de iniciados convertidos en maestros, encontrarán la Verdad por sí mismos y sólo con la ayuda de los hermanos y hermanas. Esta Verdad, por lo demás, sería, por un lado, algo a construir (tal es el sentido masónico de «la edificación del templo de la Humanidad») a través de la búsqueda humana, de donde la encuentran ellos mismos; pero de otro, la mismísima masonería postula que esta Verdad permanece inaccesible. No se puede aceptar, en virtud del propio principio filosófico de la no contradicción, que la Verdad sea diversa o «diversificable». Y no se puede, en nombre de la Verdad, aceptar en un mismo concepto una cosa y su contraria.

Para ser más precisos, la masonería busca, por sí misma exclusivamente, aquello que le conduce inevitablemente a una proyección de lo que le es interior. Tal es el sentido de la palabra V.I.T.R.I.O.L., que indica bien, de manera perfectamente dogmática, que sólo buscando en el interior de uno mismo pueden el masón encontrar la Verdad Última (la piedra oculta o la piedra filosofal de los alquimistas). En tal recorrido, no hay ninguna revelación, sino más bien una suma de proyecciones.[\[53\]](#)

De este modo, esta Verdad de la que habla la masonería no puede provenir de Dios: si proviene de una construcción humana, lo religioso no se puede adherir. Si por el contrario, la Verdad proviene de Dios, entonces lo ateo y lo agnóstico no se encuentran

en ella.

En el mismo registro, el ritual masónico consiste en el hombre y sólo él, un iniciado, quien creó por su propio poder inmanente el espacio sagrado que comparte, únicamente además, con los otros masones. Las palabras del ritual masónico no son, por lo tanto, sino el vehículo de solo el pensamiento humano, en una creación antropomórfica de la Verdad. Hay así, en las palabras del ritual masónico, algo que las eleva por encima del conjuro y forma finalmente una especie de pensamiento mágico, pues el hombre se expresa con palabras, ejecuta actos que le permiten sobrepasar, mediante su poder personal, las leyes naturales. Mientras que, al contrario, la oración católica es una invocación (es decir, una *llamada*, según su etimología latina), una petición dirigida al poder trascendente de Dios.

Así que ahora, masón desde 1989, o sea, desde hacía ya más de dos decenios, comenzaba a ver más claro en esa búsqueda de la Verdad.

LA ADHESIÓN A LA FE CATÓLICA

El reencuentro de 2002

Todavía estaba en Antibes, y de repente, me vi ante una serie de graves dificultades. Yo, que hasta la fecha había tenido una magnífica salud, sufrí de una afección dermatológica muy pesada y recurrente que los médicos no conseguían diagnosticar, y menos aún, curar. Contra todo lo esperable y sin saberlo, me hallaba desde hacía poco, también en el plano profesional, en una complicada situación de la que no era responsable, y no acertaba a comprender tampoco. Mis padres, generalmente tan cercanos a mí, se habían alejado sin razón aparente. Mi padre, además, padecía problemas graves de salud. Y muchas otras desagradables circunstancias se adosaron a mi vida hasta hacerla muy compleja, a veces verdaderamente dolorosa. Todo llegó al mismo tiempo. Y eso que, en principio, yo lo tenía todo para ser feliz. Pero de repente, nada funcionaba.

Los obstáculos surgían por doquier. Ni siquiera sabía quién me podría ayudar. Yo estaba, por así decirlo, confrontado al mal. Por si todo ello fuera poco, había llegado a mi conocimiento la prueba tangible de que un cierto personaje de mi entorno masónico (y no por razones ligadas a mi compromiso) tramaba algo inconfesable y malsano contra mi familia y contra mí mismo. Se produjo un cierto número de eventos nefastos cuyo advenimiento no podía venir avalado por las leyes de la estadística. Era un poco como si todo se cerrara sistemáticamente sin razón alguna. Telefoneé a una amiga de los viejos tiempos, seguro de que ella podría aportarme algo de luz. Cuando no se comprende una situación delicada en la cual se halla uno inmerso, puede resultar útil recurrir a una visión externa a los hechos. Ella me recomendó a un sacerdote que residía en Aiguille, cerca de Aix-en-Provence, y podía aportarme alguna ayuda espiritual. Por aquel entonces, no podía ni imaginar las consecuencias que iba a tener aquel encuentro.

Los eventos de mi vida, o más bien la Providencia, me condujeron pues, una tarde del invierno de 2002, a encontrarme con un padre franciscano, despojado de todo. Hablamos largo y tendido. Se produjo una gran luz que iluminó mi corazón en el curso de la entrevista, hasta envolverlo completamente. Y todo se aclaró de repente en lo más profundo de mi ser. Es como si algo indescriptible, un amor inmenso, un fuego maravillosamente bienhechor, hubiera tocado en lo más profundo de mi corazón. Me envolvió en el interior. Una Luz al lado de la cual —dicho sea sin voluntad alguna de ofender a mis compañeros masones— la que se hizo cuando me quitaron la venda en la ceremonia de iniciación no fue sino una pálida chispa vacilante. Sentí la presencia de Cristo a mi lado. ¡Él estaba allí! Durante la noche me guiaba y me hablaba. Un gozo inmenso me inundó el corazón. Deseo ardientemente a todo el mundo, y mis oraciones

acompañan ese deseo, experimentar tal sensación del amor del Señor. ¡Dios existía, y era del Dios de los católicos de quien se trataba!

Algo había cambiado en mi vida. Algo muy fuerte que aún no conseguía entender se había manifestado. Sentí una necesidad imperiosa de orar. ¡Y hacía tanto tiempo...! Decidí ir al encuentro de algún sacerdote para comentar ese sentimiento, en el cual se mezclaban un profundo gozo y también un cierto desorden.

La catedral de Antibes se hallaba a dos pasos de mi despacho, así que di a conocer a un sacerdote mi deseo de volver a Dios, de comulgar y de rezar. Añadí que había olvidado todas mis oraciones y toda la liturgia de mi infancia y que sentía un sufrimiento y un vacío inmensos. Echaba muchísimo de menos ese formalismo que, cuando era niño, miraba con un poco de desprecio, quizás por no ser capaz de comprenderlo. El cura me dijo que no era grave. Que tendría que empezar por aprender a rezar desde el corazón, y que el resto vendría por añadidura, cualquier día. Lo que por supuesto, hice. Iba a una iglesia y rezaba. Con mis palabras, con mi sinceridad...

¿Cómo se respetan las creencias en la masonería?

Algunos años más tarde, hacia 2004, mientras estaba en Narbona, comenté con un hermano perteneciente a una obediencia deísta, la Gran Logia Tradicional Simbólica Opera (G.L.T.S.O.), el sentimiento de malestar en el que me hallaba. El hecho de compartir ambos la fe católica y la masonería nos había aproximado bastante. Yo era maestro desde hacía tiempo, pero él se acababa de iniciar. Contrariamente a lo que me pasaba a mí, la doble militancia no le producía el menor problema. Repetidas veces me invitó, como otros hermanos también, a abandonar Derecho Humano y a inscribirme en su obediencia. Al día de hoy, constato que él no ha comprendido la incompatibilidad fundamental que engendra la doble militancia católico-masónica. Pero por entonces, aún me preguntaba sobre la posibilidad de encontrar, a pesar de todo, alguna masonería de tipo deísta de principios conciliables con la fe católica. Me consolaba la idea de que las dificultades de orden espiritual que yo encontraba sólo estuvieran ligadas a mi pertenencia a Derecho Humano, o a ciertas concepciones de las logias del Gran Oriente que visitaba ocasionalmente. ¿Profesarían, tal vez, las logias deístas una fe similar, y si no asimilable, compatible, con la fe católica? Presentía, de todas maneras, que nada más lejos de la realidad. Jamás escuché, en las visitas que realicé a la G.L.T.S.O., debates sobre Dios. Sobre un Dios en tanto que principio, sí. Pero sobre «mi» Dios, el Dios del Credo, no. El Dios hecho hombre de la G.L.T.S.O. no había sido ciertamente concebido por el Espíritu Santo, o en todo caso, no para todos sus adeptos. Y comentando el tema con algunos hermanos en los ágapes, muchos de ellos recolocaban el concepto en el plano del «principio divino». ¡Un dios volteriano, en suma! Volvía a mi punto de partida: ¡una vez más el maldito «Relojero»! Con toda seguridad, no se trataba de «mi» Dios... «Mi» Dios no era el Gran Arquitecto del Universo. «Mi» Dios era, simplemente el Creador, efectivo, del Universo.

Permanecí pues, de momento, en Derecho Humano, aunque empezaba a sentirme algo molesto por las grandes declaraciones de principios de la Constitución internacional y de sus reglamentos generales (aunque tal sea también el caso en otras obediencias, sobre todo en el Gran Oriente), que se decían respetuosas de todas las creencias o no-creencias,^[54] mientras que dichos principios eran ultrajados sin ofuscación^[55] de nadie.

De hecho, me ha ocurrido en varias ocasiones asistir, sin que el Venerable Maestro interviniera jamás, a verdaderos excesos que, aunque pudieran parecer corteses, contenían, en cualquier caso, una descarada componente anticlerical. Debo confesar que me sentía molesto. Y sobre todo, se me aparecía de manera cada vez más clara la contradicción flagrante entre los enunciados generales de tolerancia y la expresión caracterizada por una mordacidad hiriente. Y eso cuando no observé, en cuantas ocasiones se producía una referencia a la religión o a las Santas Escrituras, un gesto de desaprobación silenciosa en la cara de algunos hermanos o hermanas «enquistados» en su anticlericalismo militante y obsoleto. Con ocasión de visitas a algunas logias del Gran Oriente, he tenido que escuchar muchas veces desde la proclamación por el Venerable Maestro del cierre de los trabajos, hasta exclamaciones^[56] como «¡Abajo el capelo, viva la República!». Me ha sido extremadamente penoso, doloroso incluso en ocasiones, tener que ser testigo de discursos anticlericales, a veces anticatólicos, que ponían la fe al nivel de una superstición, o a la Iglesia Católica en el plano de una brigada sectaria. En el curso de las tenidas o de los ágapes, cuando hablaba de mi fe, en el mejor de los casos recibía las alusiones amistosas de algunos masones que me tenían cariño. O me sonreían, como haría un adulto ante un niño que aún cree en Papa Noél. Entre los ejemplos más recalcitrantes, yo mismo oí a un hermano de color que visitaba nuestra logia de Derecho Humano afirmar en tenida... ¡que la Iglesia católica era racista! Podría haberle referido al deber de civilización que incumbía a las razas superiores sobre las razas inferiores (sic) proclamado por Jules Ferry, humanista y masón, pero no se trataba de entablar una polémica estéril. Las polémicas están prohibidas en la logia. Aquella tarde me di cuenta, de todas maneras, de que ni el Venerable Maestro ni el Orador —a quien habría correspondido hacerlo— intervinieron para recordar que todo propósito anticatólico violaba los reglamentos generales. Pero en la masonería hay declaraciones de principios... y comportamientos y manifestaciones, que recuerdan a grandes veladas líricas.

Como quiera que sea, en aquel momento de mi existencia todavía no había avanzado lo suficiente en el camino de la fe como para decidir el abandono de la masonería. No comprendía aún del todo esa dificultad conceptual y espiritual que, sin embargo, empezaba ya a desestabilizarme. Pensaba, de manera ingenua sin duda, que aquellas declaraciones en tenida, y aunque algunos masones me hubieran hecho verdadero daño, no iban más allá de un simple malentendido sobre la fe y la tolerancia, sin darme cuenta, todavía, de las insalvables divergencias de fondo que existen. ¿Por qué te has alejado de mí?

Ahora bien, en paralelo, retomaba mi camino hacia la iglesia. No por el camino que

representa la misa dominical, pero sí a través de ciertos momentos de recogimiento en la soledad de una capilla. En 2005, unos años después de haber conocido a aquel viejo padre franciscano que me había dado la Luz, me hallaba sentado en la capilla de una catedral que se encontraba a unos minutos de mi oficina. Había cambiado de empleo y de región y vivía en Narbona. La luz del día de esa primavera mediterránea se filtraba a través de las vidrieras. Un lugar fuera del alcance de los turistas. No había nadie. Todo estaba particularmente tranquilo. Esa tranquilidad de la que, sin saberlo realmente, yo tenía tanta necesidad para hacer oración. En efecto, ni siquiera conocía las palabras de la oración y menos aún su práctica. No fue hasta unos ocho años más tarde cuando empecé a interesarme en la liturgia católica y en la teología, no fue hasta entonces que descubrí a la vez su existencia y su sentido.

Había decidido, hacia las diez de la mañana, como siempre, hacer una pausa en mi intensa jornada de trabajo para ir a rezar y reencontrarme con el Señor. Delante de mí, en el completo silencio, un crucifijo. Me hallaba un poco desamparado, pues nada concreto había acontecido desde «el evento», «el reencuentro», «la Luz», no sé qué palabra emplear, quizás todas a la vez. Mientras rezaba, miraba el crucifijo y le decía silenciosamente, en una gran angustia, mezclada incluso de ira, y al borde las lágrimas:

—¿Por qué te has alejado de mí? ¿Por qué me abandonas? Justo ahora que acabo de encontrarte.

Apenas había pronunciado en mi pensamiento estas palabras, una voz sonó en mis oídos. Una voz que oí con toda claridad. Una voz en la capilla. Fue como un trueno que me sorprendió y me desconcertó:

—No soy yo quien se ha alejado. Eres tú el que se aleja de mí.

Diversos eventos ocurrieron a continuación. Sin que me los esperara. No mencionaré todos aquí, pero evidentemente, me colocaron sobre el camino de la conversión.

En el fondo de mi propio ser, yo sabía «en espíritu» que me había equivocado de camino, y que tenía que profundizar esta fe naciente con la ayuda de argumentos racionales. Necesitaba ir más allá del sentimiento, fundamentarlo. Además, la fe no es dissociable de la razón sino para caer en el fanatismo, como tan acertadamente remarcaba el Papa Benedicto XVI.

Además, el recorrido que conduce a la masonería es tan ambiguo que, como dice el viejo y conocido adagio masónico, «la masonería es como un albergue español: siempre se encuentra aquello que se busca». ¿Por qué entonces no encontraba yo en ella el reflejo de mi fe católica (no me preguntaba mucho más: mi Dios... ¡un simple reflejo!) ? ¿Quizás porque existía incompatibilidad entre dos culturas, la una, espiritual, la otra, no?

Una espera decepcionante

En efecto, allí donde en la fe católica fui capaz de percibir una espiritualidad, en la

masonería no encontré, en cambio, sino un esoterismo teñido de alquimia y de ocultismo, más o menos cientifista.

Había esperado descubrir los secretos que me prometían en cada ascenso de grado, en cada puesto de oficial que me confiaban, para darme cuenta al final de que ninguna espiritualidad emanaba verdaderamente del ritual. Todo ello, sin contar algunas analogías totalmente sosas que en mis planchas intentaba imaginar misteriosas. Comprendí que los masones y la Iglesia utilizaban las mismas palabras, lo que me resultó preocupante cuando tuve la entrevista con el viejo padre franciscano. Y sin embargo, los conceptos espirituales me parecían totalmente divergentes. Cuando me hablaban de «Luz» en masonería, no era la Luz de Cristo la que iluminaba mi camino: aquélla no es más que mi propia razón, mientras que la segunda es «el Camino, la Verdad y la Vida», hacia Dios y en Dios. Cuando me hablaban de fraternidad en la masonería, no era Jesús, Hijo de Dios y Dios mismo quien se había rebajado hasta convertirse en mi hermano en mi miserable condición de hombre, para sufrir hasta el martirio la muerte más atroz por amor a nosotros. No. Era Hiram, es decir, no otra cosa que un mito que, según se suponía, yo tenía que ser capaz de «elevar», pero sobre el plano simbólico únicamente. Y aun cuando hubiera existido, habría perdido la vida por su sola negativa a divulgar la palabra secreta de los maestros, en realidad... ¡para no divulgar la Verdad a todos! ¡Qué diferencia con ese Jesús muerto y resucitado para redimir nuestras faltas! ¡Cristo era el Dios vivo desde toda la eternidad!

No me resultaba, pues, posible seguir a la vez a Hiram y a Jesús. Más allá de lo que vivía en el fondo de mi alma herida, veía divergencias insalvables: en la masonería, todo reposaba sobre la voluntad personal de mejorar y de participar en la mejora de la Humanidad.

No obstante, incluso si intentaba ver más claro, algunas cosas seguían sin cumplirse. Yo era como Jacob ante el vado del Yaboc^[57] ¡y no me atrevía a cruzar! Pero la Providencia vino en mi auxilio. Mi hijo pasaba desde hacía tiempo por graves dificultades. Habiendo terminado sus estudios hacía poco, comenzó en el extranjero un recorrido profesional más que envidiable. Pero su vida personal era compleja y sufría por ello seriamente, lo mismo que nosotros. Tuve la impresión de que la solución residía en la oración. Yo no sabía rezar, pero el padre franciscano de Antibes me había dicho que lo esencial era dirigirse a Dios con el corazón, aunque fuera con palabras propias. Tenía además la convicción de que era necesario salir a la búsqueda. Como en peregrinación... Había oído poco tiempo antes en la radio de mi coche la oración del rosario recitada en Lourdes y emitida por Radio RCF Pays d'Aude. Me sedujo el fervor que emanaba de ella. ¿Por qué no Lourdes? Después de todo, María estuvo cerca de su hijo en la prueba, como la madre amante que era, ¿no iba a saber ella cómo ayudarnos?

La gracia de Lourdes 2012

Decidimos ir a Lourdes en familia aquel invierno de 2012. Curiosamente, planeamos

aquella visita primera para un 11 de febrero. Según pudimos ver cuando terminamos de cenar en un pequeño restaurante, una gran multitud se concentraba en las calles. Era una procesión... que decidimos acompañar. Centenares de personas con una pequeña vela encendida en la mano. Los cantos a coro se elevaban: «Oh Virgen María, el pueblo cristiano en Lourdes te pide... Ave, ave María». Hacía frío, pero se estaba muy bien. Pues bien, supimos después porque no lo sabíamos antes, que precisamente el 11 de febrero era el día de Santa Bernadette. Es, desde entonces, el día que hemos decidido volver, cualquiera que sea el día de la semana, para reencontrar a Santa Bernadette y a la Santa Virgen María en Lourdes. ¡La Providencia guiaba mis pasos una vez más!

Al día siguiente decidí ir ante la gruta de Massabielle para rezar el rosario entre la masa de fieles. A pesar del buen tiempo, o quizás por esa razón, mi esposa y mi hija prefirieron pasear por la ciudad. Y al final de la oración, decidí volver para reunirme con ellas en el hotel. ¡No pude dar un paso! ¡Ni siquiera esbozar un movimiento! Mis piernas colapsaron. Caí pesadamente al suelo. Clavado al suelo, como si me hubieran cortado las piernas de repente.

Como constaté al día siguiente, no hubo más herida que algunos aislados cardenales producto de la caída. Pero tenía que levantarme... ¡y no lo podía hacer solo! ¡Mis piernas se habían quedado como muertas, paralizadas! Tenía la impresión de ser una marioneta a la que el titiritero hubiera cortado las piernas de repente. En mi interior se mezclaban sentimientos de sorpresa, de temor, de vergüenza y de incompreensión. Desde un punto de vista fisiológico, nunca he conseguido dar una explicación a lo ocurrido. Yo estaba en forma, corría con regularidad su buena decena de kilómetros. Y en cuanto al aspecto psicológico, carecía de todo tipo de psicosis o tendencia a comportamientos histéricos. Mucho más tarde, pues por temor a pasar por un iluminado no me atreví a pedir a nadie una explicación sobre lo ocurrido —apenas se lo conté a mi mujer y no sin prohibirle decírselo a nadie—, el marido de una amiga, ferviente católico, me dio una respuesta:

—Has sido abatido por la fuerza del Espíritu Santo. Lo que me describes es bien conocido y ocurre a veces.

No había oído hablar jamás de este tipo de fenómeno. Buscando ciertos testimonios y también en las Sagradas Escrituras, confirmaría su explicación: «Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto» (Ap 1, 17); «Parecía la gloria de Yahvé. A su vista caí rostro en tierra» (Ez 1, 28); «Quedé yo solo contemplando esta gran visión, me sentí desfallecer, se me cambió y desfiguró el semblante y me fallaron las fuerzas» (Dan 10, 8); «Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo» (Mt 17, 6).

Este evento increíble me influyó de manera muy singular. Pero en la medida en que lo había vivido personalmente, afirmar que me vi más que convulsionado es aún poco decir para dar cuenta de mi asombro. Más allá del hecho de que las dificultades de mi hijo terminaron hallando una solución feliz, lo que me aconteció en Lourdes me turbaba profundamente. Estaba literalmente estupefacto. No porque el Señor se hubiera eventualmente manifestado, pues nunca había dudado de la realidad y del fundamento divino de los milagros o gracias, sino, sobre todo, porque algo así... ¡me hubiera pasado a

mí! Se trataba indiscutiblemente de un signo de Dios, no existía, a mi entender, explicación alguna de tipo material, psicológico o racional. ¿Por qué yo? Tenía el sentimiento de que dentro de mí, a mis espaldas, algunas cosas estaban metamorfoseando. Algo que yo no controlaba. ¿Era posible que el Señor se interesara tanto en mi persona como para hacerme vivir una señal tan fuerte? Yo había oído que Dios ama a cada uno de nosotros, quienquiera que sea, es verdad. Pero hasta ese día, aquella afirmación me resultaba abstracta. Y de repente, a uno como yo que lo buscaba tan torpemente, con su pequeña fe tan frágil, ¡y va y se le manifiesta de modo tan concreto!

Más allá de la simple descripción puramente fáctica, siempre resulta arduo tener que dar cuenta con palabras de una experiencia espiritual de aquella naturaleza. Es como una potencia infinita me hubiese tocado el espíritu al mismo tiempo que el cuerpo. Para utilizar una imagen y una comparación, bien débiles de todas formas, ¡es como si hubiera sido traspasado por un rayo! Repentinamente, alguien había lanzado miles de voltios sobre mi persona. En un instante, había sido barrido, abatido a tierra.

Agradecí a la Virgen María y a Santa Bernadette haber permitido tan extraordinario episodio en mi vida. Muchos vienen a Lourdes para curarse. Por lo que a mí respecta, fue el alma la que me fue curada. Di gracias a Dios por demostrarme tanto amor. ¿Acaso era necesario que yo tuviera un corazón tan endurecido y que él me hiciese pasar por esa prueba para que yo le tendiera la mano? Indudablemente, son su amor, su fidelidad, los que actúan para convertirnos. ¿Qué más me hacía falta para entregar mi vida en sus manos? Comprendí que algo importante, determinante incluso, había intervenido. Como una puerta que se hubiera abierto para acogerme. Y yo veía que tenía ante mí un camino nuevo y verdadero. Estaba feliz y lleno de amor de Dios. Poco más tarde aprendería que el amor que el Señor tiene por nosotros es infinitamente más grande que el que nosotros le devolvemos. Es un amor que forma una espiral ascendente y maravillosa, sin medida a escala humana, y que se ahoga en amor. Me quedé sin otra elección, sin otro deseo, que avanzar hacia su Luz.

¡Aleluya!

Retiro en la abadía de Lagrasse en la primavera de 2012

Tras los acontecimientos dramáticos vividos en Lourdes, decidí hacer, ese mismo año, en abril, un retiro en un monasterio de monjes de clausura. Pasé en él una semana. Me levantaba y me acostaba temprano, compartiendo con ellos, desde el despertar hasta la tarde, su vida de oración y de reflexión. Y por si fuera poco, estos religiosos admirables... ¡aún encontraban tiempo para trabajar a un ritmo para mí imposible de seguir!

Una vida simple y despojada, pero tanto más activa en la fe. Por la tarde, durante el tiempo libre que me daban, un paseo por su magnífico parque natural. Veinticinco años después de haber tomado conciencia de un orden armonioso y universal que evocaba la existencia de un vago relojero, contemplaba allí el «Dios que es». A

través de sus obras, a través del pájaro que canta sobre una rama, a través de los colores de una flor en su fragilidad. Un avión delante de su propia estela blanca atravesaba un cielo azul a diez mil metros de altitud, y sus pasajeros ni siquiera se imaginaban con qué ojos los miraba yo. De parecida manera, quizás, a como nos mira Dios y nosotros ni imaginarlo podemos. Un Padre que nos observa con amor. Un arroyuelo corría discretamente, casi sin ruido. El silencio también era de Dios.

Durante los oficios, los monjes cantaban los salmos en latín y yo los leía en silencio. La sonoridad de esa lengua, que yo había conocido en el colegio, me invadía de nuevo. Su sentido también. Después, volvía a mi celda. Rezaba. Oraciones formales que había reencontrado y aprendido de nuevo: el Credo, el Padrenuestro, el Avemaría, el Rosario... Mucho más que meras palabras. ¡Cuántas veces lo que se encontraba detrás de las palabras era inexpresable! Las palabras son impotentes para describir el milagro de la oración. Para los masones, la palabra se había perdido porque Hiram prefirió morir antes que revelar la palabra secreta de los maestros. ¡Qué error fundamental! La realidad es, simple y llanamente, que la palabra es incapaz de describir el amor de Dios. Sólo el Verbo, y no un hipotético héroe mítico —por decirlo así—, podía darnos la palabra como prueba de su amor. Lo había comprendido por fin. De niño, interpretaba las oraciones como formas de recitación que había que decir para ser un niño «muy bueno». Y a mí no me gustaba demasiado ser «muy bueno». Después las olvidé. Me alejé. Pero ahí, en la abadía, la oración adquiría un sentido verosímil: se transformaba en una ofrenda sincera al Señor. Comprendí que nos había ofrecido su adorable Corazón martirizado, y a cambio, yo le ofrecía el mío, tan pobre. Lloraba de emoción, de gozo, de felicidad... Lloraba, en fin, de amor por mi Dios. Yo pecador, yo masón perdido en los laberintos del Templo, iluminado por una luz artificial más que simbólica... ¡y me había encontrado porque yo lo buscaba! Era inexplicable. No comprendía nada. Eso me cautivó, me transportó. Mi mirada era una alabanza a Dios. Junto con Benedicto XVI, hoy puedo decir: «Es el amor de Cristo el que nos llena el corazón... No hay otra posibilidad para poseer una certeza sobre la propia vida sino la de abandonarse, en un *crescendo* continuo, entre las manos de un amor que se experimenta siempre más grande porque tiene su origen en Dios». [58] Dios se había entrometido en mi vida de la misma manera que lo había hecho en la historia. Un Dios encarnado en la carne de un hombre que había existido realmente y cuyos milagros son históricamente demostrables.

He ahí, sin duda, lo que querían decirse los masones, sin comprenderlo, cuando hablaban de «secreto» que no puede ser comunicado. Yo lo había encontrado: Dios nos busca con amor y puede tocar nuestro corazón. Tal era el Misterio, mucho más allá del «Secreto»: no eran los rituales esotéricos, alquimistas, herméticos, en una palabra, masónicos... ¡era el Corazón de Jesucristo! Como me habría gustado poder explicarles: hermanas y hermanos masones, vosotros decís una palabra, pero equivocáis el sentido: ¡el Misterio no es el Secreto!

Contrariamente a lo que ocurre en la masonería, cuyo ritual está esencialmente ligado al secreto, la religión católica está fundada sobre el Misterio. Debo confesar haber confundido ambas nociones en un momento de mi vida. El Secreto, en el sentido que le da la masonería, es un conocimiento de tipo esotérico al cual el iniciado llegará por la práctica del ritual, y que ostentará a título estrictamente individual. Se trata pues de un conocimiento personal que no es compartible. En eso, la masonería se opone fundamentalmente a la religión católica, que profesa públicamente tanto su fe en Dios como su liturgia: «Y le dijeron sus hermanos: “Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo”» (Jn 7, 3-4). Jesucristo anuncia que no ha venido sino a traer la Palabra de Dios al hombre: «He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y Tú me los has dado; y han guardado tu palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de Ti; porque las palabras que Tú me diste se las he dado a ellos» (Jn 17, 6-8).

El Misterio, en el sentido de la religión católica, participa de una trascendencia. Es el dominio de lo divino y ese «divino» no es ininteligible: el Señor marcha delante de los fieles y los guía en el camino que lleva al Misterio. «Le dice Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí”» (Jn 14, 6).

Lo divino interviene en la vida cotidiana del cristiano a través de la Eucaristía: Eucaristía, tema central y objeto mismo de la misa, donde Jesucristo se presenta verdadera, real y sustancialmente sobre el altar. Este Misterio de la Eucaristía pertenece enteramente, y hasta su punto culminante, al mundo espiritual. La comprensión del espíritu humano se ve confrontada a estos límites, que sólo Dios puede atravesar. Este Misterio cubre la presencia, confirmada formalmente por el Concilio Vaticano II, [59] de Jesucristo bajo la apariencia del pan y del vino en la Eucaristía. El Concilio de Trento había precisado que Jesús se halla presente en la Eucaristía de tres maneras: «verdadera, real y sustancialmente».

«Verdaderamente»: no se trata de una alegoría ni de una concepción simbólica de la presencia de Cristo. Él está presente.

«Realmente»: su presencia no depende ni de la fe de los fieles ni de la virtud de quien da la comunión.

«Sustancialmente»: Jesús está presente en «sustancia» (del latín *sub-stare*), en el sentido aristotélico de la palabra. El «está», cualquiera que sea la apariencia. Su presencia «sustancial» no representa, pues, obstáculo alguno al hecho de que la composición física y química del pan y del vino permanezcan.

El Misterio interviene así al final de un proceso que la Iglesia católica ha denominado «transustanciación». No se trata, pues, de simbolismo alguno, de la expresión de un mito o de una metáfora, pues Jesús mismo está presente en el curso de la Eucaristía: «Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida» (Jn 6, 55-56).

¡Qué diferencia con la adhesión del masón, que se apoya en un mito, el de

Hiram, enteramente inventado, totalmente ficticio y desprovisto de todo valor, tanto histórico como fáctico! «Todo el mundo sabe hoy que Hiram es ante todo un mito y que no existe rastro alguno verdadero de la construcción del maestro arquitecto».[\[60\]](#)

Esto es lo que me permite decir que, si bien es posible hablar de una verdadera «fe» católica, no puede, por el contrario, hablarse de otra cosa que de «compromiso» masónico —o de «creencia», como mucho—. La fe católica reposa sobre la trascendencia y sobre la existencia de Jesucristo, Dios hecho hombre para la salvación de las almas: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). La fe es una Luz, un don de Dios acogido por el hombre y del que éste sacará el mayor partido.

Aproveché también mi estancia en la abadía para entrevistarme con un fraile y hablarle, entre otras cosas, de un deseo que llevaba dentro de mi espíritu desde el año 2006.

Una vocación acuciante

Venía sintiendo una necesidad imperiosa de rezar por las personas que se hallan al final de su vida o en situación de agonía. Era como una vocación acuciante. Ignoraba totalmente las razones de ese sentimiento, pero sabía que era profundo y auténtico. Intentaba, no obstante, en mi inconsciente, diferir ese compromiso, so pretexto de falta de tiempo, de mis obligaciones profesionales, familiares, personales... Y además, no sabía demasiado cómo llevarlo a la práctica: apenas acababa de «recuperar» el Padrenuestro y el Avemaría. ¿Qué habría podido yo aportar sobre el plano espiritual a esas personas al borde de la muerte? O por lo menos, así definía yo ese deseo problemático de participar en cuidados paliativos. Así que con ocasión de este primer retiro en la abadía de Lagrasse, expresé al padre M. esta inquietud cada vez más apremiante que sentía hacia aquellos que sufrían, junto con mis dudas. Me propuso dejar hablar a mi corazón y pedir al Señor que me guiara. Y es lo que hice. Abandoné la abadía unos días más tarde con la referencia de un médico veterano y muy conocido en Narbona, justamente por haber participado en la creación de la sección de cuidados paliativos de su clínica. Dejé pasar unos meses a fin de madurar mi decisión.

Al poco, con toda naturalidad, entré en contacto con un padre franciscano de mi parroquia en Narbona, el padre F., a quien conocía un poco, y le hice partícipe de mi proyecto. Me aconsejó dirigirme al hospital, más que a la clínica, por tener su equipo mayor necesidad de ayuda. Y allí conocí a Anne Marie, una terciaria franciscana encargada de la capellanía. No le mencioné jamás —no sé por qué, probablemente por falta de confianza en mí mismo— el servicio de cuidados paliativos, precisándole que no sabía muy bien cómo empezar, pero que me sentía llamado a aquello, que casi sentía como mi misión. En razón de mis horarios de trabajo, empecé unos días más tarde, al término de mi jornada laboral. Tras algunas semanas durante las cuales me estuvo

acompañando, tanto con los enfermos como en la capilla del hospital con la oración, me informó, para mi gran sorpresa, que ya estaba listo para empezar a trabajar solo, y me destinó a diversos servicios sociales. Se trataba principalmente de los servicios de endocrinología, neumología y cirugía. A veces, me indicaba algunos pacientes a los que visitar en la segunda planta, en la que convivían varias especialidades. Ignoraba yo, entonces, que se trataba de la de cuidados paliativos, ya que esa clase de información, por necesidad y por discreción y en el interés de los pacientes y de sus familiares, era confidencial. Mi primera experiencia personal de acompañamiento en cuidados paliativos iba a ser con Christian.

Christian era un antiguo profesor de letras. Agnóstico y anticlerical. Racionalista y cartesiano. Unos sesenta años. Su cáncer había recidivado y se había extendido. En fase terminal, Christian se preparaba dignamente para la muerte. Durante largas semanas hablamos mucho, de filosofía y de religión.

—Parto, ciertamente, hacia la paz del cuerpo —me confió.

Atisbé a entender lo que esperaba de mí, aunque no se atreviera a pedirlo: la paz del espíritu. Mi fe le intrigaba y comprendí que no quería «partir» sin respuestas.

Nuestras dudas respectivas fueron probablemente el enlace que nos abrió a la conversación. Y nuestros intercambios nos fueron llevando progresivamente a la cuestión de Dios. Y es así, y no sin la ayuda del Espíritu Santo, como casi sin quererlo, me vi al cuidado de la paz de su alma.

Un día, delante de su anciana madre que se encontraba allí desde que entré en la habitación para visitarle, le dijo:

—Ya ves, mamá, mi amigo Serge es voluntario de la capilla católica. ¡Un beatón que me habla de Dios! Pero mira, cuando hablamos, es la Luz de Dios la que nos acompaña.

Se me saltaban las lágrimas. ¡Estaba tan agradecido al Señor por haber enviado el Espíritu Santo al corazón de ese hombre! Y por haber hecho de mí el instrumento a su servicio.

Un día que estábamos solos, mirándome fijamente con sus negros ojos, inteligentes y sagaces, me dijo:

—Serge, tengo que decirte una cosa. No comprendo nada. Te hablo a ti porque sé que no te vas a reír de mí, y probablemente hasta me comprenderás. Estoy muy preocupado. Sabes que no le temo a la muerte. Estoy preparado para ella. Sin embargo, no sé lo que me pasa, yo que no creo en nada preciso, yo que maldecía a los curas, me sorprende a mí mismo enlazando ristras interminables de avemarías. Me viene así, sin ni siquiera pensarlo. A veces de día, a veces cuando me despierto por la noche, me pongo a rezar. Me produce felicidad.

Le respondí con una sonrisa que dirigí tanto a él como al Señor, y le respondí:

—Christian, ¿sabes lo que estás haciendo? ¡Estás rezando el rosario, amigo mío!

Y arqueando los ojos me dijo:

—¿El qué?

Le expliqué lo que era el rosario. Me devolvió una sonrisa cómplice. Unos días más tarde volví a verlo y saqué un objeto de mi bolsillo.

—Toma, Christian. Quiero regalarte esto. Es para ti. Es una baratija, pero es a la vez un tesoro. Se lo compré a mi hija la última vez que estuvimos en Lourdes. Pero ella tiene otro. Es un rosario cuyas cuentas han sido sumergidas en agua de rosas. Úsalo para rezar. Ya verás, te abrirá puertas.

Christian miró el objeto en su cajita transparente. Se desprendió de la máquina de oxígeno para sentir el olor a rosas. Sonrió. Estaba feliz. Si yo no había sentido jamás la acción del Espíritu Santo, se estaba manifestando ahí mismo, ante mis propios ojos. Y se expresaba en los suyos, como una felicidad luminosa.

Tres semanas más tarde, los médicos le daban permiso para instalarse en casa de su madre, con seguimiento médico a domicilio. El final se acercaba. Un día tenía que pasar a verlo, pero no pude. Estaba solo en casa. Hacia las diez y cuarto sentí una necesidad imperiosa de arrodillarme ante Cristo y de rezar. A las diez cuarenta, le envié un SMS: «Hola Christian, hermano en la prueba... No nos gustan los SMS, pero habrá que adaptarse. ¿Cómo va eso? Cuestión idiota pero sincera, pues tú eres importante para mí como lo eres, sobre todo, para María. Voy a rezar para que vele por ti».

Al día siguiente, al principio de la tarde, pasé por su casa. Y allí me enteré por su madre de que Christian había exhalado su último aliento por la noche, entre las diez cuarenta y las diez cuarenta y cinco. Al salir, lloré a lágrima viva la pérdida de un amigo muy querido a quien, sin embargo, apenas había conocido. Un hermano en el amor de Dios. Eran también lágrimas de reconocimiento al Señor, pues yo sabía que lo había acogido. No tenía la menor duda: la Santísima Virgen María había respondido a la última llamada de Christian y le había tendido la mano en el camino. Una muerte bella y no una muerte masónica, teatral a fuerza de querer ser simbólica. Era el 23 de enero de 2013. Al borde de la muerte, precisamente en el momento en el que parecía más débil, Christian había redescubierto discretamente la fuerza misteriosa de la fe.

Fue una historia luminosa. Anne-Marie, la terciaria de la capilla, sin duda había reparado en que mi vocación se hallaba con los pacientes de cuidados paliativos, y sin que yo le dijera nada, me mandaba cada vez más a los pacientes más «difíciles». Un día le pedí a Anne-Marie ocuparme yo de esos enfermos. Me sonrió maliciosamente y me respondió:

—Pero Sergio, ¿todavía no te has dado cuenta de que sólo te envío a las personas que se hallan en sus últimos días? Por supuesto que sé que ese es tu lugar.

Le expliqué entonces que hasta entonces no me había atrevido a pedir el servicio de cuidados paliativos. No existe la casualidad. Existe sólo una Providencia divina en la que se inscriben los designios de lo que Dios ha previsto para cada uno de nosotros y que depende de nosotros aceptar o rechazar...

Acompañé pues a esas personas, creyentes, de religiones diversas, agnósticas o incluso ateas. Yo rezaba por ellas. Tanto con ellas, en su habitación, como solo, en la capilla. A veces, con la autorización de la enfermera, hasta los sentaba sobre su silla de ruedas para llevarlos a rezar a la capilla.

En las habitaciones, miraba sus cuerpos martirizados, descarnados, sus ojos llenos de angustia. ¡Dios mío, veía a Cristo presente en sus sufrimientos! ¡Y cuánto sufría yo con ellos! ¡Qué felicidad poder aportar a esos enfermos un poco de alivio, una oración, un poco de amor! ¡Cuánto placer hallé en ello desde entonces! ¡Y cuánto sentía yo «su» amor en la debilidad de sus personas, Él que había sido martirizado y que había muerto en la ignominia y en un terrible suplicio para salvarnos del mal!

Comprendí al fin que ahí residía la Verdad, y no en inútiles verborreas esotéricas. Esos pacientes sabían más sobre la «iniciación» que todos los altos dignatarios del grado 33, que todos los areópagos masónicos. La muerte no la interpretaban haciéndose pasar por Hiram. Ni de «caballeros» con titulaciones ditirámicas de alto grado. La muerte estaba al lado de ellos, y ellos portaban su cruz. Ellos comprendieron y ellos vivieron su cruz. Y yo me había convertido en ese Cireneo que les ayudaba humildemente. Ellas, la fraternidad, la igualdad y la libertad verdaderas, están allí, y no en fórmulas huecas de puro balbuceantes. La fraternidad de un corazón que sufre sinceramente con otro; la igualdad ante la inevitable enfermedad, la decadencia física y el resultado de muerte, que todos conoceremos; la libertad de darme a los que pasan por la prueba y de recibir de ellos, sin recelo alguno, el corazón.

Yo avanzaba a costa de ellos, con ellos y por ellos, en la fe. Éramos todos niños de Dios. Nunca agradeceré lo suficiente al Señor haber guiado mis pasos de esta manera.

Ahora que había visto la Luz masónica tal cual me había sido propuesta por los hombres y que, además, había abierto los ojos a la Luz divina revelada por Dios y vivida en el servicio a los más débiles, me parecía haber percibido algo más que un matiz de intensidad luminosa. Había luz, y la luz...

El abandono de la masonería

Progresivamente, me iba alejando de la masonería. Dimití de manera formal en 2013, abandonando a la vez tanto mi logia como la obediencia de Derecho Humano. Para mí, se trataba de un callejón sin salida, incompatible con el camino de mi fe católica. Me preguntaron si no tenía miedo a irme. En un departamento tan «masónico» como l'Aude, en una ciudad como Narbona donde el porcentaje de masones es tan importante, abandonar la masonería y además, escribir este libro, me valdría el cierre de varias puertas. Y bien, ¡qué me importaba después de haber abierto el corazón al Señor! Yo sabía que muchos de mis hermanos y hermanas, sobre todo los que me habían «cooptado» para los talleres superiores, iban a vivir mal mi dimisión. Sabía que algunos me volverían la espalda, lo cual, por cierto, hicieron. Desde que abandoné la masonería, son muy raros los que me han seguido llamando y han seguido siendo mis amigos. Sólo algunos escasos masones de los grados superiores han querido charlar sobre mi marcha alrededor de una amigable taza de té. Y puedo atestiguar que éstos quedaron

verdaderamente apenados. Pero recuerdo incluso que en una de esas conversaciones, una hermana de Perpignan (los talleres superiores reagrupan masones de diversos departamentos) por quien sentía afecto intentó convencerme una última vez, mientras yo le participaba mi convicción sobre la incompatibilidad entre el compromiso masónico y la fe católica profunda:

—Es una pena —me dijo—. Porque me hablas de tu fe... ¡y es en los talleres superiores donde te encuentras a Cristo!

Mi querida hermana M., con todo el afecto que siento por ti, como he dicho, lo afirmo de nuevo aquí, para ti, si es que llegas a conocer de la existencia de este libro, y también para el lector: ¡no se trata del mismo Cristo! ¡Yo entrego mi fe y mi amor a Jesucristo, Hijo de Dios, Único, Engendrado, hijo de la virginal Santa María, que fue crucificado, muerto y resucitado, sentado a la diestra de Dios, Padre Todopoderoso! El Cristo de los grados superiores es perfecto,^[61] pero no es más que un hombre. No es Jesucristo. Y yo no puedo entregar mi fe ni mi alma a un hombre, aunque sea la imagen de la perfección. Pues él no sería sino eso: imagen de Dios, pero no Dios mismo. Mi querida hermana M., no puedo ser verdaderamente católico y sinceramente masón.

Esta incompatibilidad, de la que había ido siendo consciente poco a poco, no es, por desgracia, banal en el seno de la masonería.

Yo había oído hablar vagamente de la excomunión, efectiva sea cual sea la obediencia. Aunque tengo que investigar y profundizar en la cuestión.

La página web de la federación de Derecho Humano indica en su rúbrica «Preguntas frecuentes» y en el capítulo «Relación con las religiones»: «A propósito de la excomunión de la Iglesia católica, se ha de indicar que a día de hoy no se ha decretado ninguna excomunión (sic). La Iglesia afirma desde 1981 que la reserva sólo para “aquellos que actúen contra ella”».^[62]

Tengo que decir aquí que, católicos o no, muchos masones de Derecho Humano hacen una interpretación equivocada^[63] de la noción de excomunión, asimilando erróneamente a la Iglesia con un perseguidor.

Por mi parte, me pareció que la «doble militancia» era imposible, y de manera perfectamente coherente, la excomunión apenas significaba que la participación en la Eucaristía no puede tener sentido alguno para el católico que sea al mismo tiempo masón, en la medida en la que no se puede profesar una fe católica sincera de un lado, y un compromiso masónico sincero de otro, ya que ambos son antagonistas. A la excomunión se le llama *latae sententiae*,^[64] es decir, de principio, y recae sobre todo católico que, al mismo tiempo, milite en la masonería. La excomunión que afecta a la masonería no consiste, pues, en la inclusión en un índice, sino en la simple constatación de una incompatibilidad. En efecto, es inconcebible que un católico confiese a la vez el Credo —«Creo en Dios, Padre Todopoderoso, y en su único Hijo Jesucristo»— e invoque la gloria del G.A.D.U. (que no es el Dios personal de los cristianos, sino más bien un «dios volteriano», una potencia polimórfica, casi panteísta, que no se ha encarnado jamás en un hombre ni nos ha rescatado del pecado entregándose a la cruz por su inmenso y misterioso amor).

La bula pontificia del Papa Clemente XII *In eminenti apostolatum specula* publicada el 28 de abril de 1738 fue el primer texto que formalizó la excomunión de los masones. La posición de la Iglesia fue después confirmada continuamente. Por último, una última puntualización llegó el 26 de noviembre de 1983 —con ocasión de la nueva redacción del artículo 1374 del Código de Derecho Canónico— del cardenal Joseph Ratzinger, a la sazón prefecto de la Sagrada Congregación para la Fe. «Consultados sobre si el juicio de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas ha cambiado, dado que el nuevo Código de Derecho canónico no hace mención expresa del caso, que sí hace el Código anterior... el juicio negativo de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas permanece inalterado, pues sus principios han sido siempre considerados como inconciliables con la doctrina de la Iglesia, y la militancia en estas asociaciones sigue siendo prohibida por la Iglesia». Se ha de añadir aquí que la excomunión no constituye en ningún caso, por parte de la Iglesia, el rechazo de la persona, ni el odio o el destierro de la masonería, sino simplemente la formalización de una imposibilidad de principio entre dos tendencias religiosas, o neorreligiosas —lo que digo por lo masones ateos a los que mi análisis pudiera resultar chocante—, contrarias. Pues la Iglesia tiene la vocación del perdón, incluido el de los que la denigran, quieren su perdición o la persiguen.

La Iglesia Católica entiende que cualquier individuo pueda creer, ya sea en otro dios, o incluso en otros dioses distintos al Dios de los católicos, o incluso no creer en nada. Pero lo que lógicamente no puede comprender, al menos desde el punto de vista de la teología católica, es la creencia en otro dios (o la no creencia en Dios) simultánea a la confesión de la fe católica.

De todas maneras, no es cuestionable que la oposición entre la masonería de una parte, y la Iglesia Católica de otra, es antigua y que reposa sobre hechos históricos[65] y filosóficos, esto es, teológicos. Ello remite sobre todo a concepciones metafísicas y teológicas fundamentalmente opuestas[66], vale decir, totalmente antinómicas que se refieren a la concepción misma de la felicidad del hombre y su destino[67].

¿Tendrán los masones el coraje de dejarse amar por Dios?

¿Qué es lo que he encontrado en la Iglesia Católica que no conocí en el seno de la masonería?

Si el lector, desconocido y quizás perplejo, así como mis antiguos hermanos y hermanas masones —y siempre y en cualquier caso «hermanos en la humanidad»— ateos o agnósticos, quisieran aceptar como hipótesis «que Dios existe», entonces no tengo para ellos más que una única respuesta, por lo que a mí respecta absolutamente cierta: «¡En Cristo, el camino a Dios!».

Por todo el conjunto de razones y testimonios que he ofrecido en esta obra, me parece que es imposible encontrar a Dios sólo por el camino iniciático de la masonería. En mi opinión, la búsqueda masónica no tiene salida. «Yo había dicho: “Vosotros sois

dioses, todos vosotros, hijos del Altísimo”. Pero ahora moriréis como el hombre, caeréis como un príncipe cualquiera» (Sal 82 [81], 6-7).

¡Qué grande la humildad del que reza! El que cree puede decirle al Señor: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lc 18, 13). Una verdad únicamente construida por el hombre —digamos... iniciado— es una verdad parcial, si no ilusoria, en cuanto polimórfica. Pues la Verdad es una: está clavada en la cruz por los pecados del hombre.

En materia de palabras, y en consecuencia con la Verdad, se trata de la unidad en la Trinidad, y no de la unidad en el ternario. Así que, queridos lectores, antiguos hermanas y hermanos masones, vosotros también, cada uno en su «grado y cualidad», ¡imitad a Jacob, peleaos con Dios![\[68\]](#) ¡Tened el coraje de dejaros amar por Dios, ese Dios que os busca y os ama! «¡Buscad y encontraréis!». ¿Eso os recuerda algo? ¡Y así aprenderéis a rezar!

¿A qué os arriesgáis? ¿Acaso va Dios a romperos la cadera?[\[69\]](#) Poco debería importaros: ¡el paso del aprendiz, que arrastra la piernas tras de sí, ya lo tenéis aprendido! Es un buen comienzo, doy fe.

Si incontestablemente existen diferencias, antinomias incluso, el amor nos ofrece igualmente similitudes. Basta con avanzar juntos en ellas.

Fui acogido en la masonería, sobre todo en mi iniciación y en mis ascensos a los nuevos grados, con una simpatía que quería llamarse fraternidad. En el seno de la Iglesia reencontré el amor: el amor de Dios que se da a los hombres hasta el punto de ofrecerle la dolorosa pasión de su Hijo único para salvarlos; el amor de estos sacerdotes y de estos religiosos que rezan y que buscan a Dios incansablemente, que responden sin retraso a la llamada de todos con una disponibilidad inmensa y una fraternidad sincera y auténtica.

¡Es a ese amor al que tengo la audacia de llamaros! Venid a buscar con ellos, con nosotros...

Sufro cada vez que oigo cómo se vapulea a la Iglesia católica. Hay en Francia, y a menudo en el seno de la masonería, un anticlericalismo, a veces un verdadero anticatolicismo, básico, visceral, literalmente militante, que excede a veces la propaganda política,[\[70\]](#) y que me resulta hiriente. Y me hace sufrir tanto más cuanto que crucifica de nuevo a Jesucristo. Y sé bien que hace daño a muchos creyentes sinceros.

¡Os llamo a abrir vuestro corazón! No os hará falta buscar mucho para encontrar a Dios. Me permito, si el afecto que nos une no os lo impide, daros desde mi fe y mi sinceridad una clave: si pensáis, como la mayoría de los masones, que existe un «Principio» superior —y ya sé yo que incluso algunos de entre vosotros, fundamentalmente ateos, ven este principio en la misma humanidad— os invito a pensar. Si creéis que nuestro mundo está organizado sobre principios inmutables y subyacentes invisibles —ya sé yo que cuantos invocan al G.A.D.U. están convencidos que la existencia de nuestro mundo no debe nada al azar ni a la necesidad— entonces algo es posible. El error consiste en confundir la causa y el efecto, la apariencia y la esencia: que

todo manifieste a Dios no significa que todo sea Dios. Dios nos muestra su poderío en la Creación. La misma Creación es la expresión, la imagen de la divinidad,[\[71\]](#) pero no por ello es ella misma la divinidad.

Entonces, para los unos como para los otros, nada os ha de impedir contemplar la obra de Dios. De ese Dios que se revela a través de su Hijo único que vino a morir por amor sobre la cruz, el cual, después de su resurrección, nos envió al Espíritu Santo. Os lo dije, si recordáis, en una de mis intervenciones en logia: «¡No hay ley sin legislador!». ¡Pues bien que evocamos la circunstancia sorprendente de que parezcan existir «leyes universales», ligadas entre ellas y que tan armoniosamente ordenan el mundo!

Mirad, lo recuerdo bien. Muchos de vosotros sin duda lo habéis olvidado, o ni siquiera lo escuchasteis. Y el que tiene en sus manos vuestro nacimiento, vuestra existencia y vuestra muerte ha escrito la ley por el Espíritu: ¡el Señor, nuestro Dios!

Abrid vuestro corazón, y dejad entrar su luz y su amor. Y comprenderéis su Palabra:

«Y diré a Lo-Ammi: “Tú eres Mi pueblo” y él dirá: “¡Dios mío!”» (Os 2, 25).

Con esta obra, os propongo una cuestión importante. Yo tengo el coraje de dar testimonio. Y vosotros, ¿tendréis el de dejaros amar por Dios?

CONCLUSIÓN

Y bien, ¿por qué decidí un buen día escribir esta obra? Pues porque he marchado sobre un camino sin salida y porque he sido tocado por la gracia de Dios. Él es fiel. Él no ha desdeñado todos estos años en los que le he estado buscando. Soy yo el que ignoraba que también Dios busca al hombre.

Este testimonio es, por lo tanto y sobre todo, el relato de un reencuentro. En realidad, de la sucesión de reencuentros necesaria para devolverme la vista. Yo era un niño obstinado que buscaba a su Padre tras una larga ausencia. Pero apenas sabía nada. No comprendía las razones de mi error. Y no me gustaba no comprender. Necesitaba comprender. Una fuerza irresistible me empujaba. Me hallaba en una encrucijada, un *cross road*, como dicen los anglosajones: una cruz y un camino. Un cruce de caminos delante de un camino de cruz.

«¿La cruz como camino?»

Un día de abril de 2012 decidí retirarme del mundo durante algunos días. De este mundo en el cual me había perdido. Hice sonar una pequeña campana delante de una abadía. Me hallaba sólo ante la reja, apenas la vibración sonora me acompañaba. Es exactamente lo que había venido a buscar en el lugar: la soledad. Hoy, pensando en esos momentos, comprendo que entraba, sin saberlo, en el desierto. Y que mis pasos estaban guiados. Pues yo no sabía nada más. O muy poco, recuerdos anémicos de mi educación católica. ¿Cómo habría podido yo saber que el desierto es, desde el punto de vista teológico, un espacio tan potente? «Acuérdate de todo el camino que Yahvé tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, para probarte y para conocer lo que había en tu corazón: si ibas a guardar sus mandamientos o no. Te humilló y te hizo pasar hambre, y después te alimentó con el maná que ni tú conocías ni habían conocido tus padres, para hacerte saber que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahvé» (Dt 8, 2-3).

Era masón desde hacía más de veinte años. Y me hallaba ante un muro, lo que, para un masón que quiere edificar un templo, no deja de representar una paradoja. Pero lo más inesperado es que ese muro se había convertido en el de una prisión que me impedía la visión de la Luz. El Templo de la libertad se había transformado en una trampa cuya vacuidad era el candado que cerraba la puerta de salida. Había buscado, con paciencia, con sinceridad, con honestidad. Había ocupado casi todas las funciones de oficial en logia azul, y después de algunos años, había accedido a los talleres de los altos grados, llamados «superiores» o «de perfección». Me habían asegurado que encontraría el camino de la espiritualidad que buscaba después de tanto tiempo. Desgraciadamente esta «progresión iniciática» no hizo otra cosa que confirmar el vacío. ¡Nada! ¡No había

nada que encontrar! ¡El secreto masónico no era más que una puerta que abría a la nada!

Tenía que cerrar la puerta de ese Templo, en el cual se apilaban amontonados de cualquier manera todos los errores del ocultismo.

Buscaba un secreto. Como Diógenes con su lámpara, erraba durante el día con una lámpara masónica, llena pero más bien floja. Buscaba sin saberlo el destello que, en realidad, sólo hace perder la vista, el mismo que había conocido San Pablo. Y de repente, ¡es Dios el que me encuentra! He tenido la suerte de que Jesús me abriera los ojos: «Después, le volvió a poner las manos en los ojos y comenzó a ver perfectamente y quedó curado, de suerte que veía de lejos claramente todas las cosas» (Mc 8, 25).

Y es que, contrariamente a la adhesión masónica, que no es sino una opción puramente intelectual, la fe es, sobre todo, un don de Dios: «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios» (Ef 2, 8). La fe es una gracia otorgada por el mismo Dios: «Tal es el designio de Dios que os ha concedido a vosotros, por Cristo, no sólo la gracia de creer en él, sino también de padecer por él» (Fil 1, 28-29).

La fe resulta del Misterio divino, pero también del descenso de Dios Todopoderoso, encarnado en la condición del hombre, a fin de que por la Pasión de su Hijo nos sean revelados su presencia y su amor: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15, 16).

Tratándose como se trata de un don, no puede ser recibido si el hombre no adopta una correcta disposición, si no tiende las manos a Dios: «Al instante gritó el padre del muchacho: “¡Creo, ayuda a mi poca fe!”» (Mc 9, 24).

Dios nos hace el don de la fe, pero depende de nosotros recibirlo. Ahora en mi interior, yo porto esa fe, a veces ardiente, como un regalo precioso. Y trato de alimentarla. Cada día. De no alejarme. Lo que siempre es posible, incluso si siento tan fuerte la presencia del Señor dentro de mí que a veces hasta vértigo tengo.

Y es que el Maligno se conoce todos los trucos, también los más hábilmente presentados: «Y nada tiene de extraño: que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Col 11, 14).

Habiendo dado Dios el libre albedrío al hombre, es importante que esa fe, regalo de Dios, sea acogida, y también que exista inmediatamente un acto humano voluntario, a fin de preservarla como una llama interior, a veces frágil: «Esta es la recomendación, hijo mío Timoteo, que yo te hago [...]. Combate, apoyado en ellas, el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta» (1 Tim 18-19). «Dijeron los apóstoles al Señor: “Auméntanos la fe”» (Lc 17, 5). Y en razón de la fragilidad del hombre, la perseverancia en la fe necesita de la ayuda de Cristo, que es nuestro sostén. Alabo a Dios por haberme dado la gracia de recibir la fe. Y de ayudarme en mi camino: «Me levanto a medianoche a darte gracias, por la justicia de tus normas» (Sal 119 [118], 62).

ANEXOS

ANEXO I

UNA QUERRELLA ANTIGUA Y PERSISTENTE ENTRE LA IGLESIA Y LA MASONERÍA

El 28 de abril de 1738, cuando Francia no contaba más que con trescientos o cuatrocientos iniciados, el Papa Clemente XII hacía publicar la bula *In eminenti*, por la cual condenaba la masonería y prohibía la «doble militancia». Esta perspectiva será confirmada después por todos los papas.

La masonería hará pagar indirectamente un pesado tributo a la Iglesia Católica

Numerosos «hermanos», y no los menores, se implicaron particularmente en el campo de los revolucionarios, como Mirabeau, Desmoulins, La Fayette, Rouget de Lisle. Además, la participación de la masonería, en particular la del Gran Oriente de Francia, en la Revolución Francesa es explícitamente reivindicada: «En el siglo XVIII, dos hechos van a marcar la evolución de la masonería especulativa. [...] La Revolución iba a consagrar este estado de espíritu manifestado por numerosos masones en la defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano».[72] También, y particularmente por lo que se refiere al Gran Oriente: «La creación del Gran Oriente marca la vuelta a los puestos de mando en la masonería francesa de la nobleza liberal y la burguesía ilustrada. Desempeñarán un papel de primera importancia en los eventos de 1789. Se encuentran masones en todos los debates».[73]

1 Los revolucionarios trabajaron para «desvincular a la Iglesia de Francia de la Iglesia de Roma, a fin de constituir en su lugar una Iglesia nacional que no tuviera con Roma otra relación que la derivada de la más estricta cortesía».[74] El 12 de julio de 1790 se procedió a la votación en la Asamblea constituyente de una Constitución Civil del Clero, promulgada el 24 de agosto. Desde entonces, y como bien expresó Mirabeau, «el servicio de los altares era una función pública». Esta concepción de una nueva Iglesia «civil» francesa resultaba en una pérdida total de la autoridad apostólica del Papa sobre ella. A subrayar que la nueva situación se oponía al principio mismo de laicidad y separación de poderes definido en el artículo 16 de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 26 de agosto de 1789, cuyo artículo 10, además, prevé que «nadie debe ser molestado por sus opiniones, incluso religiosas».

En cuanto a la idea de «problema de orden público», que venía a aportar una limitación a las disposiciones de este artículo, la realidad demuestra que dicha referencia no ha servido la mayor parte de las veces sino como pretexto para las persecuciones.

Por otro lado, la Constitución Civil del Clero se oponía a la concepción tradicional de la Iglesia una, católica, apostólica y romana y también a la preminencia del obispo de Roma (que no toma el nombre de «papa» sino a principios del siglo IV) en el conjunto del clero católico.[75]

Resultó imposible para los religiosos someterse a la Constitución Civil del Clero, a no ser renegando de su fe. Y fueron perseguidos hasta sufrir el martirio.

Las persecuciones de sacerdotes y de religiosos durante la Revolución fueron sangrientas y radicales. Sólo a modo de ejemplo, en septiembre de 1789 tres obispos, ciento ochenta y un sacerdotes y dos diáconos fueron literalmente masacrados en París; [76] treinta y dos religiosos fueron guillotinado en Orange entre el 6 y el 26 de julio de 1794; dieciséis carmelitas sufrieron idéntico martirio en París el 17 de julio de 1794; el 14 de julio de 1792 dos sacerdotes, el padre Langoirian y el padre Dupuy, fueron horriblemente martirizados en Burdeos. El padre Langoirian, agonizante, encontró fuerzas para murmurar una oración por la salvación de sus verdugos.[77] Por lo que hace a deportaciones a Guyana (equivalentes, en la época, a una muerte lenta), un monumento en l'Île-d'Aix lleva el nombre de doscientos cincuenta sacerdotes, el cementerio de l'Île Madame indica otros doscientos cincuenta y cuatro, y finalmente, los pontones de Rochefort au Port-des-Barques, quinientos setenta y cuatro.

Nadie podría discutir además que los siglos XVIII y XIX vieron nacer en Francia un anticlericalismo creciente y virulento, en particular hacia los servidores de la religión católica.

Otro ejemplo de la persecución es el de las fichas políticas y religiosas abiertas por las logias masónicas del Gran Oriente a petición del general Louis André, nombrado ministro de la Guerra en 1900, con la ayuda del capitán Mollin, maestro masón del Gran Oriente de Francia, quien, por su parte, utilizó para ello a la masonería, y en particular al Gran Oriente de Francia, por razón de su importante número de miembros, de su distribución geográfica sobre todo el territorio y de su anticlericalismo exacerbado. La recepción de información (o más bien, la delación) duró secretamente más de tres años, antes de fuera divulgada por Jean-Baptiste Bidegain, masón decepcionado por no haber sido nombrado secretario general del Gran Oriente.

Sobre estas fichas, destinadas a inventariar las opiniones religiosas y/o políticas de los oficiales, se podían leer menciones tales como VLM («*va à la messe* [va a misa]»), «clérigo clericalizante», «sigue las procesiones como civil», o incluso «ha recibido telegrama de bendición papal por su matrimonio». Las fichas se centralizaban en el secretariado del Gran Oriente, calle Cadet en París, antes de ser transmitidas a un miembro del gabinete del general André, el ministro del Gobierno Emile Combes, presidente del Consejo y radical de izquierdas, masón iniciado en 1896 en la logia Tolerancia y Estrella de Saintonges, cuyo anticlericalismo era visceral. El ascenso de algunos oficiales habría sido dilatado o hasta bloqueado por razón de sus convicciones religiosas, principalmente católicas.[78]

La «cuestión de las fichas» se inscribió en una política general ordenada por Émile Combes, quien incluso dirigió una circular a los prefectos para invitarles a

favorecer el ascenso en la carrera «de personajes y cuerpos sinceramente devotos del régimen», para depurar la administración, la magistratura y el Ejército con el objetivo de consolidar el carácter republicano y laico del Estado.

Por su parte, la Iglesia romana publica varias declaraciones y encíclicas contra la masonería

La lectura de la primera bula pontificia, promulgada el 28 de abril de 1738 por Clemente XII y confirmada a continuación por todos los papas de tres siglos, permite pensar que tal rechazo recíproco no puede reposar, en efecto, sobre una simple querrela territorial, por lo demás limitada a una región de Italia y a un período definido de la historia.[\[79\]](#)

La bula pontificia del Papa Clemente XII *In eminenti apostolatus specula*[\[80\]](#) fue confirmada por, al menos, los siguientes documentos pontificios:

- *Ecclesiam a Jesu Christo*, del Papa Pío VII, 13 de septiembre de 1821.
- *Quo graviora*, del Papa León XII, 13 de marzo de 1826.
- *Mirari Vos*, del Papa Gregorio XVI, 15 de agosto de 1832.
- *Multiplices inter*, del Papa Pío IX, 25 de septiembre de 1865.
- *Humanum genus*, del Papa León XIII, 20 de abril de 1884.
- *Vehementer nos*, del Papa Pío X, 11 de febrero de 1906.

¿Qué piensa la Iglesia de la doble militancia?

La cuestión de la militancia de fieles católicos en la masonería se planteó de nuevo al final del siglo XX, con ocasión de la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico. En el antiguo código de 1917, el artículo 2335 precisaba que «los que se adhieran a una secta masónica u otras asociaciones del mismo género, las cuales conspiran contra la Iglesia o los poderes civiles legítimamente establecidos, incurren por el solo hecho en excomunión[\[81\]](#) reservada a la Sede Apostólica».

El artículo 1374 del Código de Derecho canónico promulgado por el Papa Juan Pablo II en 1983 no hace referencia explícita a la «secta masónica». Dispone que «el que se adhiera a una asociación que actúe contra la Iglesia sea castigado con una pena justa».

Eso ha hecho pensar a algunos que se levantaba la excomunión para las personas que pertenecieran a las logias masónicas, o por lo menos, para aquellos que no hubieran dado pruebas de anticlericalismo o de anticatolicismo expresos. Hallándose este punto de la doctrina jurídica sujeto a debate, el 26 de noviembre de 1983 el cardenal Joseph Ratzinger, a la sazón prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, luego Papa Benedicto XVI, realizó la siguiente aclaración: «Se ha preguntado si el juicio de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas ha cambiado, dado que en el nuevo Código de Derecho canónico no se hace mención expresa de ellas, como sí se hacía en el

anterior... El juicio negativo de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas permanece, sin embargo, inalterado, porque sus principios [los de la masonería] siempre han sido considerados irreconciliables con la doctrina de la Iglesia, y la inscripción en estas asociaciones permanece prohibida por la Iglesia. Los fieles que pertenecen a las asociaciones masónicas se hallan en estado de pecado grave y no pueden acceder a la santa comunión. [...] El Papa Juan Pablo II aprobó esta declaración y ordenó su publicación».

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe concluía así su texto: «Las autoridades eclesiásticas locales no tienen competencia para pronunciarse sobre la naturaleza de las asociaciones masónicas mediante juicio que implique derogación de lo aquí afirmado».

Lo que significa que las diócesis están obligadas por esta declaración, estando como están bajo la autoridad espiritual de la Santa Sede. Aunque ello no les impida en absoluto dialogar con los representantes de la masonería en el plano local, no les capacita para derogar la incompatibilidad de la doble militancia. Circunstancia que significa que la cuestión no podrá encontrar solución más que mediante una reglamentación a fondo y al más alto nivel.

Para concluir sobre este punto, la Iglesia ha confirmado regularmente la imposibilidad de la doble militancia en la religión católica y en la masonería. De similar a manera a como persiste en considerar la excomunión como la pena en la que se incurre por el hecho de dicha pertenencia.

El caso del sacerdote Pascal Vésin

La cuestión de la imposibilidad de la doble militancia en la masonería y en la Iglesia Católica se puso sobre la mesa de debate recientemente gracias al mediático caso del padre Pascal Vésin.

La prensa se hizo eco del caso ampliamente: Pascal Vésin era sacerdote desde 1996 en la parroquia de Sainte-Anne d'Arly-Montjoie, en Megève, en la diócesis de Annecy. Era miembro asimismo de una logia del Gran Oriente desde 2001. Entre 2011 y 2013, es decir, durante dos años,[\[82\]](#) tuvo lugar un diálogo y una negociación entre el obispo y el padre Vésin. Es por lo tanto muy imprudente, por no decir erróneo, afirmar, como se hizo en cierto programa de televisión sobre la masonería emitido en la primavera de 2014, que Pascal Vésin había sido suspendido *manu militari* por la Iglesia. En cambio, es patente que Pascal Vésin persiste en su voluntad de pertenecer al Gran Oriente, como explícitamente ha expresado en una obra que acaba de publicar. Sin entrar a debatir sobre la elección de la doble militancia, perteneciente al ámbito de lo estrictamente personal, obligado es constatar que todas las instituciones poseen reglas que conviene respetar cuando uno se compromete solemnemente en ellas.

La masonería misma sigue este razonamiento de principio y posee también sus propios —y estrictos— reglamentos de exclusión, concernientes a la cuestión de la doble

pertenencia, ya se trate de otras obediencias masónicas o de partidos políticos cuya militancia está vetada para sus seguidores. Por ejemplo, un masón de Derecho Humano o del Gran Oriente no podría de ninguna manera pertenecer, sin verse excluido de su obediencia, a la Gran Logia Nacional de Francia (y a la inversa). ¡Hermanos, sin duda, pero hermanos peleados! Si hablamos de militancia política, se ha de decir lo mismo: «El 22 de febrero de 2014, el Consejo de la Orden del Gran Oriente decidió por unanimidad reunir la Corte Suprema de Justicia Masónica en solicitud de una sanción contra un hermano de la obediencia que se presentaba en una lista municipal del Rassemblement Bleu Marine, apoyado por el Frente Nacional».[83] Se ve a las claras que, con esta decisión, la propia masonería firma una confesión de posicionamiento como religión,[84] interviniendo igualmente en el campo de lo político,[85] y que condena la «doble militancia» en otra institución o asociación con la que estima no compartir valores.

A la vista de la obstinación de Pascal Vésin, la Iglesia católica se vio obligada a tomar esa decisión, lo cual simplemente constata que cuando con conocimiento de causa se hace una elección entre dos opciones antinómicas, como es el caso de la Iglesia católica y la masonería, conviene aceptar que la situación conducirá inevitablemente a abandonar o la una o la otra. Pascal Vésin ha elegido, y así parece expresarlo,[86] optando definitivamente, algunos dirán sin duda que por desgracia, por el Gran Oriente de Francia contra la Iglesia católica.

Si el padre Pascal Vésin hubiera deseado, durante su ministerio como sacerdote, dialogar con los masones, no habría tenido consecuencia alguna. Conozco muchos sacerdotes que mantienen relaciones cordiales y que se entrevistan a menudo, a título personal y con todo conocimiento de su pertenencia masónica, con «hermanos» y «hermanas». A mayor abundamiento, nada habría impedido al padre Vésin, si lo hubiera deseado, «hacer uso de su libertad de expresión [...] para mantener [...] conversaciones con hombres de buena voluntad que buscan la realización del hombre en la libertad y en la fraternidad», como indica la carta de 24 de junio de 2013 de la conferencia católica de bautizados francófonos publicada en la página web de los curas obreros,[87] o pedir a los masones que conocía participar como orador en una tenida blanca cerrada[88] a fin de llevar allí el Evangelio. Esto ya hemos tenido ocasión de verlo. Pero su condición de sacerdote católico no le permitía, sobre todo por el conjunto de razones (no exhaustivas) expuestas, comprometerse con la masonería. Por el simple hecho de que es inconcebible, siendo como es la masonería una forma de religión, ser a la vez judío y musulmán, judío y católico, musulmán y católico, y ello aun cuando las diferentes religiones puedan y deban mantener lazos de diálogo y hasta de fraternidad. No se puede estar «ligado», en el sentido etimológico del término «religión», a dos compromisos metafísicamente diferentes y sobre todo, divergentes. Salvo que uno desee encontrarse en una situación de incomodidad espiritual o filosófica.

Que Pascal Vésin quiera reivindicar a título personal esta doble militancia y que encuentre en determinados medios un eco favorable, pase. Que haya deseado, en cuanto cura católico, llevar el Evangelio a la logia, ¿por qué no? Pero sin la menor voluntad de poner en cuestión su honestidad intelectual o la sinceridad de su fe, una serie de

cuestiones fundamentales se imponen: ¿cómo pudo Pascal Vésin prestar juramento a las constituciones masónicas, los reglamentos generales y el conjunto de compromisos de la masonería, a trabajar a la gloria del Gran Arquitecto del Universo (de quien hemos visto con toda claridad que no es Dios) o a la gloria de la Humanidad (más que a la de su salvación), y todo ello considerando que su fe en la Palabra de Dios no se veía afectada? ¿Cómo pudo conciliar la fe en la Trinidad con la creencia en el ternario masónico; su fe en la Verdad revelada y objetiva con la creencia en una verdad subjetiva y múltiple; los dogmas católicos con los de la masonería? ¿Cómo pudo conservar su fe en los sacramentos de Dios mientras la masonería se jacta de una sacralidad de origen humano?

Vésin había sido advertido sobre las consecuencias de su elección. A pesar de todo, el padre Pascal Vésin, que no podía ignorar ni las disposiciones del artículo 1374 del nuevo Código de Derecho Canónico ni, sobre todo, la precisión aportada por el cardenal Joseph Ratzinger de fecha 26 de noviembre de 1983, persistió en su «doble militancia». Así lo afirmó en el cuadro de un diálogo constructivo, abierto y fraternal propiciado por el obispo de Annecy, monseñor Yves Boivineau. Y —hay que recordar— con la aprobación de Roma, y sin duda, hasta con una indudable vehemencia, ante la querencia indudable que acusa un cierto tipo de prensa a presentar el caso desde la pretendida rigidez, y hasta «brutalidad», del Vaticano y de la Iglesia Católica, cuando deciden la suspensión del «cura masón», llegando a afirmar que Pascal Vésin había sido «expulsado sin preaviso». [\[89\]](#)

Se hace imprescindible resaltar que pasó todo un período de más de tres años desde que en 2011 la diócesis recibió la información de la pertenencia del sacerdote a la obediencia del Gran Oriente —dos desde su confirmación fehaciente—, hasta la decisión de suspensión adoptada por el obispo de Annecy el 23 de mayo de 2013. En términos de preaviso y de diálogo... ¡difícilmente se podría haber hecho mejor! Ante la obstinación del padre Vésin en no respetar el derecho canónico y al término del largo proceso contradictorio, la Congregación para la Doctrina de la Fe ofreció el 7 de marzo de 2013 sus conclusiones en el sentido de una sanción fundada sobre los cánones 1331 y 1332 del Código de Derecho Canónico. [\[90\]](#)

En un documento anexo a su comunicado, la cancillería de la diócesis de Annecy explica la decisión, adoptando y confirmando ciertos argumentos y análisis de la presente obra.

Comunicado de la diócesis de Annecy (29 de mayo de 2013)

«Con motivo de su pertenencia activa a una logia masónica, un sacerdote ha sido separado de sus funciones por monseñor Yves Boivineau, obispo de Annecy, a petición de Roma. En efecto, y a pesar de la incompatibilidad de los principios en el plano de la fe y de sus exigencias morales, el padre Pascal Vésin, cura de la parroquia de Sainte-Anne d'Arly-Montjoie, en Mègeve, en Alta Saboya, se afilió a una logia del Gran Oriente de Francia en 2001. Informado en 2010 por un correo anónimo, el obispo interrogó al

interesado, que negó su pertenencia. Descubierta en 2011, fue conminado a abandonar la masonería para consagrarse a su ministerio sacerdotal. El interesado, optando por la “absoluta libertad de conciencia” según la fórmula consagrada, afirmó su intención de permanecer en la doble militancia. Esperando que alguna solución fuera posible, el obispo, con el acuerdo de Roma, prosiguió con el diálogo iniciado a fin de permitir al sacerdote reconsiderar su decisión. Desde el principio, el P. Vésin estuvo claramente informado de la sanción en la que incurriría. Con todo, eligió no renunciar a la masonería. En marzo intervino la decisión de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El obispo solicitó ante la Nunciatura apostólica el tiempo necesario para prevenir a su consejo presbiterial [consejo compuesto de quince sacerdotes delegados de la diócesis de Annecy]. Tres miembros de este consejo fueron comisionados por sus colegas para reconducir a su hermano. El padre Vésin reiteró su voluntad de permanecer en el seno de la masonería. El obispo le notificó las consecuencias de su elección. Superada esta última etapa, nada permanece cerrado, según la voluntad del obispo: la pena, meramente «medicinal», puede ser levantada. Corresponde al padre Pascal Vésin manifestar claramente su decisión de volver al seno de la Iglesia. La misericordia sale al paso de la Verdad».

Cristiano y masón: las razones de una incompatibilidad[91]

El Código de Derecho Canónico de 1983 no hace mención expresa de la masonería, a diferencia del de 1917. Ello puede ser interpretado como un cambio de posicionamiento de la Iglesia. En una nota fecha el 26 de noviembre de 1983, la Congregación para la Doctrina de la Fe precisa que «el juicio de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas permanece inalterado... y la afiliación a este tipo de asociaciones continúa prohibida por la Iglesia» en razón de la incompatibilidad entre los principios de la masonería y los de la fe cristiana. La Congregación para la Doctrina de la Fe se sitúa en el plano de la fe y de las exigencias morales, dado que el hecho de unirse a la masonería pone en cuestión los fundamentos de la existencia cristiana.

El *relativismo* está en el fundamento mismo de la masonería. Es el nudo mismo de la incompatibilidad, en razón de sus consecuencias sobre el contenido de la fe, el acto de fe mismo, la actuación moral y la pertenencia a la Iglesia, cuerpo de Cristo.

Los masones niegan la posibilidad de un conocimiento objetivo de la verdad. Al masón se le pide ser un hombre libre, que no conozca sumisión alguna a dogma alguno, lo que implica el rechazo fundamental de todas las posiciones dogmáticas: «Todas las instituciones que reposan sobre un fundamento dogmático, entre las cuales la Iglesia Católica puede ser considerada como la más representativa, ejercen una restricción a la fe». [92] Se rechaza todo dogma, so pretexto de la «tolerancia absoluta».

Así, el masón sostiene *el primado de la autonomía de la razón por encima de toda verdad revelada*. Rechaza la idea misma de una revelación, considerando las religiones como tentativas concurrentes para expresar la verdad sobre Dios que, en

definitiva, es inaccesible, incognoscible. Cada uno juzga por sí mismo la verdad, esto es, tiene su propia norma. Liberada a sí misma, la razón no tiene ya como finalidad la búsqueda de la Verdad. Está a merced de las ideologías o de las construcciones subjetivas. «En todas las cosas, es la razón humana y la naturaleza humana las que deben ser soberanas». De donde el argumento, típicamente masónico, de la «absoluta libertad de conciencia».

No hay, por lo tanto, según la masonería, *conocimiento objetivo alguno sobre Dios en cuanto ser personal*. Es justo lo opuesto a la concepción cristiana del Dios que se revela, entra en diálogo con el hombre, y de la respuesta del hombre que se dirige a él llamándole «Padre» y «Señor». El Concilio Vaticano II lo expresa en estos términos: «Ha sido grato a Dios en su sabiduría y bondad revelarse en persona y dar a conocer el misterio de su voluntad gracias al cual los hombres, a través de Cristo, el Verbo hecho carne, acceden al Espíritu Santo, cerca del Padre, y se entregan participantes de la naturaleza divina. En esta Revelación, el Dios invisible, en su inmenso amor, se dirige a los hombres como a un amigo, se entretiene con ellos para invitarles, y les admite a compartir su propia vida» (*Dei Verbum*, 2).

Los dogmas en la Iglesia son la expresión de la fe recibida de los apóstoles. No son formulaciones arbitrarias, cerradas sobre sí mismas. Son más bien balizas que indican el misterio de Cristo, «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). Estas «definiciones» de fe nos son dadas *para aclarar nuestra inteligencia* y dar razón de nuestra fe.

Sosteniendo el primado de la autonomía de la razón sobre toda verdad revelada, el hombre pretende perfeccionarse apoyándose sobre su poder autocreador. Según la «filosofía» masónica, el hombre no tiene necesidad de salvación. Pues bien, *el Evangelio es el feliz anuncio de la salvación*: el cristiano espera y recibe la salvación de la gracia misericordiosa de Dios, en la persona de Jesús que es precisamente el Salvador (Jesús: «Dios salva»). «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios» (Ef 2, 8).

En *el plano de la ética*, las diferencias son también considerables. Para el masón, las reglas morales son llamadas a evolucionar sin fin bajo la presión de la opinión pública y del progreso de la ciencia. La moral evoluciona de acuerdo con el consenso de las sociedades. Si bien es correcto admitir que el hombre se emplaza siempre en una sociedad concreta, se ha de admitir también que el hombre no se define sólo por esa cultura, que no es «producto» de una cultura. Existe en el hombre algo que trasciende a las culturas: eso que la fe cristiana expresa afirmando que «el hombre es creado a imagen de Dios».

Sobre el principio de la autonomía individual, la masonería rebate así toda autoridad moral y doctrinal, descartando los argumentos de autoridad y exigiendo una absoluta libertad de conciencia. ¡Es, finalmente, el reinado del «Yo»! Y la dominación del relativismo [...] Las diferentes confesiones religiosas a las que pertenecen sus adeptos son consideradas como secundarias en relación a la pertenencia más englobante y supraconfesional de la fraternidad masónica: algo que conduce forzosamente a apreciar y

juzgar todo desde el punto de vista masónico [...] sin rendir cuentas.

El compromiso en el seno de la masonería transforma el acto cristiano de fe. No puede ser neutro: los ritos iniciáticos en el secreto de las logias producen inevitablemente efectos sobre sus adeptos. La reivindicación de la «libertad absoluta de conciencia» es el producto de la doctrina «relativista» que se impone progresivamente a espaldas de los propios interesados. Exigiendo la masonería a sus miembros, como lo hace, una adhesión completa, es evidente que la «doble pertenencia» es imposible para un cristiano que «pertenece a Cristo» (Rom 14, 8).[\[93\]](#)

ANEXO II

LA MASONERÍA: ¿RELIGIÓN?, ¿SECTA?

Como tal, es difícil de calificar la masonería como secta, pues no existe un estudio preciso sobre el tema, y no figura en la lista de movimientos sectarios establecida por la Miviludes.^[94]

¿Es una religión? Los miembros de la masonería rechazan explícitamente el calificativo, a pesar de la opinión en sentido contrario de algunos autores de referencia.^[95] Parece oportuno, más allá de remitir a estos autores que los masones reconocen sin embargo unánimemente, completar el análisis y enfocar el concepto de religión por defecto, y sobre todo, por un «haz de indicios». En efecto, toda definición del concepto «religión» reposa sobre un aglomerado de apreciaciones convergentes: «Las ciencias de la religión dan para definiciones múltiples, dejando ver encajamientos y complementariedades».^[96]

Tratándose de la masonería, la cuestión se presenta, pues, compleja. Pero no insoluble. Algunos de sus oponentes la califican de «secta» (aun cuando el derecho francés no dé definición alguna del término). Otros, y en particular los propios masones, de «asociación filosófica». Pero, con todo, no constituye un modo enteramente filosófico, y menos aún, universitario o científico. A la vista de mi experiencia personal, «autodefinición» tal me parece no tener otro objeto que permitir la entrada de la masonería en el cuadro legislativo de la ley de 1 de julio de 1901 de asociaciones, y conseguir así que al menos algunas obediencias no contravengan el principio de laicidad en el debate social y político. Es habitual, por ejemplo, en el seno de las logias de Derecho Humano, tener por incontestable que las conclusiones sobre cuestiones sociales debatidas en el curso de las tenidas provienen directamente del resultado del enfoque simbólico y esotérico del trabajo masónico. Dicho de otra manera, la intención social, y en consecuencia política, en el sentido primero y noble el término, del iniciado masónico no tendría, a medida que se produce el avance de sus conocimientos iniciáticos, otra fuente y otra explicación que el ritual masónico y la carga esotérica inherente al mismo. Lo que constituye indiscutiblemente una forma de interferencia implícita de lo religioso (vale decir, de lo mágico) en la política, o por lo menos en lo social. Tanto más cuanto que el conjunto de los trabajos sobre un tema social anual común a todas las logias de Francia pertenecientes a una misma obediencia es sintetizada a continuación a nivel de instancias masónicas regionales, después nacionales, y por último, comunicadas bajo la forma de informe a las más altas instancias políticas del Estado. Ahí, pues, se encuentra el fundamento del trabajo masónico que dice obrar «por el progreso o la gloria de la humanidad»: en la doxa masónica. El grupo de iniciados, a partir de sus conocimientos

esotéricos, poseería una «clarividencia» superior a la de los «profanos», y de este modo ostentaría una aptitud mayor, a partir del intercambio de ideas en logia y de la aplicación del ritual masónico, para proponer evoluciones, vale decir, innovaciones sociales, dirigidas a contribuir a la felicidad (terrenal) de la humanidad.

Más allá de que los textos citados en la presente obra la califican de forma incontestable como religión, se ha de señalar que la masonería posee la esencia de lo que caracteriza una religión, a saber, un modo de militancia inicial (que es uno de los sentidos conferidos al término «iniciación») en los ritos y en las ceremonias, un ideal común, así como un enlace regular entre sus adeptos. «La palabra “religión”, entre los antiguos, no significaba otra cosa que ritos, ceremonias, actos de culto externo... La doctrina era escasa: eran las prácticas lo que importaba, eran ellas las que resultaban obligatorias y las que ligaban al hombre (*ligare, religio*)». [97] En otras palabras, por poder, una religión podía definirse hasta sin creencia en un dios: «Nuestro estudio [...] nace únicamente del interés apasionado que el autor sintió ante el espectáculo de una religión atea, y de un ateísmo que quiere alcanzar el Absoluto». [98] O sea, que «la religión puede ser comprendida como una manera de vivir y una búsqueda de respuestas a las cuestiones más profundas de la humanidad, sentido en el cual se remite a la filosofía». [99]

Vemos en suma, que la masonería, por mucho que se defienda, está fundada sobre dogmas, es decir, sobre verdades que postula y que le pertenecen en propiedad, como toda religión. Y es que, al fin y al cabo, el hecho de no confesar ningún dogma es, paradójicamente, la expresión de un dogma en sí mismo.

La masonería puede pues, considerarse como una religión que no reconoce su naturaleza...

ANEXO III

PAPEL POLÍTICO DE LA MASONERÍA

Por más que niegue profesar o estar vinculada a una corriente política, la visión de la masonería es eminentemente política. Tratándose de la obediencia del Gran Oriente, puedo atestiguar que la gran mayoría de los miembros que yo he frecuentado acusan una «sensibilidad», cuando no un compromiso, de izquierdas. Por lo que hace a Derecho Humano, se puede decir lo mismo. En particular en en el Aude.

Era normal que mis hermanos y hermanas de aquella época bromearan a propósito de una cierta logia de Derecho Humano en Narbona a la que llamaban un «anexo del Partido Socialista» local, hasta tal punto había llegado entre sus adeptos el número de militantes y simpatizantes de dicho partido. Esta intrusión de lo «político» en lo «iniciático» no es sorprendente, y es digna de un análisis más detallado.

La influencia de la masonería, sobre todo en el seno del precedente gobierno socialista, es algo más que una hipótesis, siendo así que tres de cada cuatro ministros eran masones, *ratio* digna de los mejores tiempos de la III República, porcentaje jamás igualado en tres decenios, quizás en más de un siglo, dentro de un gobierno.^[100] En el seno del gobierno de Jean-Marc Ayrault, cabe remarcar que Victorin Lurel, ministro de Ultramar, Alain Vidalies, ministro delegado encargado de las relaciones con el Parlamento, Jean-Yves Le Drian, ministro de Defensa, eran masones del Gran Oriente de Francia; y Stéphane le Foll, ministro de Agricultura, también lo sería.^[101] Anne-Marie Escoffier, ministro delegado encargado de la descentralización, era miembro de la Gran Logia Femenina de Francia.^[102] Manuel Valls, ministro del Interior —y actual Primer Ministro— ha sido miembro del Gran Oriente,^[103] algo que, con ocasión de mi estancia parisina y de mis visitas a las logias francilianas,^[104] me aseguró un masón del Gran Oriente que era, a su vez, uno de sus colaboradores. Por lo que hace a otros ministros que no serían masones o que niegan serlo, como es el caso de Christine Taubira, persiste la duda, pues si por un lado algunos hermanos y hermanas me han afirmado que «lo es» (concretamente en la GLFF),^[105] por otro, con ocasión de su venida a Narbona a una logia del Gran Oriente, no llevaba señal alguna y participó en una tenida blanca cerrada, lo que permite aceptar que «no lo era»... o bien que no quería desvelar su pertenencia. Aparte de ello, son numerosos los consejeros de ministros o miembros del gobierno precedente de Ayrault que eran, también, masones.^[106]

Un semanario indica incluso que «desde la defensa de la laicidad hasta el matrimonio gay, pasando por el derecho de voto de los inmigrantes, ellos [los masones] intentan influir en las reformas.»^[107] Por si todo ello fuera poco, un antiguo ministro socialista ha indicado con toda claridad, en algunas de sus declaraciones, el fundamento

masónico de su anticatolicismo.

Algunas páginas de internet[108] difunden un video mostrando al antiguo ministro de Educación Nacional, Vincent Peillon, declarando que la masonería es la religión de la República. Esta postura filosófica y política es confirmada así: «La laicidad puede considerarse como la famosa religión de la República buscada después de la Revolución».[109]

Por lo demás, Vincent Peillon no oculta a través de algunos de sus escritos y entrevista la voluntad, por un lado, de la III República de renovar una línea tan abruptamente antirreligiosa y anticlerical como la de los revolucionarios de 1789 — incluso de reforzarla, aunque de manera ciertamente menos violenta—, y de otra, la de instaurar la laicidad como «religión del estado», en detrimento sobre todo de la religión católica.

«Hay que descotolizar Francia, hay que descristianizarla [...] hay suprimir administrativamente la religión católica y sustituirla por otra; no será seguramente el deísmo a lo Voltaire, que indiscutiblemente tuvo su momento, es el deísmo a lo Rousseau».[110]

Esta empresa de destrucción de todo principio religioso autónomo y personal se ratifica así: «Toda la operación consiste, con la fe laica, en cambiar la naturaleza misma de la religión, de Dios, de Cristo, y enterrar definitivamente a la Iglesia. No solamente a la Iglesia Católica, sino a toda iglesia y a toda ortodoxia».[111]

La pertenencia de Peillon a la masonería no está establecida a ciencia cierta. De todas formas, la existencia de postas masónicas de las que disponen los políticos tanto del gobierno como de la Asamblea Nacional en el seno de las logias no ofrece duda alguna. En efecto, el gobierno, así como muchos de sus gabinetes ministeriales y la alta administración del Primer Ministro Ayrault,[112] incluía numerosos masones, en principio afines a su ideología.

El semanario *Le Nouvel Observateur*, poco sospechoso de hostilidad hacia los gobiernos socialistas, precisaba incluso: «Tras la elección de François Hollande, los hermanos están de vuelta. Y cuentan con los puestos más altos en el Senado, en la Asamblea o en Matignon». Peillon, incluso, ha «planchado» con ocasión de una «tenida blanca» en el Gran Templo Groussier, ante un auditorio de miembros del Gran Oriente de Francia, en la sede parisina de la obediencia, rue Cadet, el 16 de noviembre de 2012. [113]

El antiguo ministro ha indicado que su *Carta de laicidad* tenía por objeto garantizar a los alumnos una libertad de conciencia absoluta. En efecto, respondiendo a las reservas expresadas por D. Boubakeur, presidente del Consejo francés de culto musulmán,[114] Peillon afirmó que «en nuestra tradición, la Carta de laicidad va a permitir a cada uno construir su propia libertad en el respeto de la de los demás». Confirmando sus declaraciones ante el Consejo superior de la educación en julio de 2013, cosa que hizo con estas palabras: «La laicidad permite a los alumnos ejercer el libre albedrío».

Si los partidos políticos han acogido de manera mitigada esta Carta de la

laicidad, numerosos sindicatos de enseñantes han expresado su satisfacción y su apoyo: así la SNALC, la UNSA y la FEP-CFDT.^[115] Asimismo, la oficina nacional de la Federación Francesa de Derecho Humano ha publicado un comunicado cuya conclusión es particularmente favorable a esta Carta: «Derecho Humano, para quien la laicidad es el fundamento de una sociedad pacífica y fraternal, no puede sino estar satisfecho de esta iniciativa».

Particularmente notable, para terminar, la diferenciación que Jean Bauberot establece entre secularización y laicidad: «La secularización implica una relativa y progresiva [...] pérdida de pertenencia social [...] del universo religioso en relación a la cultura común [...] La laicidad, en cambio, concierne ante todo al lugar y al rol social de la religión en el campo institucional^[116]».

A la vista de estas precisiones, confrontadas al texto de la Carta sobre la laicidad de septiembre de 2013, ¿no estaríamos autorizados a pensar que algunos sectores del poder político (¿y por qué no masónico?) estarían trabajando para conseguir el deslizamiento del laicismo verdadero hacia la secularización? No sería la única de las contradicciones contenidas en la Carta, como afirmar que «la laicidad de la escuela ofrece a los alumnos las condiciones para forjar su personalidad y ejercer el libre albedrío. [...] Y les protege de todo proselitismo y de toda presión que les impediría realizar su propia elección».^[117] Y todo ello ¿mientras se prohíbe toda discusión religiosa en beneficio de la expresión de la sola verdad científica?

ANEXO IV

IGLESIA CATÓLICA Y MASONERÍA: SIMILITUDES, DIVERGENCIAS

Existen similitudes y diferencias entre el ritual masónico (R.E.E A., rito escocés antiguo y aceptado, que es el utilizado por la obediencia Derecho Humano) y la liturgia católica (rito romano). Sin ánimo de ser exhaustivos, es útil, sobre todo en el contexto presente, intentar un examen de las divergencias y similitudes existentes entre ambos.

Habida cuenta del contexto histórico, ciertos préstamos no se presentan, sin embargo, sino como un plagio puro y duro. En efecto, los escritos que fundan la fe católica, tal cual los conocemos, aparecen entre los años 65 y 90 de nuestra era. En cambio, el ritual y los dogmas masónicos, como en particular los proclamados para la ceremonia de iniciación, son mucho más recientes y su formalización remonta, como pronto, a mediados del siglo XVIII, o sea, cerca de 1700 años más tarde.

Así por ejemplo, el Evangelio de San Mateo informa de los propósitos de Jesucristo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt 7, 7-8). Este testimonio de las palabras de Cristo ha sido formalizado, según especialistas reconocidos, hacia el año 65.^[118] Pues bien, el ritual de Derecho Humano para la ceremonia de iniciación al grado de aprendiz prevé que el Segundo Vigilante le indique al profano: «Aquí todo es símbolo. Llama y se te abrirá». A mayor abundamiento, en el tercero y último viaje el Venerable Maestro concluye: «Aquí todos es símbolo. Pregunta y se te responderá».

De parecida manera, en el ritual de ascenso al grado de maestro, el grado más alto en logia azul, el Muy Respetable Maestro indica al nuevo maestro apenas armado: «No hagas jamás a otro lo que no quieras que te hagan a ti».^[119] Pues bien, el Evangelio de Mateo ya había recogido palabras similares de Cristo: «Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas» (Mt 7, 12).

Se ve bien por estos ejemplos que el ritual masónico ha retomado por su cuenta revelaciones cristianas. Pero no sólo. Puede afirmarse que la masonería se ha apropiado también de otras referencias pertenecientes a otras religiones: «No estoy cansado Mathilda, estoy decepcionado. Nos tomamos demasiado en serio aquí dentro. Los rituales son melindres pillados en todas las religiones del mundo y aderezados con salsas locales».^[120] Pero el presente enfoque debe ceñirse a los préstamos tomados por la masonería de la religión católica.

El amor a la Humanidad se declaró en la Constitución Internacional de Derecho Humano: «Los masones de los dos hemisferios pertenecientes a la orden masónica mixta

internacional de Derecho Humano [...] con sus ilustres predecesores y por su ejemplo, se declaran fraternalmente unidos en el amor a la Humanidad».[\[121\]](#) Esta declaración encuentra su correspondiente tanto en las Sagradas Escrituras, como en la práctica cristiana y católica: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19, 18); «Pues el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Rom 13, 8-9); «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mc 12, 31); «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34).

Amén de ello, la Iglesia, como la masonería, indica al hombre un camino.

La Constitución Internacional de Derecho Humano, en sus artículo 2 y 3, precisa el objetivo de esta obediencia (que hace suyos totalmente los principios generales de la masonería) «Respetuosos de la laicidad, de todas las creencias relativas a la eternidad o la no-eternidad de la vida espiritual, sus miembros buscan, sobre todo, realizar en la tierra y para todos los humanos el máximo de desarrollo moral, intelectual y espiritual, condición primera de la felicidad que le es dado esperar a cada individuo en una humanidad fraternalmente organizada».

Por su parte, la Iglesia Católica se refiere no a una «constitución», sino al concepto «ley natural»: «Esta es la regla de la actividad humana: que sea conforme al bien auténtico de la humanidad, según el diseño y la voluntad de Dios, y que permita al hombre, considerado ya como individuo ya como miembro de la sociedad, realizarse según la plenitud de su vocación[\[122\]](#)».

Así que tal y como demuestran los breves ejemplos presentados en este anexo, existen indudablemente entre masonería e Iglesia Católica ciertas convergencias formales. Lo que no obsta, tal y como ha sido el propósito de esta obra demostrar, para que se pueda afirmar que las divergencias fundamentales son aún mayores. Situación que obliga a concluir que la pertenencia simultánea a una logia masónica, notablemente Derecho Humano (también la del Gran Oriente), y a la religión católica, viene afectada, efectivamente, de una relación de incompatibilidad que cabe definir como absoluta.

[1] El Gran Oriente de Francia ha conocido y conoce un cierto esplendor. Esta obediencia masónica, específicamente francesa, en la que Derecho Humano se encuadra, cuenta hoy día con unos 47.000 miembros, y forma 1.150 logias (fuente www.gordf.org). En cuanto a Derecho Humano, obediencia masónica mixta e internacional, a la cual se refiere el presente relato, está formada de 28.000 miembros repartidos por el mundo en más de sesenta países. En Francia, Derecho Humano tiene 16.500 miembros que constituyen 670 logias (fuente www.Droit-humain.org) y mantiene desde siempre lazos fraternales privilegiados con el Gran Oriente de Francia.

[2] Teoría arquitectónica del siglo xx que considera que la forma de los edificios debe expresar principalmente su destino: «El funcionalismo [...] quiso retornar a una correspondencia verdadera de la forma y del contenido» (C. Norberg-Schulz, *La signification dans l'architecture occidentale*, Pierre Mardaga, 1977, p. 388).

[3] Todavía hoy, ello suscita debate en el seno del Gran Oriente. Las más altas instancias de esta obediencia masculina han decidido después de muchos años de reflexión, discusión y debates, permitir la iniciación de mujeres en sus logias. Pero la decisión del principio del acceso de mujeres a la iniciación se deja al acuerdo soberano de los talleres. La mayoría de las otras obediencias masónicas siguen siendo estrictamente masculinas, algunas rechazan pura y simplemente el acceso de «hermanas» a su templo, las obediencias femeninas o mixtas, incluso como «visitantes», otras no las toleran más que una o dos veces al año, con ocasión de ceremonias muy específicas. La gran mayoría de las obediencias es, en consecuencia, totalmente hostil a la iniciación de mujeres en el seno de sus órdenes.

[4] Sobre las preguntas y entrevistas concernientes al candidato a masón, uno de los enfoques determinantes consiste en analizar si la orden puede ser de alguna utilidad para el pensamiento del profano, y si éste se halla en situación de aportar algo a cambio. La aceptación de un profano en el seno de la masonería no es resultado de una acogida o de la generosidad, sino de una especie de contrato sinalagmático.

[5] Fórmula de los alquimistas relativa a la Piedra Filosofal que significaba: «*Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*», esto es, «Visita el interior de la tierra y, rectificando, encontrarás la piedra escondida».

[6] Comida en comunidad realizada después de una «tenida masónica».

[7] Llámase así a los pupitres, generalmente en forma triangular, tras los cuales se sientan los oficiales, a excepción del Venerable Maestro que dispone de un púlpito, de hecho un buró rectangular.

[8] El diccionario Larousse da la siguiente definición de «esoterismo»: «Parte de ciertas filosofías cuya práctica debe permanecer desconocida a los profanos, El esoterismo es, sobre todo, la característica [...] de las doctrinas que buscan crear una iniciación y una jerarquía social».

[9] François Koch «La Luz: el blog masón de *L'Express*», 24 de marzo de 2014.

[10] N. del T.: Las listas «bleu marine», azul marino, son las del partido francés conocido como Frente Nacional, llamado Rassemblement Bleu Marine.

[11] ¡La masonería posee las características de una religión por mucho que rehúse presentarse como tal! Se autodenomina asociación filosófica, pero no puede serlo (principalmente por su aspecto esotérico), ni siquiera cuando pretende fundar sus pasos sobre la razón, pues se apoya en rituales simbólicos que implican, a pesar de todo, una creencia.

[12] Oswald WIRTH, *La francmasonerie rendue intelligible a ses adeptes*, t. III, Paris, ed. Dervy, 1977, p. 40-41.

[13] Indudablemente, la noción de «laicidad» tan cara a los masones, les haría quedar muy mal.

[14] Cfr. Anexo 2.

[15] Marcha circular.

[16] Los metales son los prejuicios que se supone que los masones han dejado en el exterior del

templo, y que no pueden en consecuencia alterar su búsqueda de la verdad en los trabajos masónicos.

[17] Así lo indica tajantemente un autor perfectamente erudito en la materia: Jean-Yves Tournié, *Los orígenes de la masonería*, Dangles, 2013, p. 25.

[18] Como ha escrito Roger Daschez, historiador de la masonería y presidente del Instituto Masónico de Francia: «Saber si descubriremos un día los verdaderos orígenes de la masonería es una cuestión sin respuesta» (en Jean-Yves Tournié, op. cit. p. 34).

[19] La primera logia masónica francesa habría sido creada en Dunkerke en 1721, de fuente inglesa, y habría tenido por nombre Amistad y Fraternidad (Paul Nudon, *Historia general de la masonería*, PUF, 1981, p. 66). La Gran Logia de Francia habría sido fundada el 24 de junio de 1738 por el Gran Maestro Louis de Pardaillan de Gondrin (ibid, p. 72). En 1773 toma el nombre de Gran Oriente de Francia. Derecho Humano, primera logia mixta, es creada el 4 de abril de 1893 por Georges Martin y María Deraismes.

[20] Cf. Ritual de Derecho Humano, «Cadena de unión».

[21] M.-F. Etchegoin y F. Lenoir, *La saga des francmaçons*, Robert Laffont, p. 34.

[22] Alain Bauer, *Aux origines de la francmaçonnerie: Isaac Newton et les newtoniens*, Dervy, 2003, citado por M.-F. Etchegoin y F. Lenoir, op. cit. p. 34.

[23] Éstas son leídas en el segundo grado: recuérdse que los aprendices no son admitidos en el Templo en el grado de compañero y no tienen conocimiento de estas planchas.

[24] Penetrar el simbolismo masónico supone un recorrido muy particular. No se trata de ciencia semiológica, ni de ciencia psicoanalítica, ni de simbolismo artístico, ni de cualquier otra ciencia destinada al análisis racional del simbolismo. El simbolismo masónico no se aprende como un curso universitario. Es, si se quiere, como una intuición. Se siente o no se siente: tal es el sentido de la palabra V.I.T.R.I.O.L. Y se siente en el interior de uno, es decir, en lo subjetivo, e incluso más allá, en un espacio a la vez personal e íntimo a pesar de ser pretendidamente común y universal, que haría un poco pensar que la respuesta se halla en los arquetipos de Jung. Es verdad que numerosas obras tratan de este tipo de simbolismo. Pero más que parafrasear estos textos (algo de lo que muchísimos masones no se privan en absoluto), para aprehender las claves de la comprensión de un lenguaje puramente esotérico que funciona, a fin de cuentas, sobre el modo de la analogía.

Para ilustrar este propósito, podemos valernos del símbolo masónico por excelencia: el triángulo. Para enfocar su simbolismo se reseña, por ejemplo, que se refiere al número tres (tres lados, tres ángulos, etc.), y por lo tanto, al ternario, ¡que no es para nada la Trinidad! De ahí los tres puntos, los tres apretones en la mano, los aplausos de tres en tres de la «batería masónica», los tres viajes de iniciación, los tres besos, etc. Según el simbolismo masónico, el «uno» significa la unidad (en el sentido de que todo está en todo). El «dos» significa el límite contrario fijado a esa unidad (pues si hay un «uno» existe forzosamente un «cero»; como si existe el blanco, existe el negro; si existe la luz, existen las tinieblas). El dos remite, pues, a la constatación de la dualidad del mundo: el bien y el mal, lo de dentro y lo de fuera, lo sagrado y lo profano, lo verdadero y lo falso, etc. Y desde esta dualidad, el «tres» se deduce naturalmente: porque el «cero» y el «uno» hacen dos cifras (una nueva «intervención» del dos); y si se añade uno a dos (el dos constituyente de los dos términos, cero y uno) se obtiene entonces «tres». De donde, si en matemáticas $1+0=1$, en masonería ¡ $1+0=3$! Se puede ir aún más lejos: algunos dan a la cifra «tres» un valor universal, metafísico: el ritmo a tres tiempos de la música, notablemente en el vals, recordando el movimiento continuo, en particular, el de los cuerpos cósmicos. De ahí resultaría que el ternario sería la cifra del Universo.

Como me dijo nada más entrar en la masonería un amigo mucho mayor que yo, también arquitecto, y según supe más tarde Maestro de la Gran Logia de Francia, «en cualquier caso, es preciso poner alguna distancia con el simbolismo, porque te lleva rápido al delirio». Yo sería menos crítico. Me contentaría con observar y testimoniar que la práctica simbólica de la masonería remite a un sistema puramente proyectivo de nociones subjetivas, que lo unen fácil y artificialmente sobre una realidad, como si «todo estuviera sobre el todo, y todo estuviera ligado».

[25] Incluso *De architectura* del romano Vitrubio o *Los cuatro libros sobre arquitectura* de Palladio no tienen más que una lejana relación, o una relación de antinomia total, con *Los invariables de la arquitectura* de Bruno Zevi.

[26] *Midi Libre*, 11 de abril de 2011.

[27] Isabelle Duquesnoy, masona: *Diario insolente de una mujer libre en el secreto de las logias*. Éd. Du Moment, 2013, p. 139.

[28] Un autor que ha querido dejar testimonio de la decepción que le produjo su recorrido masónico lo indica de manera bastante virulenta, al tratar, por ejemplo, de la prohibición de voto de los aprendices: «El funcionamiento de las obediencias, sometidas a las formas de asociación que prevé la ley de 1901, pisotea a diario los fundamentos de sus principios y de la democracia» (Isabelle Duquesnoy, op. cit. p. 220). Esta ex masona señala igualmente su percepción de que están en juego otras influencias que son poco explícitas, es más, ocultas, pero bien reales en el interior de las logias masónicas: «Dentro de estos “clubs oficiales de reflexión” que miran por la mejora de la humanidad, somos los primeros en ignorar quien controla el conjunto de nuestros talleres» (ibid. p. 219).

[29] Esta escritora, que abandonó la masonería tras dos experiencias malogradas, la primera en la Gran Logia Femenina de Francia (obediencia exclusivamente femenina como su nombre indica), la otra después en Derecho Humano, declara haber recibido en su teléfono móvil, tras la aparición de su obra, unos doscientos mensajes, de los que dos terceras partes eran insultos o amenazas (François Koch, «La Luz: el blog franc y masón de *L'Express*», 19 de noviembre de 2013). Isabel Duquesnoy ha rechazado incluso acudir al Salón del libro masónico a causa de «todos los moratones que le han prometido» (ibid). Sería un sueño esperar una mejor prueba de tolerancia, término sobre el que tantas veces he oído a muchos hermanos y hermanas carcajearse en la logia.

[30] Ibid.

[31] Se acostumbra a decir que la masonería se compone de una especie de superposición de grados iniciáticos más o menos ocultos, incluso entre los propios masones. Pues bien... ¡es exacto! De hecho, existen dos niveles de pertenencia: por un lado, las logias azules, objeto de la presente obra, que están formadas de los tres primeros grados (aprendiz, compañero, maestros y sus oficiales, los cuales tienen obligatoriamente una cierta antigüedad en el grado de maestro). Por otro, los talleres superiores, que son grados de perfeccionamiento de maestros, de los que la mayor parte han tenido el cargo, por lo menos, de oficial. Pero en estos talleres superiores no son aceptados más que algunos maestros, que deben ser llamados: ¡no se postula uno para entrar en un taller superior! La pertenencia a esos talleres superiores no es tampoco desvelada a los miembros que no forman parte de ellos, incluso si se trata de maestros, e incluso si son oficiales en la logia azul. Para terminar, los grados superiores son diversos, del 4.º al 33.º, y forman una jerarquía iniciática, de modo que los miembros de los talleres no desvelan su pertenencia a los que tienen por debajo, incluso en el seno de los propios talleres superiores. Algunos miembros de los talleres superiores, teniendo a veces funciones ante instancias internacionales, tienen pues una influencia real, aunque oculta, sobre la organización y funcionamiento de las logias azules.

[32] N. del T.: en español en el original.

[33] Las palabras de los maestros me llegaron profundamente: Túbal-Caín. Según una plancha masónica pública, Túbal-Caín es considerado por los masones como el primero que dominó la técnica de la forja de metales: «En la mitología, Túbal-Caín es asimilado al Vulcano de los romanos y al Hefesto de los griegos, herreros oficiales de los dioses» (www.ledifice.net/7076-3.html). Sobre la actividad de Túbal-Caín, otro análisis dice algo más y permite resumir la inmensa distancia que separa la concepción del Dios creador de los católicos de la del hombre iniciado que desea convertirse en creador él mismo a través de los masones, a través de medios mágicos u ocultos: «Fundir el metal y reformarlo corresponde al *solve et coagula* de la alquimia hermética, trabajo creador por excelencia, pues crear es recrear» (www.ledifice.net/7076-7.html). Para los católicos, Túbal-Caín era realmente herrero, pues es verdad que «el nombre Caín significa herrero en lenguas semíticas» (Biblia de Jerusalén, Cerf, 2009, nota «bm», p. 114). Pero la referencia, presentada por la masonería como esencial a este «artista herrero», nos indica en el Génesis que Túbal-Caín es descendiente directo de Caín (Gn 4, 17-22), y que esta filiación está caracterizada por un «testimonio de violencia creciente de los descendientes de Caín» (Biblia de Jerusalén, op. cit. nota «bn», p. 114). Caín, en cuanto representante sobre todo de «la figura de la humanidad doblada por el peso del pecado» (ibid. nota en G. 4, 1, p. 40), no es sin duda un modelo en el que nadie pueda desear inspirarse sin sentir una cierta turbación. Lo mismo cabe decir de su descendencia, pues «la sucesión de partos desde Caín manifiesta la trasmisión del pecado de generación en generación» (ibid. nota en Gn 4, 22, p. 41). Y es que la muerte de Abel por su hermano Caín no es en absoluto fortuita: es deliberada, si no premeditada,

en todo caso prevista y subsiguiente a los celos del segundo frente al primero. Y no existe duda alguna de que Caín sucumbió a una tentación provocada por Satán, mentiroso, tentador y asesino: «Vosotros sois de vuestro padre, el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio» (Jn 8, 44). «El que tenga oídos, que oiga» (Mt 13, 43)

[34] Isabelle Duquesnoy, op. cit., p. 97.

[35] Ibid., p. 231.

[36] Mons. Brincart, obispo de Puy-en-Velay, entrevistado por Claire Henrot, RCF Le Puy, martes 10 de febrero de 2004.

[37] Constitución internacional de Derecho Humano, art. 5.

[38] La Iglesia reivindica explícitamente la existencia de dogmas. Se trata esencialmente del Credo, adoptado por el Concilio de Niza en 325 y precisado por el Concilio de Constantinopla en 381. Los dogmas católicos no son, como algunos creen, una elaboración *ex nihilo* y puramente arbitraria de verdades religiosas. Se inscriben en la confirmación de una fe reportada por los redactores de los Evangelios y anunciada al mundo originariamente gracias a la acción de los apóstoles, en particular Pedro y Pablo. Los dogmas católicos representan, pues, precisiones necesarias, formalizadas a fin de que queden fijados los fundamentos de la fe. El dogma católico no cambia. Es la formulación de una Verdad definitiva, por ser la última, revelada por Dios. En cambio, sí se va precisando con el tiempo. «¿No puede haber en la Iglesia de Cristo algún progreso por lo que a la religión se refiere? Si, seguramente, y hasta muy grande, ¿pues quién sería tan celoso de los hombres y tan enemigo de Dios como para impedir ese progreso? Eso sí, a condición de que se trate de un verdadero progreso en la fe, y no de una alteración. Pues existe progreso cuando una realidad se amplía permaneciendo ella misma; pero hay cambio si se transforma en otra realidad... » (citado por el padre Descouvremont, *Guía de las dificultades de la fe católica*, Cerf, París, 2009, p. 236).

[39] Oswald Wirth, op. cit., Dervy, París, 1977, p. 145.

[40] Ibid, p. 163.

[41] Ibid. p. 179.

[42] Enunciado en el artículo 3 de las Constituciones Internacionales de Derecho Humano.

[43] Esta afirmación nos conduce a la expresión del filósofo Jean Lacroix: «El amor es más fuerte que la muerte. Pues amar es resucitar sin cesar» (en *Los sentimientos y la vida moral*, PUF, 1968).

[44] Paul Claudel, «Mi conversión», extraído de *Obras en prosa*, 1913.

[45] Ritual de iniciación de Derecho Humano, p. 19. Proclamando este dogma, la masonería se emplaza en el nivel de un principio filosófico inmanente, mientras que la religión católica se funda sobre el carácter trascendente del mensaje de Cristo. En otras palabras, para la masonería, la explicación de la causa de la existencia del hombre en la tierra se deja a la apreciación de sus miembros en virtud de su fe o su falta de fe, mientras que para un católico no puede residir sino en Dios.

[46] Cf. Anexo 1.

[47] Paul Goudeau, *Humanismo*, n.º 193, octubre de 1990.

[48] N. del T.. La palabra *doxa* no se recoge en el Diccionario de la RAE, pero es de uso y se suele entender como «opinión», «ideología» o «pensamiento».

[49] Se trata de la ley de 17 de mayo de 2013 sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo que concluyó en la contestación pública de todos conocida. [N. del T. Se refiere al autor a las numerosas y masivas manifestaciones contrarias a la ley que consagraba el que se denominó en Francia el «marriage pour tous», el «matrimonio para todos», conocidas, por ello mismo, con el nombre de la «manif pour tous», la «mani para todos».]

[50] *Teoría de género*, de K. Butler.

[51] Se trata de la teoría que considera que el hombre o la mujer no se definen así originariamente, sino que es la sociedad la que orienta a los individuos en su pertenencia al género masculino o al femenino.

[52] El ritual del 3.º grado cita «la palabra perdida».

[53] La Iglesia católica, por el contrario, indica que la Verdad le es revelada al Hombre por Dios en

persona, que incluso ha elegido rebajarse a la naturaleza humana para mostrarle el camino: «Le dice Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí”» (Jn 14, 6). En la fe católica, el cumplimiento, la felicidad, se refieren a la salvación. Y esta salvación concierne al hombre en todas sus dimensiones, convirtiéndole por Jesucristo en hijo de Dios destinado a participar en su vida divina.

[54] Obsérvese que la masonería no evoca la fe, sino la «creencia», como una manera de desacralizar la fe y reducirla a una suerte de superstición.

[55] Derecho Humano (y es el caso de toda la masonería en el amplio sentido de la palabra) dispone en su Constitución internacional que sus miembros son «respetuosos con el laicismo, con todas las creencias relativas a la eternidad o a la no eternidad de la vida espiritual» (Constitución internacional de Derecho Humano, ed. 2007, p. 5, art. 3). En principio pues, los temas religiosos pueden ser objeto de debate, bajo la reserva de que sea sereno: «En el curso de una tenida, si se trata un contenido de carácter [...] religioso, el Venerable Maestro cuidará de que los límites de la ponderación masónica sean respetados cualquiera que sea el tema» (Derecho Humano: Reglamentos generales, ed. 2005, p. 38, art. 48).

[56] En principio, el rechazo a un nuevo candidato a la masonería no puede fundarse sobre sus opiniones políticas o religiosas. El voto se realiza mediante bolas blancas y bolas negras (de ahí el término *blackboulter* para significar el rechazo de una candidatura), que significan «aceptado» las primeras, y «rechazado» las segundas. Pero nadie ha tenido nunca que justificar su voto, el cual permanece en el más estricto secreto, por lo que basta que el postulante se presente en una logia particularmente anticlerical, o que sea juzgado «demasiado religioso», para que no sea aceptado. Hace bien poco, una hermana conoció los peores obstáculos para entrar en la masonería, teniendo que pasar por un período de adaptación de un año (por no hablar de las preguntas tendenciosas mientras estaba con la venda), simplemente por haber confesado que veinte años antes era de los Testigos de Jehová.

[57] N. del T. Génesis 32, 23-24: «Aquella noche se levantó, tomó a sus dos mujeres con sus dos siervas y a sus once hijos y cruzó el vado del Yaboc. Los tomó y les hizo pasar el río, e hizo pasar también todo lo que tenía».

[58] Motu proprio *Porta fidei*, 7.

[59] Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 7.

[60] Jean-Yves Tournié, op. cit. p. 25.

[61] «De esta creación del hombre por sí mismo nace el hombre perfeccionado o el Hijo del Hombre del Evangelio»: Oswald Wirth, *La masonería, inteligible para sus adeptos*, tomo I, «El aprendiz», op. cit. p. 124.

[62] Fuente: www.droithumain.org, 30-09-2013.

[63] Como prueba, por ejemplo, la afirmación de Jean-Yves Tournié en su última obra sobre la masonería. Este antiguo Primer Gran Maestro adjunto al Gran Oriente de Francia, iniciado a principios de los años 70, asimila excomunión e interdicción con persecución: «Algunos excomulgan, como la Iglesia de Roma o, en otros tiempos, los comunistas (la masonería estaba tan prohibida en la URSS como en Mónaco), otros lanzan *fatwas* contra los masones» (Jean-Yves Tournié, op. cit. p. 12-13). Este autor, particularmente erudite en material de masonería, afirma esta contra-verdad ciertamente de buena fe y por desconocimiento de la teología católica.

[64] Automática.

[65] Ver Anexo 1.

[66] Un hecho reciente ha venido a confirmar la dificultad presente en la cuestión. A petición del Vaticano, seguida de una decisión tomada por la Congregación para la Doctrina de la Fe en marzo de 2013, un sacerdote de la diócesis de Annecy, el padre Pascal Vesin, hubo de dimitir de sus funciones por su pertenencia al Gran Oriente de Francia, mantenida en secreto desde 2001, sanción que le será levantada si renuncia a la masonería. Sigue siendo, bien entendido, sacerdote, pero no está autorizado a ejercer su sacerdocio. Su obispo dialogó con él durante dos años antes de que la decisión fuera tomada por Roma. Deseando el sacerdote permanecer en su doble militancia, Roma se vio obligada a aplicar el derecho canónico (ver Anexo 1).

[67] Ver Anexo 1.

[68] Cf. Gn 32, 23-31.

- [69] Cf. Gn 32, 26-32.
- [70] Ver Anexo 4.
- [71] Cf. Gn 1, 26-27.
- [72] Fuente: www.droit-humaine.org
- [73] Id.
- [74] R. P. Dom. H. Leclerq, *Los mártires*, Bibliothèque de l'école des Chartres, París, 1903, cap. XIII.
- [75] Esta tradición se ha visto confirmada hoy desde el punto y hora en que la tumba de San Pedro ha sido descubierta dentro del Vaticano, como resultado de las prospecciones arqueológicas acometidas en los años 40. Varias tumbas salieron a la luz, entre las cuales una que llevaba esta inscripción en griego: «Pedro está aquí». La Iglesia romana ha afirmado desde el principio de los tiempos su magisterio, que el obispo Liberio confirmó en el siglo iv mediante la utilización de la fórmula *Sedes Apostolica* (Michel-Yves Perrin, en Yves-Marie Hilaire (dir.), *Historia del Papado: dos mil años de misión y de tribulación*, Tallandier/Seuil, 2003, p. 22-23). El origen petrino de la primacía del papado se fundamenta en las palabras de Jesús: «Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro [...] “Apacienta mis corderos” [...] “Apacienta mis ovejas”» (Jn 21, 15-17); «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16, 18-19). La tradición católica establece que el Papa, obispo de Roma, es el sucesor de Pedro, y en consecuencia, el que recibe de Cristo la misión de velar por la unidad de todas las iglesias católicas. Su autoridad espiritual la afirma explícitamente el versículo 19 del capítulo 16 del Evangelio de San Mateo. Tal es el significado del emblema pontificio, formado por dos llaves en cruz, entrelazadas por un cordón. «Esta Iglesia, que los dos más gloriosos apóstoles Pedro y Pablo fundaron y establecieron, es muy grande, muy antigua y conocida de todos [...] por razón de su origen más excelente, deben necesariamente acordarse a ella todas las iglesias, es decir, los fieles de todas partes, ella que en todo momento [...] ha conservado la tradición que viene de los apóstoles» (Michel-Yves Perrin, op. cit. p. 35). «Por eso la exégesis católica sostiene que estas promesas [cf. Mt 16, 18-19] valen no solamente para la persona de Pedro, sino también para sus sucesores» (nota a pie de página en Mt 1, 19, Biblia de Jerusalén, Cerf 2001, p. 2043).
- [76] *Magnificat*, septiembre de 2013, n.º 250, p. 42.
- [77] R. P. Dom. Leclerq, *Los mártires*, París, 1903, Bibliothèque de l'école de Chartres. Ed. Originale numérique: Abbaye Saint-Benoît, cap. P. 115, 129, 195-196.
- [78] Cf. Jean Sévilla, *Históricamente correcto*, Perrin, 2003, p. 279.
- [79] N. del T.: Se refiere el autor al protagonismo de muchos «hijos de la Viuda» en el proceso que condujo a la unidad de Italia, realizada parcialmente en detrimento de las posesiones territoriales pontificias, argumento con el que muchos masones pretenden explicar las bulas papales sobre la masonería.
- [80] «Hemos sabido por el rumor público que se expanden en el extranjero [...] ciertas sociedades [...] llamadas comúnmente por el nombre de masones [...] en las cuales hombres de toda religión [...] con apariencia de honestidad [...] se alían entre ellos por un pacto tan estrecho como impenetrable [...] y se comprometen [...] bajo las penas más graves, a cubrir con un silencio inviolable todo lo que hacen en la oscuridad del secreto. [...] Nosotros, reflexionando sobre los grandes males que ordinariamente resultan de este tipo de sociedades [...] no solamente para la tranquilidad de los estados temporales, sino también para la salvación de las almas, y viendo que no pueden en absoluto aprobar leyes ni civiles ni canónicas [...] consideramos un deber el velar [...] como fieles servidores de la familia del Señor para que ese género de personas [...] no trabajen en destruir la viña, pervertiendo el corazón de los sencillos. [...] Tras madura deliberación [...] hemos concluido y decretado condenar y prohibir las dichas sociedades [...] llamadas con el nombre de masones [...] lo cual hacemos para impedir [...] que cada uno de los fieles de Jesucristo, laicos o clérigos, seculares o regulares [...] ingresen en la dichas sociedades de masones [...] bajo pena de excomunión».
- [81] La excomunión es una pena descrita en el párrafo 1 del artículo 2257 del Código de Derecho canónico de 1917. El excomulgado sigue siendo miembro de la Iglesia Católica. No obstante, no le está permitido recibir la comunión: Alphonse Borras, *La excomunión en el nuevo Código de Derecho canónico: ensayo de definición*, París, Desclée, 1987, p. 77. Un fiel excomulgado sigue siendo, por supuesto, miembro de la

Iglesia, en virtud del bautismo. Puede pues volver a la comunión desde el momento en que obtenga la absolución. La excomunión, por lo tanto, no concierne en modo alguno, como muchos han querido hacer creer, directamente a la salvación eterna del excomulgado. Menos aún es un destierro o una exclusión de la Iglesia realizada por las autoridades eclesíásticas. Pues, de hecho, la Iglesia está inclinada al perdón, incluso de aquellos que quieren su perdición, la persiguen o la denigran.

[82] Comunicado de la diócesis de Annecy de 29 de mayo de 2013, www.diocese-annecy.fr (ver también al final del Anexo).

[83] François Koch, «La Luz: el blog franco y masón de *L'Express*», 5 de marzo de 2014.

[84] Ver Anexo 2.

[85] Ver Anexo 3.

[86] François Koch, «La Luz: el blog franco y masón de *L'Express*», 26 de abril de 2014.

[87] Pretres-ouvriers.fr

[88] Tenida masónica en la que únicamente el conferenciante no es masón. [N. del T.: La tenida se llama «blanca» cuando pueden participar no-masones. Es además «cerrada» si, como en este caso, sólo el ponente puede ser no-masón.]

[89] François Koch, «La Luz: el blog franco y masón de *L'Express*», 26 de abril de 2014.

[90] *Le Figaro*, viernes 24 de mayo de 2013.

[91] Notas publicadas por la Cancillería de la diócesis de Annecy. Es ella la que insiste sobre ciertas palabras y pasajes.

[92] Lennhoh-Posner, *Diccionario masón internacional*, Viena, 1975, p. 374.

[93] Referencias: «La Iglesia y la masonería. Declaración del episcopado alemán», en *Documentación católica*, n.º 1807, 3 de mayo de 1981, p. 444-448; «Fe cristiana y masonería», *Osservatore Romano*, 26 de noviembre de 1983, en *Documentación católica*, n.º 1895, 5 de mayo de 1985, p. 482-483.

[94] N. del T. Acróstico de *Mission interministérielle de vigilance et de lutte contre les dérives sectaires*, en español *Comisión interministerial de vigilancia y de lucha contra las derivas sectarias*.

[95] Cf. capítulo «El Templo». Entre ellos, por ejemplo Oswald Wirth, masón y autor particularmente erudito.

[96] Régine Azria (dir.), *Diccionario de los hechos religiosos*, París, PUF, col. Quadrige, 2010, Prefacio, p. VII.

[97] Fustel de Coulanges, en *Ciudad antigua*, 1864, p. 2010, citado en *Centro de recursos textuales y lexicales*, 2013.

[98] Henri Harvon. *El budismo*. París, PUF, col. Quadrige, 2005, p. 6 (1.ª ed: col. Que sais-je?, n.º 468).

[99] Jean Grondin, *La filosofía de la religión*, París, PUF, col. Que sais-je?, n.º 3839, p. 3-6.

[100] Sophie Coignard, *Le Point*, 3 de enero de 2013.

[101] Ibid.

[102] Ibid.

[103] Ibid.

[104] N. del T.: Toponímico relativo a la L'Île de France.

[105] N. del T.: Acróstico de Grand Loge Féminine de France (Gran Logia Femenina de Francia).

[106] Ibid.

[107] Sylvain Courage y Renaud Dëly, *Le Nouvel Observateur*, 2 de enero de 2013.

[108] lepeupledelapaix.forumactif.com, www.dailymotion.com, 4 de septiembre de 2013.

[109] Vincent Peillon, *La revolución no ha terminado*, Seuil, 2008, p. 162.

[110] R. P. Dom. H. Leclercq, op. cit., Introducción párr. LXIX y LXX.

- [111] Vincent Peillon, *Una religión para la República: la fe laica de Ferdinand Buisson*, Seuil, p. 277.
- [112] *L'Express*, 9 de diciembre de 2012.
- [113] *Le Figaro*, 9 de diciembre de 2012.
- [114] *Le Journal du dimanche*, 8 de septiembre de 2013.
- [115] *France 24*, 9 de septiembre de 2013.
- [116] Jean Bauberot, *Laicidad 1905-2005, entre la pasión y la razón*, Seuil 2004, p. 53.
- [117] Art. 6 de la Carta.
- [118] Hendriksen, «El Evangelio de Mateo», Edimburgo, 1974; Gundry «Mateo», Rapids, 1989.
- [119] Derecho Humano, ritual de ascenso al grado de maestro, p. 49.
- [120] Isabelle Duquesnoy, op. cit. 2013, p. 273.
- [121] Constitución internacional, ed. 2007, Declaración general, p. 3.
- [122] Concilio ecuménico Vaticano II, constitución *Gaudium et Spes*, n.º 35.